

EL LIBRO DE LECTURA DEL

**BICENTENARIO**

\*\*\*\*\* SECUNDARIA2\*\*\*\*\*

EL LIBRO  
DE LECTURA  
DEL  
BICENTENARIO

★ **SECUNDARIA2**



NACIÓN 1810 PARTICIPACIÓN  
COMPROMISO  
COLABORACIÓN REVOLUCIÓN COMPARTIR  
CULTURA OÍD MORTALES  
**LIBERTAD**  
ILUSIÓN RESPETO DERECHOS HUMANOS  
ESCUELA PÚBLICA SUJETOS~ LIBROS  
MEMORIA SUEÑOS IGUALDAD  
NOS, LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO  
**PUEBLO BICENTENARIO**  
DEMOCRACIA INDEPENDENCIA SALUD  
PLURALIDAD, TOLERANCIA  
EDUCACIÓN **UNION** JUSTICIA  
LECTURA SOBERANÍA IDENTIDAD UTOPIA  
**NACIONAL**  
CONSTRUCCIÓN ALFABETIZACIÓN DIVERSIDAD  
SOLIDARIDAD ACCIÓN CONVIVENCIA  
**2010 REPÚBLICA**

**Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

**Jefe de Gabinete de Ministros**

Dr. Anibal Fernández

**Ministro de Educación**

Prof. Alberto Sileoni

**Secretaria de Educación**

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

**Secretario del Consejo Federal de Educación**

Prof. Domingo de Cara

**Jefe de Asesores de Gabinete**

Lic. Jaime Perczyk

**Subsecretaria de Equidad y Calidad Educativa**

Lic. Mara Brawer

**Directora Nacional de Gestión Educativa**

Prof. Marisa Díaz

**Director de Educación Secundaria**

Prof. Guillermo Golzman



**Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

EL LIBRO DE LECTURA DEL  
**BICENTENARIO**

\*\*\*\*\*SECUNDARIA2\*\*\*\*\*

# EL LIBRO DE LA LECTURA DEL BICENTENARIO



Presidencia de la Nación



Ministerio de  
Educación  
Presidencia de la Nación



200 AÑOS  
BICENTENARIO  
ARGENTINO

PLAN NACIONAL  
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL  
PARA EL BICENTENARIO DE LA LECCIÓN

FMG

Fundación Mempo Giardinelli



Estos cuentos y poemas fueron elegidos por los escritores María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Perla Suez, Angélica Gorodischer, Pablo De Santis, Ana María Shua, Graciela Bialek y Margarita Eggers Lan con la coordinación de Mempo Giardinelli.

## **PALABRAS DE LA PRESIDENTA**

Hubo una generación, la nuestra, que en su infancia y adolescencia tuvo como marca distintiva, la compañía de un libro. Lo atesorábamos, lo llevábamos a la cama, lo releíamos una y otra vez si nos había gustado mucho.

Tal vez porque nada es inocente, muchos libros –y la lectura misma– se fueron perdiendo en las enormes piras incendiarias que de la palabra y de las ideas llevó adelante, implacable, la dictadura. No es casual entonces que, en nuestro país de hoy con su democracia recuperada y consolidada, estas antologías para niñas, niños y jóvenes lleguen en la forma de un libro de lectura, en el año del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Por sus páginas desfilan grandes escritores argentinos de los últimos tiempos, que también van contando su historia.

La lectura es una herramienta de crecimiento y de autonomía, y la literatura es, acaso, el camino más bello para constituirnos en lectoras y lectores. Por eso también podemos ver a través de estas páginas, autores de libros infantiles que fueron prohibidos; y nos reencontramos con Haroldo Conti y Rodolfo Walsh, que emergen venciendo el olvido y el destierro de la memoria a la que quisieron someter a las víctimas del terrorismo de estado. Siguiendo este itinerario por las mejores expresiones de las letras nacionales, allí también aparecen –como no podía ser de otra forma– Borges y Cortázar y, con ellos, sus obras que perduran a través del tiempo.

Pensamos que la buena literatura es la que nos abre interrogantes y, al hacerlo sugiere –sin necesidad siquiera de escribirlas– muchas respuestas sobre la vida y el mundo a través de los siglos. No todas, porque tal vez las respuestas más importantes no se logran en términos individuales, sino que se construyen colectivamente.

La verdadera igualdad de oportunidades está en asegurar el acceso universal a los bienes materiales y culturales. A todos ellos por igual. Y la palabra es un bien cultural cuya riqueza debe ser distribuida con equidad, para que estas generaciones y las futuras puedan ser más libres y contribuyan en la tarea de construir un país mejor.

Esperamos que todos nuestros alumnos –que asisten al espacio más democrático entre todos aquellos que una sociedad puede dar, que es la escuela– disfruten de estas antologías, de las lecturas de escritores y escritoras que han dejado en sus letras un tramo de historia que invitamos a recorrer.

Queremos seguir poniendo en circulación las palabras y las ideas, asegurando el derecho a la lectura como una riqueza de pleno sentido, que nos consolide como la Nación que soñamos ser en este Bicentenario de la Patria y nos proyecte al nuevo siglo armados del saber y la belleza que los libros nos acercan.

Con tales armas los pueblos suelen conquistar sueños imposibles, alcanzar los logros más perdurables y descubrir que las utopías nos siguen rozando la piel.

***Dra. Cristina Fernández de Kirchner***

Presidenta de la Nación

## **PALABRAS DEL MINISTRO**

A través de la colección que aquí presentamos, venimos a ofrecer un espacio de lectura a los estudiantes de nuestro país. Lo hacemos en el año en que celebramos el Bicentenario de la Patria y, al hacerlo en estas circunstancias, nos comprometemos en un reconocimiento muy especial. Este reconocimiento busca develar una verdad que muchas veces se omite: la Argentina de hoy ha sido construida en el tiempo, por próceres y por multitudes anónimas; pero esa Patria entrañable, que reconocemos como nuestro hogar común, sería un escenario gris y sin alma si no la hubieran escrito sus grandes cuentistas, ensayistas y poetas.

El Ministerio de Educación cumple, con esta y otras acciones, la obligación que le fija la Ley N° 26.206 de Educación Nacional –sancionada en el año 2007–, que es la de fortalecer la centralidad de la lectura como condición indispensable para la formación, a lo largo de toda la vida, de ciudadanos pensantes y comprometidos para una nueva sociedad. Esa norma también especifica acerca de dotaciones para bibliotecas y la implementación de planes y programas permanentes de promoción del libro y la lectura, acciones todas que venimos llevando adelante, sin pausa, a lo largo de todo el país.

Esta colección “El libro de lectura del Bicentenario” viene a dar cuenta de este trabajo. Está pensada para la conformación de una biblioteca personal de estudiantes de escuelas secundarias y como dotación de bibliotecas de aulas, para los niveles inicial y primario de todas las modalidades de enseñanza de gestión oficial de nuestro país. Es nuestra forma de celebrar la Patria: poner en manos de los jóvenes argentinos los textos literarios de nuestros autores, nuestras voces; palabras que vienen de los distintos puntos de nuestra Nación para los diversos estilos culturales de nuevas lectoras y nuevos lectores. Queremos para ellos una fiesta con libros, textos, relatos, literatura, arte... una celebración de la palabra.

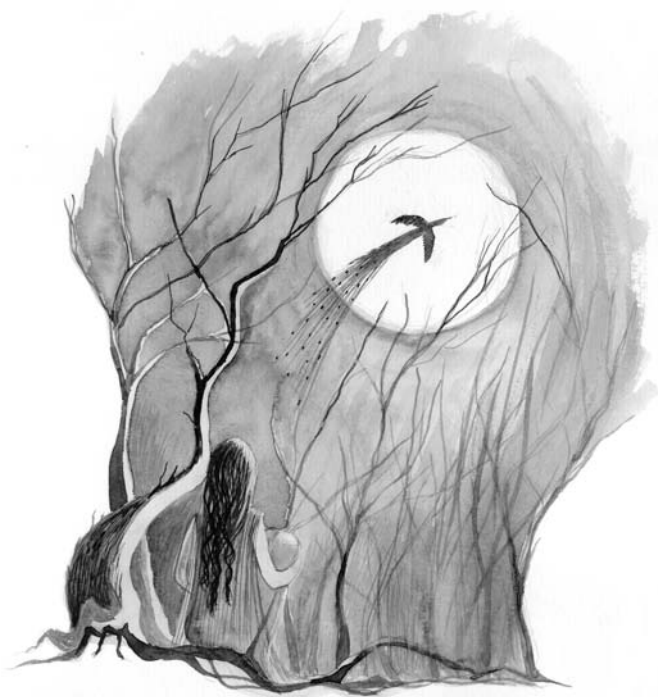
Bienvenidos a disfrutar, emocionarse, criticar, reflexionar. Bienvenidos a la lectura.

Ojalá esta fiesta siga su curso, libro tras libro, porque sabemos que una buena lectura siempre lleva a otra y otra más. Y si eso suce-



de, entonces todos los esfuerzos puestos en cooperación para que este maravilloso encuentro se produzca entre textos y lectores, darán por resultado una cadena de argentinos construyendo y consolidándonos en un pueblo lector no solo de buena literatura, sino de nuevas realidades, nuevas oportunidades... hacedores de los mejores años por venir en nuestra querida Patria.

***Prof. Alberto Sileoni***  
Ministro de Educación de la Nación



## PLAN NACIONAL DE LECTURA

### \* **Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

### \* **Coordinadoras**

Graciela Bialek

Silvia Contín

Natalia Porta

Ángela Pradelli

Mercedes Pérez Sabbi

Alicia Diéguez

Jéssica Presman

### \* **Coordinación editorial**

Paula Salvatierra

### \* **Diseño gráfico**

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

### \* **Corrección**

Silvia Pazos

### \* **Ilustraciones**

Viviana Brass

### **Ministerio de Educación de la Nación**

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127 \* [planlectura@me.gov.ar](mailto:planlectura@me.gov.ar)

[www.planlectura.educ.ar](http://www.planlectura.educ.ar)

República Argentina, 2010

# PRÓLOGO

Por medio de la Campaña Nacional de Lectura primero y ahora del Plan Nacional de Lectura, el Ministerio de Educación de la Nación encargó a nuestra Fundación la preparación de diversas colecciones de libros de lecturas para niños y adolescentes. Así, en 2004 se publicaron cinco libros con el título LEER X LEER. Posteriormente, en 2005, nos encargaron otras siete antologías de textos breves, que se publicaron con el título LEER LA ARGENTINA. Contenían centenares de textos destinados a millones de niñas, niños y jóvenes en edad escolar.

Continuando esa política, que habla de un Estado que intenta recuperar para los estudiantes de todo el país y de todas las edades, algunas de las más ricas tradiciones argentinas (el relato breve; la lectura íntima y serena; el reconocimiento de espacios propios y una visión de la riquísima diversidad de nuestra nación), a fines de 2009 y a partir de una idea que tuvimos con Guillermo Martínez, la encomienda fue realizar estas antologías de la mejor literatura argentina, con motivo del Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810.

El arduo trabajo de selección, análisis, debate y decisión acerca de los contenidos de estos libros fue realizado –entre enero y junio de este año– por un grupo de escritores y escritoras convocado especialmente desde la Fundación que presido, y a quienes tuve el inmenso honor de coordinar. Entre todos realizamos esta tarea ad honórem, como un aporte a la educación argentina, y cabe por ello el más justo reconocimiento a Graciela Bialek, Pablo De Santis, Angélica Gorodischer, María Rosa Lojo, Guillermo Martínez, Ana María Shua y Perla Suez, y muy especialmente a Margarita Eggers Lan, Directora del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación, por su estrecha y atentísima participación.

El resultado son estas lecturas destinadas a los tres niveles escolares, distribuidas en cinco libros: INICIAL; PRIMARIA 1; PRIMARIA 2; SECUNDARIA 1 y SECUNDARIA 2.

De entre centenares de autores y textos de nuestra vasta literatura, de todas las provincias y regiones, escogimos estas lecturas que –estamos convencidos– abrirán nuevas posibilidades críticas a los lectores, estimularán su imaginación y les brindarán la libertad que da la lectura como espacio único de inclusión, expansión y placer. Por eso mismo, como no queremos agobiar al estudiante/lector, ni tampoco descargar toda la responsabilidad únicamente en las y los docentes, hemos incluido brevísimas notas orientativas al pie de cada texto.

Desde luego que en estos libros no está ni toda, ni la mejor parte de la vasta literatura argentina. Y es obvio que nuestra elección se vio forzada a soslayar considerables escritoras y escritores, y textos preciosos.

En gran medida, ello se debió a limitaciones de espacio impuestas por el hecho de que quisimos incluir la literatura de todos los confines de nuestra geografía. Por eso, si los textos seleccionados son solo una parte de lo mucho y muy bueno que se escribe en nuestro país, al menos se trata de una parte bien representativa de estéticas, estilos, generaciones y formas. Nosotros pensamos que leyendo estos libros, los niños y jóvenes en edad escolar –desde los 3 y hasta los 18 años, o más– conocerán, disfrutarán y sentirán que son parte de una rica tradición cultural.

No hay otro camino hacia el conocimiento que la lectura. No hay desarrollo de un pueblo lector; si ese pueblo no lee. Y esa es la preocupación que guió nuestro trabajo: procurar que estos textos sirvan –desde lo mejor de la literatura de nuestro país, y en particular de los últimos decenios, la mayoría de cuyos autores y autoras están vivos y escribiendo– para construir un buen lector; el tipo de lector competente que la Argentina necesita. Buscamos estimular –en los jóvenes lectores a quienes se dirigen estos libros– esa condición renovadora y casi subversiva que deviene de leer buena literatura, como vía pareja del conocimiento y la imaginación.

Sabemos que este es un concepto de lectura no tradicional y que incluso puede ir a contramano de algunas modas pedagógicas. Sin embargo, no hemos organizado estos libros buscando confrontación alguna, sino más bien pensando en el desarrollo de una nueva Pedagogía de la Lectura entendida como la formación maciza y sostenida de lectores competentes, o sea personas libres, entusiastas, capaces de discutir internamente con los textos y de abrir nuevos caminos al pensamiento y a las ideas en su propio espíritu y en silencio. Es así como se forma el carácter que luego brinda a la sociedad nuevas y mejores personas y propuestas.

Si la lectura de textos de calidad es –como pensamos– una saludable práctica de reflexión, ponderación, equilibrio, medida, sentido común y desarrollo de la sensatez; si también es un ejercicio mental excepcional y un entrenamiento de la inteligencia y los sentidos; y si todo ello constituye un acto placentero, vital y enriquecedor, entonces podemos esperar que las lectoras y los lectores que se sumerjan en estas páginas encontrarán todo eso. Así se contribuye –pensamos– a construir mejores personas y mejores ciudadanos de la Democracia.

***Mempo Giardinelli***

Resistencia, Chaco, julio de 2010

# ANTIÉROS

★ T U N U N A M E R C A D O

**C**omenzar por los cuartos. Barrer cuidadosamente con una escoba mojada el tapete (un balde con agua debe acompañar ese tránsito desde la recámara del fondo y por las otras recámaras hasta el final del pasillo). Recoger la basura una primera vez al terminar la primera recámara y así sucesivamente con las otras. Regresar a la primera recámara, la del fondo, y quitar el polvo de los muebles con una franela húmeda pero no mojada. Sacudir sábanas y cobijas y tender la cama. La colcha debe cubrir la almohada, bajo la cual se pone el pijama o el camión del durmiente. Poner en orden las sillas y otros objetos que pudieran haber sido desplazados de su sitio la víspera (siempre hay una víspera que "produce" una marca que hay que subsanar). Un primer recorrido habrá permitido rescatar vasos, tazas, botellas, ropa sucia, depositados sucesivamente en la cocina y el lavadero. Pasar al segundo cuarto que ya habrá sido barrido como los otros, el pasillo, y los baños que

dan a él. Repetir allí las acciones llevadas a cabo en el anterior: sacudir el polvo, airear las sábanas y cobijas, tender la cama con las sábanas bien estiradas (el pliegue es un enemigo), alisar la almohada luego de esponjarla, entrar bien las sábanas y cobijas debajo del colchón; en el ángulo de cada uno de los pies, la ropa de cama debe ser entrada en dos etapas, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda y viceversa –depende del lado en cuestión– para formar un pico que se corresponderá geoméricamente con el ángulo. El estado óptimo: la tensión del lienzo debe ser como la de los bastidores del bordado. En el tercer cuarto predisponerse a tender una cama matrimonial; calcular por lo tanto los movimientos para economizar el máximo de tiempo posible. La operación de entrar la sábana de abajo y luego la segunda sábana debe hacerse, más allá de toda lógica, por separado; la astucia de plegarlas juntas produce un efecto que no deja dormir en toda la noche. La economía debe consistir, más bien, en agotar el mayor número de operaciones en un lado antes de pasar al otro. Una vez finalizada la etapa de la limpieza y arreglo de las recámaras echar un visto a cada una para ajustar cualquier detalle que hubiera podido ser dejado de lado; corregirlo; dejar apenas entreabiertas las persianas, la ventana entornada, las cortinas corridas. Gozar un instante, por turno, en el vano de la puerta de cada habitación, el quieto resplandor que segrega el interior en la semipenumbra. En los baños, tallar con pulidores especiales todo lo que sea mayólica y azulejos. Abrir la llave del agua caliente para lograr vapor, el mejor limpiador de espejos. Frotar y frotar hasta sacar brillo, aromatizar con productos especiales –nunca con el puro cloro, que despide olor a miseria–; reacomodar jabones, jaboneras, botellas de champú, de acondicionadores, potes de crema y cosméticos, dejando fuera de los botiquines la menor cantidad de elementos. Doblar correctamente las toallas, combinando entre la de baño y la de la cara, el color más afin (Quien limpia no debe mirarse en el espejo). Fregar el piso, verificar si falta papel, no dejar un solo pelo en ningun-

no de los artefactos del baño, ni siquiera en los peines y cepillos. Pasar luego a la sala. Recoger todo lo que esté tirado, barrer con un escobillón y pasar después una franela con algún lustrador, solamente para rectificar el encerado (tarea que debe realizarse una vez por mes en forma total y que diariamente sólo admite un retoque); quitar con un plumero el polvo de los libros y de las hojas de las plantas (éstas también requieren una limpieza profunda cada diez o más días); reubicar, ordenar, meticulosamente dar cierta armonía a la disposición de los objetos sobre los estantes, los aparadores, los trinchantes, las vitrinas y todo el mobiliario; sacudir los cortinados, darles aire para que queden renovados, con una buena caída. Dar forma a los cojines, estirar perfectamente las alfombras y las carpetas; poner un gran cuidado en regar las plantas sin desparramar agua. Quitar el polvo de los marcos de los cuadros; si hubiera una mancha sobre los vidrios rociarlos con un poquito de limpiador ad-hoc y pasar encima una gamuza seca; sacudir también los vanos de las puertas y ventanas, los alféizares, las alfarjías; con un cepillo sacar la tierra de las alforzas. Con un estropajo seco sacarle brillo al parquet. Si los cobres y platas estuvieran tristes darles una pasadita con Silvo; si las caobas tuvieran la palidez de la depresión, levantarlas con un poco de lustrador. En el sillón más muelle, el de pana verde de preferencia, tenderse unos instantes con un pequeño cojín en el cuello y, desde ese lugar, entregarse a la visión de un espacio deslumbrante, con las cortinas a medio cerrar y las ventanas abiertas que dejan pasar, por entre las plantas y los linos, una brisa llena de aromas. Entretanto habráse puesto en el fuego a hervir un agua, no cualquier agua, sino la justa y necesaria para echar los huesos del puerco con algunas verduras pertinentes: cebollas de verdeo, hinojos, apio, culantro, tomillo, laurel y mejorana: esta agua hierve a olla y puerta cerrada, lejos de esa atmósfera pura de limpieza que exalta los sentidos en la sala, a mediados del día, cuando la gente se esmera en sus oficinas o se desespera en sus automóviles yendo a las citas de negocios.



La brisa ondea el voile pero apenas consigue mover las cortinas, anudadas con un cordón dorado a cada lado del ventanal, en bandeaux. Sacarse los zapatos para sentir la frescura cálida del terciopelo. Llevar la mano derecha suavemente desde la pantorrilla hasta el muslo y acariciarla, confirmando que esa piel puede perfectamente competir con la pana; no subir más arriba la mano; desprenderse la blusa y dejar unos momentos los pechos al aire, erguirse y, con la mano en jarras, mirarse el perfil en el espejo del fondo de la vitrina, por entremedio de las copas de cristal. Salir de la sala y, previamente, cerrar la camisa, abotonarla y reacomodar los pliegues de la falda bajo el delantal. Entrar en la cocina, humeante por los huesos que hierven a todo vapor en la olla y cuyo destino es sólo convertirse en base para algún otro manjar. Echar el polvo detergente en un recipiente de plástico, el que se usa de costumbre, y hacer una mezcla espumosa con agua caliente; lavar los trastos del desayuno: tazas, jarritas, cucharas, cuchillos, platos, todo lo que hubiese sido retirado de la mesa y acumulado en la pileta. Pensar una vez más, como todos los días, que es una lástima no poder usar guantes de hule, aceptando, por consiguiente, el deterioro que los detergentes producen en la piel (hongos incluidos); usar las fibras que el objeto requiera: zacate, lana de aluminio o simplemente esponja. No dejar el trapito que se usa para secar la mesada colgado del mezclador de agua; no queda bien en el orden de la cocina. Limpiar las hornallas, raspar, pulir, frotar hasta dejar todo como un espejo. Sobre los azulejos, pasar un trapo con limpiador en polvo; ir acumulando la basura en un bote pequeño, que después será volcada en el mayor, debidamente protegido con una bolsa grande de plástico o con un forro de papel de diario confeccionado a esos efectos. Pasar el trapo por el piso; una y dos veces, escurriendo y chaguándolo cada vez. Ordenar, sobre todo ordenar; guardar en los armarios todo lo que esté afuera; reacomodar las cosas en el refrigerador. Saber, por ejemplo, que una berenjena, como en el viejo cuento, puede estar arrinconada en el fondo, como bola de

toro de exportación; que las zanahorias pueden tener un destino fálico, arrojadas a la puerta de un lupanar y recubiertas de un opaco preservativo; que los pepinos pueden servir a la muchacha de las historias inmorales en sus ceremonias narcisistas; que el hongo más lúbrico no puede compararse con la morilla que el profesor de lingüística franco ruso le propuso a su colega franco alemana en una sesión amorosa vegetal; que las verduras y las frutas –salsifies, nabos, mangos paraíso y petacones, semillas de mamey, chiles anchos, pasillas y mulatos, chilacayotes y chayotes, pitayas y camotes– pueden ser el contenido secreto de la valija del viajante que anda de pueblo en pueblo ofreciéndose para ciertas prácticas que responden a vicios particulares.

Saber todo esto, mientras la olla echa humos que ascienden al tuérdano, aunque ese tuérdano haya sido reemplazado por una enorme campana con luces y tragaires que le chupan la conciencia a los alimentos. Después arremeter con la cebolla, la reina, picarla pertinazmente desde arriba e ir logrando los pedazos más diminutos con ese sistema que, por milagro, puede hasta hacerla desaparecer bajo la hoja del cuchillo; rehogarla en el fuego lentamente, dejando apenas que se dore. Sobre esa base construir el gran edificio, con la carne dejada en pesadumbre durante noche y día, los jitomates, los ajos quemados hasta la extenuación para extraerles toda el alma, la sustancia hecha papilla (¿por qué los ajos tienen que desaparecer? ¿por qué?), las hierbas, ajedrea predominante, y la copita que se bebe a medida que con ella y otra y otra se alimenta el cuerpo receptivo de la carne por impregnación, maceración, "mijotage". El tiempo transcurre agigantando los granos del arroz, creando espumas suplementarias en la superficie del caldo, dejándose invadir por los olores de las hierbas cada vez más despojadas de su esencia, meros tallos, escasas nervaduras que intentan sobrevivir al máximo de sí que se les exprime. Nadie, ningún extraño puede irrumpir en esta sesión en la que todo se hace por hábito

pero en la que cada detalle empieza de pronto a cobrar un sentido muy peculiar, de objeto en sí, de objeto que se dota de una existencia propia, para no decir prodigiosa. El aceite cubre la superficie de los aguacates pelados, resbala por su piel y se chorrea sobre el plato; el ajo expulsado de su piel con el canto del cuchillo deja aparecer una materia larval; la sangre brota de la carne y, correlativamente, produce una segregación salival en la boca; el limón despidе sus jugos apretado por los dedos; la piel de los garbanzos se desliza entre los dedos y el grano sale despedido sobre la fuente; la leche se espesa en la harina de la salsa; el huevo sale de su cáscara y deja ver su galladura; la pasta amasada en forma de cilindro se estira sobre la mesa y rueda bajo la palma de la mano; al calamar le salta, por acción de los dedos, una uña transparente de su mero centro; a la sardina le brota un pececito del vientre; la lechuga expulsa su cogollo. Volver a desabotonarse la blusa y dejar los pechos al aire y, sin muchos preámbulos, como si se frotara con alguna esencia una endivia o se sobara con algún aliño el belfo de un ternero, cubrir con un poquito de aceite los pezones erectos, rodear con la punta del índice la aureola y masajear levemente cada uno de los pechos, sin restablecer diferencias entre los reinos, mezclando incluso las especies y las especias por puro afán de verificación, porque en una de esas a los pezones no les viene bien el eneldo, pero sí la salvia. Dejar que los fuegos ardan, que las marmitas borboteen sus aguas y sus jugos y que la campana del tuérdano absorba como un torbellino los vahos. Apagar y, en el silencio, percibir con absoluta nitidez el ruido de la transformación de la materia. Rememorar que adentro, todo está listo, que no hay nada que censurar, que en cada sitio por el que pasaron las escobas y los escobillones, las jergas y los estropajos, todo ha quedado reluciente, invitando al reposo y a la quietud del mediodía; confirmarse también, y una vez más que, salvo algún proveedor a quien no hay que abrirle, nadie vendrá a interrumpir la sesión hasta casi las cuatro de la tarde. Poner, no obstante, el pestillo de seguridad en la

puerta; quitarse lisa y llanamente la blusa y, después, la falda. Quedarse sólo con el delantal, mientras, con diferentes cucharas, probar una y otra vez, de una olla y la otra, los sabores, rectificándolos, dándoles más cuerpo, volviendo más denso su sentido particular. Con el mismo aceite con que se ha freído algunas de las tantas comidas que ahora bullen lentamente en sus fuegos, untarse la curva de las nalgas, las piernas, las pantorrillas, los tobillos; agacharse y ponerse de pie con la presteza de alguien acostumbrado a gimnasias domésticas. Reducir aún más los fuegos, casi hasta la extinción y, como vestal, pararse en medio de la cocina y considerar ese espacio como un anfiteatro; añorar la alcoba, el interior, el recinto cerrado, prohibidos por estar prisioneros del orden que se ha instaurado unas horas antes. Untarse todo el cuerpo con mayor meticulosidad, hendiduras de diferentes profundidades y carácter, depresiones y salientes; girar, doblarse, buscar la armonía de los movimientos, oler la oliva y el comino, el caraway y el curry, las mezclas que la piel ha terminado por absorber trastornando los sentidos y transformando en danza los pasos cada vez más cadenciosos y dejarse invadir por la culminación en medio de sudores y fragancias.

© Tununa Mercado.

© Emecé Editores S.A. / Seix Barral.



## ★ TUNUNA MERCADO

Nació en 1939 en la ciudad de Córdoba. En 1964 se trasladó a Buenos Aires. Vivió en París. Con el golpe de estado y ante amenazas de la Triple A, se exilió en México hasta el final de la dictadura. Entre sus libros figuran: *Canon de alcoba* (cuentos), *La letra de lo mínimo* (ensayos), *La madriguera* (novela), *Yo nunca te prometí la eternidad* (novela).

# CABECITA NEGRA

★ GERMÁN ROZENMACHER

A Raúl Kruschovsky

**E**l señor Lanari no podía dormir. Eran las tres y media de la mañana y fumaba enfurecido, muerto de frío, acodado en ese balcón del tercer piso, sobre la calle vacía, temblando encogido dentro del sobretodo de solapas levantadas. Después de dar vueltas y vueltas en la cama, de tomar pastillas y de ir y venir por la casa frenético y rabioso como un león enjaulado, se había vestido como para salir y hasta se había lustrado los zapatos.

Y ahí estaba ahora, con los ojos resecos, los nervios tensos, agazapado escuchando el invisible golpeteo de algún caballo de carro de verdulero cruzando la noche, mientras algún taxi daba vueltas a la manzana con sus faros rompiendo la neblina, esperando turno para entrar al amueblado de la calle Cangallo, y un tranvía 63 con las ventanillas pegajosas, opacadas de frío, pasaba vacío de tanto en tanto, arrastrándose entre las casas de uno o dos a siete pisos y se perdía, entre los pocos letreros luminosos de los hoteles, que brillaban mojados, apenas visibles, calle abajo.

Ese insomnio era una desgracia. Mañana estaría resfriado y andaría abombado como un sonámbulo todo el día. Y además nunca había hecho esa idiotez de levantarse y vestirse en plena noche de invierno nada más que para quedarse ahí, fumando en el balcón. ¿A quién se le ocurría hacer esas cosas? Se encogió de hombros, angustiado. La noche se había hecho para dormir y se sentía viviendo a contramano. Solamente él se sentía despierto en medio del enorme silencio de la ciudad dormida. Un silencio que lo hacía moverse con cierto sigiloso cuidado, como si pudiera despertar a alguien. Se cuidaría muy bien de no contárselo a su socio de la ferretería porque lo cargaría un año entero por esa ocurrencia de lustrarse los zapatos en medio de la noche. En este país donde uno aprovechaba cualquier oportunidad para joder a los demás y pasarla bien a costillas ajenas había que tener mucho cuidado para conservar la dignidad. Si uno se descuidaba lo llevaban por delante, lo aplastaban como a una cucaracha. Estornudó. Si estuviera su mujer ya le habría hecho uno de esos tés de yuyos que ella tenía y santo remedio. Pero suspiró desconsolado. Su mujer y su hijo se habían ido a pasar el fin de semana a la quinta de Paso del Rey llevándose a la sirvienta así que estaba solo en la casa. Sin embargo, pensó, no le iban tan mal las cosas. No podía quejarse de la vida. Su padre había sido un cobrador de la luz, un inmigrante que se había muerto de hambre sin haber llegado a nada. El señor Lanari había trabajado como un animal y ahora tenía esa casa del tercer piso cerca del Congreso, en propiedad horizontal, y hacía pocos meses había comprado el pequeño Renault que ahora estaba abajo, en el garaje y había gastado una fortuna en los hermosos apliques cromados de las portezuelas. La ferretería de la Avenida de Mayo iba muy bien y ahora tenía también la quinta de fin de semana donde pasaba las vacaciones. No podía quejarse. Se daba todos los gustos. Pronto su hijo se recibiría de abogado y seguramente se casaría con alguna chica distinguida. Claro que había tenido que hacer muchos sacrificios. En tiempos como estos, donde los desórdenes políticos eran la rutina, había estado varias veces al borde de la quiebra. Palabra fatal

que significaba el escándalo, la ruina, la pérdida de todo. Había tenido que aplastar muchas cabezas para sobrevivir porque si no, hubieran hecho lo mismo con él. Así era la vida. Pero había salido adelante. Además cuando era joven tocaba el violín y no había cosa que le gustase más en el mundo. Pero vio por delante un porvenir dudoso y sombrío lleno de humillaciones y miseria y tuvo miedo. Pensó que se debía a sus semejantes, a su familia, que en la vida uno no podía hacer todo lo que quería, que tenía que seguir el camino recto, el camino debido y que no debía fracasar. Y entonces todo lo que había hecho en la vida había sido para que lo llamaran "señor". Y entonces juntó dinero y puso una ferretería. Se vivía una sola vez y no le había ido tan mal. No señor. Ahí afuera, en la calle, podían estar matándose. Pero él tenía esa casa, su refugio, donde era el dueño, donde se podía vivir en paz, donde todo estaba en su lugar, donde lo respetaban. Lo único que lo desesperaba era ese insomnio. Dieron las cuatro de la mañana. La niebla era más espesa. Un silencio pesado había caído sobre Buenos Aires. Ni un ruido. Todo en calma. Hasta el señor Lanari tratando de no despertar a nadie, fumaba, adormeciéndose.

De pronto una mujer gritó en la noche. De golpe. Una mujer aullaba a todo lo que daba como una perra salvaje y pedía socorro sin palabras, gritaba en la neblina, llamaba a alguien, a cualquiera. El señor Lanari dio un respingo, y se estremeció, asustado. La mujer aullaba de dolor en la neblina y parecía golpearlo con sus gritos como un puñetazo. El señor Lanari quiso hacerla callar, era de noche, podía despertar a alguien, había que hablar más bajo. Se hizo un silencio. Y de pronto la mujer gritó de nuevo, reventando el silencio y la calma y el orden, haciendo escándalo y pidiendo socorro con su aullido visceral de carne y sangre, anterior a las palabras, casi un vagido de niña, desesperado y solo.

El viento siguió soplando. Nadie despertó. Nadie se dio por enterado. Entonces el señor Lanari bajó a la calle y fue en la niebla, a tientas, hasta la esquina. Y allí la vio. Nada más que

una cabecita negra sentada en el umbral del hotel que tenía el letrero luminoso "Para Damas" en la puerta, despatarrada y borracha, casi una niña, con las manos caídas sobre la falda, vencida y sola y perdida, y las piernas abiertas bajo la pollera sucia de grandes flores chillonas y rojas y la cabeza sobre el pecho y una botella de cerveza bajo el brazo.

—Quiero ir a casa, mamá —lloraba—. Quiero cien pesos para el tren para irme a casa.

Era una china que podía ser su sirvienta sentada en el último escalón de la estrecha escalera de madera en un chorro de luz amarilla.

El señor Lanari sintió una vaga ternura, una vaga piedad, se dijo que así eran estos negros, qué se iba a hacer, la vida era dura, sonrió, sacó cien pesos y se los puso arrollados en el gollete de la botella pensando vagamente en la caridad. Se sintió satisfecho. Se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, despreciándola despacio.

—¿Qué están haciendo ahí ustedes dos?— la voz era dura y malévol. Antes de que se diera vuelta ya sintió una mano sobre su hombro.

—A ver, ustedes dos, vamos a la comisaría. Por alterar el orden en la vía pública.

El señor Lanari, perplejo, asustado, le sonrió con un gesto de complicidad al vigilante.

—Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente.

Entonces se dio cuenta de que el vigilante también era bastante morochito pero ya era tarde. Quiso empezar a contar su historia.

—Viejo baboso— dijo el vigilante mirando con odio al hombrecito despectivo, seguro y sobrador que tenía adelante—. Hacete el gil ahora.



El voseo golpeó al señor Lanari como un puñetazo.

—Vamos. En cana.

El señor Lanari parpadeaba sin comprender. De pronto reaccionó violentamente y le gritó al policía.

—Cuidado señor, mucho cuidado. Esta arbitrariedad le puede costar muy cara. ¿Usted sabe con quién está hablando? —había dicho eso como quien pega un tiro en el vacío. El señor Lanari no tenía ningún comisario amigo.

—Andá, viejito verde, andá, ¿te creés que no me di cuenta que la largaste dura y ahora te querés lavar las manos? —dijo el vigilante y lo agarró por la solapa levantando a la negra que ya había dejado de llorar y que dejaba hacer, cansada, ausente y callada, mirando simplemente todo.

El señor Lanari temblaba. Estaban todos locos. ¿Qué tenía que ver él con todo eso? Y además ¿qué pasaría si fuera a la comisaría y aclarara todo y entonces no le creyeran y se complicaran más las cosas? Nunca había pisado una comisaría. Toda su vida había hecho lo posible para no pisar una comisaría. Era un hombre decente. Ese insomnio había tenido la culpa Y no había ninguna garantía de que la policía aclarase todo. Pasaban cosas muy extrañas en los últimos tiempos. Ni siquiera en la policía se podía confiar. No. A la comisaría no. Sería una vergüenza inútil.

—Vea, agente. Yo no tengo nada que ver con esta mujer —dijo señalándola. Sintió que el vigilante dudaba. Quiso decirle que ahí estaban ellos dos, del lado de la ley y esa negra estúpida que se quedaba callada, para peor, era la única culpable.

De pronto se acercó al agente que era una cabeza más alto que él, y que lo miraba de costado, con desprecio, con duros ojos salvajes, inyectados y malignos, bestiales, con grandes bigotes de morsa. Un animal. Otro cabecita negra.

—Señor agente —le dijo en tono confidencial y bajo como

para que la otra no escuchara, parada ahí, con la botella vacía como una muñeca, acunándola entre los brazos, cabeceando, ausente como si estuviera tan aplastada que ya nada le importaba.

–Venga a mi casa, señor agente. Tengo un coñac de primera. Va a ver que todo lo que le digo es cierto y sacó una tarjeta personal y los documentos y se los mostró –. Vivo ahí al lado –gimió casi, manso y casi adulón, quejumbroso, sabiendo que estaba en manos del otro sin tener ni siquiera un diputado para que sacara la cara por él y lo defendiera. Era mejor amansarlo, hasta darle plata y convencerlo para que lo dejara de embromar.

El agente miró el reloj y de pronto, casi alegremente, como si el señor Lanari le hubiera propuesto una gran idea, lo tomó a él por un brazo y a la negrita por otro y casi amistosamente se fue con ellos. Cuando llegaron al departamento el señor Lanari prendió todas las luces y le mostró la casa a las visitas. La negra apenas vio la cama matrimonial se tiró y se quedó profundamente dormida.

Qué espantoso, pensó, si justo ahora llegaba gente, su hijo o sus parientes o cualquiera, y lo vieran ahí, con esos negros, al margen de todo, como metidos en la misma oscura cosa viscosamente sucia; sería un escándalo, lo más horrible del mundo, un escándalo, y nadie le creería su explicación y quedaría repudiado, como culpable de una oscura culpa, y yo no hice nada mientras hacía eso tan desusado, ahí a las 4 de la mañana, porque la noche se había hecho para dormir y estaba atrapado por esos negros, él, que era una persona decente, como si fuera una basura cualquiera, atrapado por la locura, en su propia casa.

–Dame café –dijo el policía y en ese momento el señor Lanari sintió que lo estaban humillando. Toda su vida había trabajado para tener eso, para que no lo atropellaran y así, de repente, ese hombre, un cualquiera, un vigilante de mala muer-

te lo trataba de che, le gritaba, lo ofendía. Y lo que era peor, vio en sus ojos un odio tan frío, tan inhumano, que ya no supo qué hacer. De pronto pensó que lo mejor sería ir a la comisaría porque aquel hombre podría ser un asesino disfrazado de policía que había venido a robarlo y matarlo y sacarle todas las cosas que había conseguido en años y años de duro trabajo, todas sus posesiones, y encima humillarlo y escupirlo. Y la mujer estaba en toda la trampa como carnada. Se encogió de hombros. No entendía nada. Le sirvió café. Después lo llevó a conocer la biblioteca. Sentía algo presagiente, que se cernía, que se venía. Una amenaza espantosa que no sabía cuándo se le desplomaría encima ni cómo detenerla. El señor Lanari, sin saber por qué, le mostró la biblioteca abarrotada con los mejores libros. Nunca había podido hacer tiempo para leerlos pero estaban allí. El señor Lanari tenía su cultura. Había terminado el colegio nacional y tenía toda la historia de Mitre encuadrada en cuero. Aunque no había podido estudiar violín tenía un hermoso tocadiscos y allí, posesión suya, cuando quería, la mejor música del mundo se hacía presente.

Hubiera querido sentarse amigablemente y conversar de libros con ese hombre. Pero ¿de qué libros podría hablar con ese negro? Con la otra durmiendo en su cama y ese hombre ahí frente suyo, como burlándose, sentía un oscuro malestar que le iba creciendo, una inquietud sofocante. De golpe se sorprendió de que justo ahora quisiera hablar de libros y con ese tipo. El policía se sacó los zapatos, tiró por ahí la gorra, se abrió la campera y se puso a tomar despacio.

El señor Lanari recordó vagamente a los negros que se habían lavado alguna vez las patas en las fuentes de plaza Congreso. Ahora sentía lo mismo. La misma vejación, la misma rabia. Hubiera querido que estuviera ahí su hijo. No tanto para defenderse de aquellos negros que ahora se le habían despatarrado en su propia casa, sino para enfrentar todo eso que no tenía ni pies ni cabeza y sentirse junto a un ser humano, una persona civilizada. Era como si de pronto esos salva-

jes hubieran invadido su casa. Sintió que deliraba y divagaba y sudaba y que la cabeza le estaba por estallar. Todo estaba al revés. Esa china que podía ser su sirvienta en su cama y ese hombre del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era policía, ahí, tomando su coñac. La casa estaba tomada.

–Qué le hiciste –dijo al fin el negro.

–Señor, mida sus palabras. Yo lo trato con la mayor consideración. Así que haga el favor de...

El policía o lo que fuera lo agarró de las solapas y le dio un puñetazo en la nariz. Anonadado, el señor Lanari sintió cómo le corría la sangre por el labio. Bajó los ojos. Lloraba. ¿Por qué le estaban haciendo eso? ¿Qué cuentas le pedían? Dos desconocidos en la noche entraban en su casa y le pedían cuentas por algo que no entendía y todo era un manicomio.

–Es mi hermana. Y vos la arruinaste. Por tu culpa, ella se vino a trabajar como muchacha, una chica, una chiquilina, y entonces todos creen que pueden llevársela por delante. Cualquiera se cree vivo, ¿eh? Pero hoy apareciste, porquería, apareciste justo y me las vas a pagar todas juntas. Quién iba a decirlo, todo un señor...

El señor Lanari no dijo nada y corrió al dormitorio y empezó a sacudir a la chica desesperadamente. La chica abrió los ojos, se encogió de hombros, se dio vuelta y siguió durmiendo. El otro empezó a golpearlo, a patearlo en la boca del estómago, mientras el señor Lanari decía no con la cabeza y dejaba hacer, anonadado, y entonces fue cuando la chica despertó y lo miró y le dijo al hermano:

–Este no es, José –lo dijo con una voz seca, inexpresiva, cansada, pero definitiva. Vagamente el señor Lanari vio la cara atontada, despavorida, humillada del otro y vio que se detenía bruscamente y vio que la mujer se levantaba, con pesadez, y por fin, sintió que algo tontamente le decía adentro "Por fin se me va este maldito insomnio" y se quedó bien dormido. Cuan-

do despertó, el sol estaba alto y le dio en los ojos, encegueciéndolo. Todo en la pieza estaba patas arriba, todo revuelto y le dolía terriblemente la boca del estómago. Sintió un vértigo, sintió que estaba a punto de volverse loco y cerró los ojos para no girar en un torbellino. De pronto se precipitó a revisar todos los cajones, todos los bolsillos, bajó al garaje a ver si el auto estaba todavía, y jadeaba, desesperado a ver si no le faltaba nada. ¿Qué hacer, a quién recurrir? Podría ir a la comisaría, denunciar todo, pero ¿denunciar qué? ¿Todo había pasado de veras? "Tranquilo, tranquilo, aquí no ha pasado nada", trataba de decirse, pero era inútil: le dolía la boca del estómago y todo estaba patas arriba y la puerta de calle abierta. Tragaba saliva. Algo había sido violado. "La chusma", dijo para tranquilizarse, "hay que aplastarlos, aplastarlos", dijo para tranquilizarse. "La fuerza pública", dijo, "tenemos toda la fuerza pública y el ejército", dijo para tranquilizarse. Sintió que odiaba. Y de pronto el señor Lanari supo que desde entonces jamás estaría seguro de nada. De nada.



© "Cabecita negra" de Rozenmacher, Germán.

© 1997 by Ediciones de la Flor S.R.L.

## ★ GERMÁN ROZENMACHER

Nació en 1936 en Buenos Aires. Murió trágicamente en Mar del Plata en 1971. Narrador, dramaturgo y periodista, se destacó por su escritura relacionada con el desarraigo, la soledad, la discriminación y las preocupaciones político-sociales derivadas de su adhesión al peronismo. En 1964 se estrenó su obra *Réquiem para un viernes a la noche*, donde profundiza los problemas que enfrenta un joven judío con su familia; y después de su muerte, *El caballero de Indias* (1982). Entre sus libros figuran: *Los ojos del tigre*, *Cabecita negra*.

# CIEGO EN LA RESOLANA

★ H É C T O R T I Z Ó N



**A**hora está el ciego otra vez sentado al sol al pro-  
mediar la mañana. De él se dice que no siempre  
fue ciego y era fama también que, al no alternar  
sus ojos las sombras y la luz, dormía menos que  
un pájaro. Cualquiera que subiese al viejo y abandonado  
campanario de la iglesia podría contemplarlo allí, en medio  
del parque que rodea la casa. En eso consistía, precisamente,  
el gran desquite de su cónyuge, mujer obesa y rubia, de blan-  
cura impresionante, en cuyos brazos bailoteaban innumera-  
bles pulseras. Ella, canturreando muy quedo un aria en su  
lengua materna, empujaba la silla rodante del ciego hasta  
detenerla en un lugar no muy distante, donde crecían unos  
mimbres agobiados por plantas trepadoras. Así quedaba el  
ciego, aislado, en la suave y luminosa resolana, mudo, aterro-  
rizado por las serpientes que pudieran deslizarse en el jardín;  
temor subyacente aun en los instantes en que ella, asomada  
al gran ventanal y ensayando unos gorgoritos alentadores lo

azuzaba para que cantase la dulce tonada que él nunca llegó a saber cuándo había aprendido.

Enseguida del almuerzo el ciego volvía a su mecedora, en la galería, aguardando la llegada del otro, cuando su mujer se ocultaba en la interminable pausa de la siesta. Allí no hacía más que esperar alguna señal, sin que se le escapara el mínimo ruido porque todo el poder de sus ojos se había trasladado a sus oídos. Luego armaba cuidadosamente el ingenioso aparato que reproducía el vaivén de su cuerpo en la silla: una piedra de peso adecuado puesta en el extremo del arco de la mecedora y en el otro una cuerda elástica amarrada a una estaca entre los trípodes de los innumerables maceteros, que se ocupaba en disimular. Con tal mecanismo la mecedora no interrumpía su balanceo cuando él se incorporaba cautelosamente para pegar su mejilla contra la puerta de la habitación. Entonces transcurrían momentos tensos para el ciego, horas, a veces, tiempo controlado por él mismo con su vieja maestría para calcularlo, de acuerdo con el ritmo de sus pulsaciones (seiscientas pulsaciones divididas en grupos de veinte). Era testigo así de jadeos, voces ahogadas, quejidos, pequeñas risas silenciadas de pronto por inaudibles advertencias; a veces, por ciertos estrépitos sofocados, parecían rodar cuerpos en el suelo; o surgía el silencio y sólo se escuchaba el crepitar del resaco maderamen de la mecedora en la galería, moviéndose, vacía, en perpetuo vaivén. Pero cuando eso ocurría ya el ciego estaba impaciente y sintiendo el frío del picaporte en sus mejillas mojadas por las lágrimas, gritaba dando feroces golpes en la puerta. Desde el interior la mujer gorda trataba de calmarlo, gritando a su vez con voz dulce:

—¿Qué pasa? ¡Ya voy, chiquitín!

Al oírla, el ciego cesaba de golpear y rápidamente regresaba a su mecedora, desanudaba el cordón elástico, ocultaba la piedra y permanecía en espera, distraídamente, con la mirada de sus ojos hueros en dirección de las montañas.

## Posdata

El borrador de este cuento si lo es data de unos veinte años atrás, y apenas si admitió un retoque.

Siempre me han fascinado las mujeres jóvenes y gordas que cantan. Generalmente las mujeres que cantan son gordas. Las mujeres gordas me han parecido siempre tiernas e irresponsables. Además, las mujeres gordas siempre mueren jóvenes y son así las verdaderas heroínas románticas. En provincia no hay mujeres gordas que valgan la pena, porque en provincia no hay ópera.

Pero estos personajes han sido mis vecinos y vivían al otro lado, donde el río hace una curva pronunciada. De niño, yo solía llevarle a la dama, de vez en cuando, una cesta con frutillas que le enviaba mi padre. Ella entonces me daba unos besos exagerados pero normales. Era húngara o algo así, o lo había sido. Su marido aún no estaba ciego. En realidad, nunca lo estuvo.



© Héctor Tizón  
c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,  
Agencia Literaria  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

## ★ HÉCTOR TIZÓN

Nació en 1929 en Yala, provincia de Jujuy. Abogado, periodista, diplomático, juez. Estuvo exiliado en España entre 1976 y 1982. Vivió en México, París, Milán y Madrid, pero su poética está fuertemente vinculada con su tierra. Recibió numerosos reconocimientos: Academia Nacional de Letras, Gran Premio de Honor de la Sade, Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el gobierno de Francia. Entre sus obras figuran: *El hombre que llegó a un pueblo*, *Cantar del profeta y el bandido*, *Fuego en Casabindo*, *El traidor venerado*, *La mujer de Strasser*.



# FALTA PALMIERI

★ JUAN SASTURAIN

*Sepa el pueblo votar.*

Roque Sáenz Peña

**E**l agregado comercial es un hombre joven y preferiría escuchar cualquier otra cosa esta tarde, pero al secretario del embajador le gusta Rivero con guitarras. Y cuanto más lunfardo mejor:

—Escuche Ramos lo que es eso, olvídense del sonido sucio. Esa letra: ... “y en la lona de los giles, me tendió en el cuarto round” —canta Beltrame. El secretario de voz finita entona sobre los graves del cantor.

El agregado no dice nada. Se levanta despacio del otro sillón de caña, coloca la novela de Soriano abierta y boca abajo a un costado, deja al secretario solo y tendido en la lona y camina hasta la ventana. Las guitarras que puntean y subrayan las amarguras tangueras de *Barajando* acompañan a sus espaldas mientras afuera no comienza o no termina de atardecer sobre el raleado jardín y las palmeras excesivas. En la avenida de asfalto roto con canteros de tierra roja, los taxis verdes y negros brillan como escarabajos bajo la lluvia.

–Siempre me da la impresión de que los guitarristas de Gardel tocan bajo el agua –dice Ramos–. Parecen metidos adentro de una pileta llena, por ese ruido metálico, distorsionado que hacen las guitarras: “tingui-ting, ting-tingui, tingui-ting”.

–Pero estas no...–corrige el secretario.

–Ya sé que no canta Gardel, Beltrame. En estos meses me ha hecho escuchar más tango que en el resto de mi vida. Pero estas violas también suenan así...

–No. Esta grabación de Rivero no es acústica. Por la fecha; es del sesenta y pico.

–Estas también hacen “tingui tingui”– se obstina el agregado–. Debe ser por este puto clima...

El exabrupto no es común en el trato entre ambos y confirma que es un día muy especial, un domingo raro en que la embajada está abierta y escuchan música alevosa. Cierta mínimo sentido del pudor les impide estar tomando mate, pero a esa altura casi han desagotado una preciosa botella de Legui aportada por uno de los primeros votantes.

–Ya está lloviendo otra vez –agrega Ramos, tapa la puteada anterior con un parchecito convencional–. Creo que no me voy a acostumbrar nunca.

–Yo decía lo mismo hace cuatro años –dice el secretario, interesado de repente–. Y seguro que me costó más que a usted, porque mi destino anterior fue Luxemburgo, que es otro mundo en serio. En cambio, esta humedad es como la de Buenos Aires. Como si fuera Buenos Aires.

Y el agregado siente que el otro lo descalifica: son años de servicio exterior, una ristra de países; él, en cambio, es un recién llegado al club.

–La verdad, una de las razones por las que quiero que pierdan hoy es que seguro nos van a mandar de vuelta. Si no, renuncio igual –exagera Ramos–. Me voy.

Hace solo ocho meses que está en la isla y se supone que debería hacer negocios, firmar acuerdos comerciales, vender zapatos y camperas de cuero, pero ya ha comprobado que –como dice en sus cartas a casa– "estos morochos son marciaños que prefieren andar en patas y solo conocen el frío por las películas". Sin embargo, según el embajador, para superar esos detalles se supone que ha estudiado Comercio Exterior en la mejor privada.

En realidad, para Ramos, desde que llegó el único comercio exterior efectivo han sido tres oscuras excursiones a un burdel de la isleta de enfrente, la misma que se apoya verde en la repisa del horizonte borroneado por la lluvia, cortado por la bandera que pende del mástil frente a la ventana.

La memoria de aquellas transacciones acordadas por señas universales, acaso no sea del todo grata porque el agregado se aparta de la ventana y dice:

–Con todo respeto, Beltrame: no le parece que tenemos una bandera bastante boluda.

–Es cierto –concede imprevistamente el secretario–. Y es una cosa que uno siente de pibe. En la escuela, cuando mirábamos el cuadro de las banderas de América para el 12 de Octubre no decíamos nada pero nos parecía la más aburrida de todas.

–Con ese celestito maricón. Ni siquiera el sol es algo original. Un país de mierda como este tiene una mucho más vistosa: tiene rojo, amarillo, verde, dibujitos...

–Que no lo escuche el embajador.

–No hay peligro. Está viendo el rugby: Argentina-Francia en el Mundial.

El agregado mira el reloj:

–¿Qué hora es ahora en Buenos Aires?

Debería saberlo y tal vez lo sabe pero no le gusta hacer la cuenta. Al secretario sí, porque él es quien se comunica regularmente.

—Tenemos diez horas de diferencia.

Ramos nunca sabe si es a favor o en contra, más tarde o más temprano, sin embargo se larga a afirmar porque está harto de la espera.

—Quiere decir que allá ya se acabó todo —dice como si mirara una estrella demasiado lejana—. Levantemos y listo.

—Hay que esperar. Media hora más. Después abrimos, hacemos el acta, firmamos y mandamos un e-mail con todo.

—Es tan ridículo. Estamos acá como unos pelotudos custodiando un cajoncito como si fuera un velorio.

—¿Y a quién estamos enterrando hoy?

El agregado señala con un cabezazo el retrato del Presidente que gobierna ortodoxamente la sala desde detrás del escritorio.

—¿Les parece? Este no se va a morir nunca —dice el embajador desde la puerta de la otra sala—. Ya van a ver.

Con un gesto mínimo, un toquecito apenas al equipo, Beltrame reduce los poderosos versos de *Audacia* por Rivero a un susurro.

—Terminó el primer tiempo —anuncia el embajador y deja pasar a la colorida pero calladísima Tanya—. Es en diferido; todo es en diferido acá.

Y se ríe. No se puede saber si el gordo está contento por el resultado del partido, por las elecciones o porque está fuera de horario y de programa con la única mujer que trabaja en la embajada.

Ramos tiene que admitir que Tanya está muy buena, dentro del estilo de las mujeres del lugar. Las mujeres son un pro-

blema. El embajador está separado, su mujer se volvió con los hijos chicos el año pasado, Ramos es soltero, Beltrame también: "Un troló melancólico" sospecha y escribe el agregado en sus quejosas cartas a Buenos Aires.

—¿Quién falta? —dice ahora el embajador consultando el padroncito de argentinos residentes que se han encolumnado para cumplir deberes cívicos tan lejos de casa y sin necesidad.

—Hace más de una hora que votó el último —dice el agregado comercial desde la ventana y dispuesto a irse ya.

—Sí, pero falta Palmieri —dice el secretario.

—¿Qué Palmieri?

—Palmieri, Imperio. Clase 1928 —y Beltrame señala casi al final de la lista, junto al número de documento cómicamente bajo.

—¿Quién es este viejo?

El embajador tira la pregunta con fastidio. Cree o debe creer que conoce a todos los argentinos diseminados por la isla.

—No es de la capital; es de un lugar del interior, de la selva —asegura Tanya.

Asomada sobre el hombro del secretario, señala el domicilio, uno de esos largos nombres locales impronunciabiles que ella pronuncia y que no dicen nada a los demás.

—Comerciante no es —se cubre el agregado.

—Bueno... Sea quien sea no va a venir ya —dice el gordo mirando la hora—. Dejémoslo ahí. Contamos los votos, hacemos el acta y usted se queda a enviar el e-mail, Beltrame...

—Esperen... —interrumpe Ramos siempre en la ventana—. Me parece que ahí viene Palmieri.

El vehículo, un viejo jeep con todas las lonas desplegadas y las ruedas cubiertas de barro, se detiene en la puerta de la

embajada. No llueve ya, pero el atardecer es un hecho y no se ven los rostros con claridad desde la ventana. Sin embargo, el agregado ve que el chofer que da la vuelta al jeep es un hombre joven y que la monja a la que ayuda a bajar es una especie de Madre Teresa algo encorvada pero ágil, de hábito blanco, bastón vigoroso y botas de goma amarillas desproporcionadamente grandes para su tamaño.

Dos minutos después, acompañada por el chofer y con las botas en la mano, la monja está adentro.

—Vengo a votar. Espero que no sea demasiado tarde —dice en un argentino raro, viejo, contaminado de inflexiones—. ¿Puedo pasar?

—Pase, hermana. ¿Cómo es su nombre?

—Eva me puse cuando entré a la orden. Soy la Madre Eva ahora, desde hace muchos años... —le apunta al gordo y no le erra—. Señor embajador...

—Sí.

—No quiero ensuciar el piso con las botas una vez que estoy en mi tierra... ¿Tenés un diario o algo? —dice volviéndose a la mujer.

Tanya le alcanza un periódico local y un ejemplar viejo de *La Nación*. La monja pone las botas encima y se queda mirando el diario.

—El camino desde la misión está muy malo en algunas partes —dice excusándose—. Aunque ha mejorado mucho con el afirmado. Hace cincuenta años no había nada en este país; ni caminos, ni agua potable ni nada. Yo le decía a Bamboli —y le toca la camisa al muchacho que la acompaña— que en la Argentina nunca llueve así. Al menos en Mendoza, de donde soy yo. Pero qué puede entender él, esto es lo único que conoce, solo le queda imaginárselo.

—Claro.

Están todos a su alrededor. Nadie hace nada. Hasta que el secretario se anima:

–Bueno: viene a votar.

–Por primera vez.

Hay sonrisas. Por alguna estúpida razón esa vieja monja provoca cierta actitud condescendiente, como si fuera un chico.

–Es la primera vez que voy a votar porque antes no nos dejaban y casi seguro que va a ser la última, porque tengo algo acá –y se señala el corazón– que no creo que me deje llegar muy lejos.

–No diga eso. Venga, siéntese. Usted se llama...

–Imperio Palmieri.

La monja se sienta frente al escritorio y saca una vieja libreta cívica que el secretario hojea con cuidado.

–No es un nombre común.

–Mi madre me puso Imperio por una cantante muy buena que vivió muchos años en España: Imperio Argentina.

–¿Y lo de Madre Eva?

–Lo de Eva lo elegí yo misma. No por la Eva de la Biblia, claro que no, Dios me libre y guarde. Fue por Evita, que era tan buena. Usted sabe, ella les dio el voto a las mujeres. Y fíjese lo que son las cosas: si no se hubiera muerto tan joven y yo no me hubiera hecho monja por cosas que me pasaron cuando tenía dieciocho años, la hubiera votado, pobrecita...

El secretario está a punto de interrumpirla, de decirle que no se pueden hacer comentarios políticos en esas circunstancias pero Imperio Palmieri está más allá de toda sospecha o voluntad de trasgresión.

—Hace más de cincuenta años que estoy en la misión —dice ahora—. Primero el Señor me quiso en la India, y después acá. Hay mucho que hacer. Siempre hay mucho que hacer.

—Claro—. El secretario le da el sobre con una sonrisa forzada y le indica el camino—. Ahí, en la otra habitación, están todas las boletas.

Entonces la Madre Eva, sobre en mano por primera vez, vacila:

—¿Quiénes? ¿Quiénes son?

—¿Quiénes son quiénes?

—Los candidatos, los que hay que elegir —y recupera *La Nación* que en sus manos arrugadas es repentinamente nueva, inédita, valiosa—. ¿Están acá, se pueden conocer? Para verlos una vez al menos, cómo son. Un ratito.

—Seguro que están —dice el secretario.

El agregado comercial no sabe si reírse o qué. Pero el embajador le hace un gesto con el mentón y primero con timidez y después con absoluta vergüenza se sienta junto a Imperio Palmieri, la Madre Eva, a analizar los candidatos contra reloj.

—¿Este qué tal es? —y señala a uno subido a un palco lleno de gente.

Mientras comienza a explicar en voz baja, Ramos oye la respiración regular, siente la concentración de la vieja monja, ve de reojo el ceño perplejo del joven Bamboli, asomado, y se siente repentinamente muy bien y enseguida muy mal.

Diez minutos después, Imperio Palmieri ha votado y el embajador firma con cuidado su libreta cívica vieja y virgen. La monja les da un beso a cada uno, les acaricia la cara y sale con las botas puestas a la noche precozmente estrellada.



Finalmente abren la urna y hay empate entre los dos mayoritarios. En el acta consignan, además, tres votos en blanco y uno nulo. Ha quedado todo disperso sobre la mesa.

–Vuelvan a meter todo en la urna y mande un e-mail con el acta, Beltrame –dice el embajador–. Me voy a ver el segundo tiempo de Los Pumas.

Antes de irse con él, Tanya abre el sobre impugnado y se lleva la estampita.

“Falta Palmieri” en *La mujer ducha*, Juan Sasturain.

© 2010, Editorial Sudamericana S.A.



## ★ JUAN SASTURAIN

Nació en 1945 en González Chavez, Provincia de Buenos Aires. Escritor, docente y periodista, es editor en el diario *Página 12*. También conduce el programa televisivo *Ver para leer*. Autor de novelas policiales y de la serie de historietas Perramus, saga de cuatro volúmenes con guión suyo y dibujos de Alberto Breccia. Recibió el Premio Amnesty International en 1988. Otras obras: *La mujer ducha*; *Los galochas, esa gente e xagerada*; y sobre el mundo del fútbol: *El día del arquero*; *Picado grueso*.

# VIEJO CON ÁRBOL

★ ROBERTO FONTANARROSA



**A** un costado de la cancha había yuyales y, más allá, el terraplén del ferrocarril. Al otro costado, descampado y un árbol bastante miserable. Después las otras dos canchas, la chica y la principal. Y ahí, debajo de ese árbol, solía ubicarse el viejo.

Había aparecido unos cuantos partidos atrás, casi al comienzo del campeonato, con su gorra, la campera gris algo raída, la camisa blanca cerrada hasta el cuello y la radio portátil en la mano. Jubilado seguramente, no tendría nada que hacer los sábados por la tarde y se acercaba al complejo para ver los partidos de la Liga. Los muchachos primero pensaron que sería casualidad, pero al tercer sábado en que lo vieron junto al lateral ya pasaron a considerarlo hinchada propia. Porque el viejo bien podía ir a ver los otros dos partidos que se jugaban a la misma hora en las canchas de al lado, pero se quedaba ahí, debajo del árbol, siguiéndolos a ellos.

Era el único hincha legítimo que tenían, al margen de algunos pibes chiquitos; el hijo de Norberto, los dos de Gao-na, el sobrino del Mosca, que desembarcaban en el predio con las mayores y corrían a meterse entre los cañaverales apenas bajaban de los autos.

—Ojo con la vía —alertaba siempre Jorge mientras se cambiaban.

—No pasan trenes, casi —lo tranquilizaba Norberto.

Y era verdad, o pasaba uno cada muerte de obispo, lentamente y metiendo ruido.

—¿No vino la hinchada? —ya preguntaban todos al llegar nomás, buscando al viejo—. ¿No vino la barra brava?

Y se reían. Pero el viejo no faltaba desde hacía varios sábados, firme debajo del árbol, casi elegante, con un cierto refinamiento en su postura erguida, la mano derecha en alto sosteniendo la radio minúscula, como quien sostiene un ramo de flores. Nadie lo conocía, no era amigo de ninguno de los muchachos.

—La vieja no lo debe soportar en la casa y lo manda para acá —bromeó alguno.

—Por ahí es amigo del referí —dijo otro.

Pero sabían que el viejo hinchaba para ellos de alguna manera, moderadamente, porque lo habían visto aplaudir un par de partidos atrás, cuando le ganaron a Olimpia Seniors.

Y ahí, debajo del árbol, fue a tirarse el Soda cuando decidió dejarle su lugar a Eduardo, que estaba de suplente, al sentir que no daba más por el calor. Era verano y ese horario para jugar era una locura. Casi las tres de la tarde y el viejo ahí, fiel, a unos metros, mirando el partido. Cuando Eduardo entró a la cancha —casi a desgano, aprovechando para despejarse— cuando levantó el brazo pidiéndole permiso al referí, el Soda se derrumbó a la sombra del arbolito y quedó bastan-

te cerca, como nunca lo había estado: el viejo no había cruzado jamás una palabra con nadie del equipo.

El Soda pudo apreciar entonces que tendría unos setenta años, era flaquito, bastante alto, pulcro y con sombra de barba. Escuchaba la radio con un auricular y en la otra mano sostenía un cigarrillo con plácida distinción.

–¿Está escuchando a Central Córdoba, maestro? –medio le gritó el Soda cuando recuperó el aliento, pero siempre recostado en el piso.

El viejo giró para mirarlo. Negó con la cabeza y se quitó el auricular de la oreja.

–No –sonrió. Y pareció que la cosa quedaba ahí.

El viejo volvió a mirar el partido, que estaba áspero y empinado.

–Música– dijo después, mirándolo de nuevo.

–¿Algún tanguito? –probó el Soda.

–Un concierto. Hay un buen programa de música clásica a esta hora.

El Soda frunció el entrecejo. Ya tenía una buena anécdota para contarles a los muchachos y la cosa venía lo suficientemente interesante como para continuarla. Se levantó resoplando, se bajó las medias y caminó despacio hasta pararse al lado del viejo.

–Pero le gusta el fútbol –le dijo–. Por lo que veo.

El viejo aprobó enérgicamente con la cabeza, sin dejar de mirar el curso de la pelota, que iba y venía por el aire, rabiosa.

–Lo he jugado. Y, además, está muy emparentado con el arte –dictaminó después–. Muy emparentado.

El Soda lo miró, curioso. Sabía que seguiría hablando, y esperó.

—Mire usted nuestro arquero —efectivamente el viejo señaló a De León, que estudiaba el partido desde su arco, las manos en la cintura, todo un costado de la camiseta cubierto de tierra—. La continuidad de la nariz con la frente. La expansión pectoral. La curvatura de los muslos. La tensión en los dorsales —se quedó un momento en silencio, como para que el Soda apreciara aquello que él le mostraba—. Bueno... Eso, eso es la escultura...

El Soda adelantó la mandíbula y osciló levemente la cabeza, aprobando dubitativo.

—Vea usted —el viejo señaló ahora hacia el arco contrario, al que estaba por llegar un corner— el relumbrón intenso de las camisetas nuestras, amarillo cadmio y una veladura naranja por el sudor. El contraste con el azul de Prusia de las camisetas rivales, el casi violeta cardenalicio que asume también ese azul por la transpiración, los vivos blancos como trazos alocados. Las manchas ágiles ocres, pardas y sepias y siena de los muslos, vivaces, dignas de un Bacon. Entrecierre los ojos y aprécielo así... Bueno... Eso, eso es la pintura.

Aún estaba el Soda con los ojos entrecerrados cuando el viejo arreció.

—Observe, observe usted esa carrera intensa entre el delantero de ellos y el cuatro nuestro. El salto al unísono, el giro en el aire, la voltereta elástica, el braceo amplio en busca del equilibrio... Bueno... Eso, eso es la danza...

El Soda procuraba estimular sus sentidos, pero sólo veía que los rivales se venían con todo, porfiados, y que la pelota no se alejaba del área defendida por De León.

—Y escuche usted, escuche usted... —lo acicateó el viejo, curvando con una mano el pabellón de la misma oreja donde había tenido el auricular de la radio y entusiasmado tal vez al encontrar, por fin, un interlocutor válido—... la percusión grave de la pelota cuando bota contra el piso, el chasquido de la

suela de los botines sobre el césped, el fuelle quedo de la respiración agitada, el coro desparejo de los gritos, las órdenes, los alertas, los insultos de los muchachos y el pitazo agudo del referí... Bueno... Eso, eso es la música...

El Soda aprobó con la cabeza. Los muchachos no iban a creerle cuando él les contara aquella charla insólita con el viejo, luego del partido, si es que les quedaba algo de ánimo, porque la derrota se cernía sobre ellos como un ave oscura e implacable.

—Y vea usted a ese delantero... —señaló ahora el viejo, casi metiéndose en la cancha, algo más alterado—... ese delantero de ellos que se revuelca por el suelo como si lo hubiese picado una tarántula, mesándose exageradamente los cabellos, distorsionando el rostro, bramando falsamente de dolor, reclamando histriónicamente justicia... Bueno... Eso, eso es el teatro.

El Soda se tomó la cabeza.

—¿Qué cobró? —balbuceó indignado.

—¿Cobró penal? —abrió los ojos el viejo, incrédulo. Dio un paso al frente, metiéndose apenas en la cancha—. ¿Qué cobrás? —gritó después, desaforado—. ¿Qué cobrás, referí y la reputísima madre que te parió?

El Soda lo miró atónito. Ante el grito del viejo parecía haberse olvidado repentinamente del penal injusto, de la derrota inminente y del mismo calor. El viejo estaba lívido mirando al área, pero enseguida se volvió hacia el Soda tratando de recomponerse, algo confuso, incómodo.

—... ¿Y eso? —se atrevió a preguntarle el Soda, señalándolo.

—Y eso... —Vaciló el viejo, tocándose levemente la gorra—  
... Eso es el fútbol.



## ★ ROBERTO FONTANARROSA

Nació en 1944 y falleció en 2007 en Rosario, Santa Fe. Humorista gráfico y escritor, autor de una abundante producción gráfica. Entre sus personajes más conocidos están el matón Boogie El Aceitoso y el gaucho Inodoro Pereyra (con su perro Mendieta). Su fama trascendió las fronteras de la Argentina. Apasionado por el fútbol, dedicó varias de sus obras a ese deporte y escribió muchos textos alusivos. Entre sus obras figuran: *La Gansada*, *Los trenes matan a los autos*, *El mundo ha vivido equivocado*, *La mesa de los galanes*, *Uno nunca sabe*, *El fútbol es sagrado*, *Los clásicos según Fontanarrosa*.

# H O T E L ALMAGRO

★ R I C A R D O P I G L I A

Cuando me vine a vivir a Buenos Aires alquilé una pieza en el Hotel Almagro, en Rivadavia y Castro Barros. Estaba terminando de escribir los relatos de mi primer libro y Jorge Álvarez me ofreció un contrato para publicarlo y me dio trabajo en la editorial. Le preparé una antología de la prosa norteamericana que iba de Poe a Purdy y con lo que me pagó y con lo que yo ganaba en la Universidad me alcanzó para instalarme y vivir en Buenos Aires. En ese tiempo trabajaba en la cátedra de Introducción a la Historia en la Facultad de Humanidades y viajaba todas las semanas a La Plata. Había alquilado una pieza en una pensión cerca de la terminal de ómnibus y me quedaba tres días por semana en La Plata dictando clases. Tenía la vida dividida, vivía dos vidas en dos ciudades como si fueran dos personas diferentes, con otros amigos y otras circulaciones en cada lugar.

Lo que era igual, sin embargo, era la vida en la pieza de hotel. Los pasillos vacíos, los cuartos transitorios, el clima anónimo de esos lugares donde se está siempre de paso. Vivir en un hotel es el mejor modo de no caer en la ilusión



de “tener” una vida personal, de no tener quiero decir nada personal para contar, salvo los rastros que dejan los otros. La pensión en La Plata era una casona interminable convertida en una especie de hotel berreta manejado por un estudiante crónico que vivía de subalquilar cuartos. La dueña de la casa estaba internada y el tipo le giraba todos los meses un poco de plata a una casilla de correo en el hospicio de Las Mercedes.

La pieza que yo alquilaba era cómoda, con un balcón que se abría sobre la calle y un techo altísimo. También la pieza del Hotel Almagro tenía un techo altísimo y un ventanal que daba sobre los fondos de la Federación de Box. Las dos piezas tenían un ropero muy parecido, con dos puertas y estantes forrados con papel de diario. Una tarde, en La Plata, encontré en un rincón del ropero las cartas de una mujer. Siempre se encuentran rastros de los que han estado antes cuando se vive en una pieza de hotel. Las cartas estaban disimuladas en un hueco como si alguien hubiera escondido un paquete con drogas. Estaban escritas con letra nerviosa y no se entendía casi nada; como siempre sucede cuando se lee la carta de un desconocido, las alusiones y los sobreentendidos son tantos que se descifran las palabras pero no el sentido o la emoción de lo que está pasando. La mujer se llamaba Angelita y no estaba dispuesta a que la llevaran a vivir a Trenque-Lauquen. Se había escapado de la casa y parecía desesperada y me dio la sensación de que se estaba despidiendo. En la última página, con otra letra, alguien había escrito un número de teléfono. Cuando llamé me atendieron en la guardia del hospital de City Bell. Nadie conocía a ninguna Angelita.

Por supuesto me olvidé del asunto pero un tiempo después, en Buenos Aires, tendido en la cama de la pieza del hotel se me ocurrió levantarme a inspeccionar el ropero. Sobre un costado, en un hueco, había dos cartas: eran la respuesta de un hombre a las cartas de la mujer de La Plata.

Explicaciones no tengo. La única explicación posible es pensar que yo estaba metido en un mundo escindido y que había otros dos que también estaban metidos en un mundo escindido y pasaban de un lado a otro igual que yo y, por esas extrañas combinaciones que produce el azar, las cartas habían coincidido conmigo. No es raro encontrarse con un desconocido dos veces en dos ciudades, parece más raro encontrar en dos lugares distintos, dos cartas de dos personas que están conectadas y a las que uno no conoce.

La casa de pensión en La Plata todavía está, y todavía sigue ahí el estudiante crónico, que ahora es un viejo tranquilo que sigue subalquilando las piezas a estudiantes y a viajantes de comercio, que pasan por La Plata siguiendo la ruta del sur de la provincia de Buenos Aires. También el Hotel Almagro sigue igual y cuando voy por Rivadavia hacia la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Puán paso siempre por la puerta y me acuerdo de aquel tiempo. Enfrente está la confitería Las Violetas. Por supuesto hay que tener un bar tranquilo y bien iluminado cerca si uno vive en una pieza de hotel.



© Ricardo Piglia.  
c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,  
Agencia Literaria.  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

## ★ RICARDO PIGLIA

Nació en 1940 en Adrogué, Provincia de Buenos Aires. Vivió en Mar del Plata. Publicó en La Habana su primer libro de cuentos, *Jau-lario*, que obtuvo una mención en el Premio Casa de las Américas y apareció en Buenos Aires con el título de *La invasión*. Reside en los Estados Unidos, donde se desempeña como docente en la Universidad de Princeton. También ha desarrollado una intensa labor como crítico y ensayista. Entre sus obras figuran: *Nombre falso*, *Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *El último lector*. Basada en su novela *La ciudad ausente* realizó con el músico Gerardo Gandini la ópera homónima, estrenada en el Teatro Colón en 1995.

# IRMAN

★ S A M A N T A S C H W E B L I N

Oliver manejaba. Yo tenía tanta sed que empezaba a sentirme mareado. El parador que encontramos estaba vacío. Era un bar amplio, como todo en el campo, con las mesas llenas de migas y botellas, como si hubiera almorzado un batallón hace un momento y todavía no hubieran hecho tiempo a limpiar. Elegimos un lugar junto a la ventana, cerca de un ventilador encendido del que no llegaban noticias. Necesitaba tomar algo con urgencia, se lo dije a Oliver. Él sacó un menú de otra mesa y leyó en voz alta las opciones que le parecieron interesantes. Un hombre apareció atrás de la cortina de plástico. Era muy petiso. Tenía un delantal atado a la cintura y un trapo rejilla oscuro de mugre le colgaba del brazo. Aunque parecía el mozo, se lo veía desorientado, como si alguien lo hubiese puesto ahí repentinamente y ahora él no supiera muy bien qué debía hacer. Caminó hasta nosotros. Saludamos; él asintió. Oliver pidió las bebidas y le hizo un chiste sobre el calor, pero no logró que el tipo abriera la boca. Me dio la sensación de que si elegíamos algo sencillo le hacíamos un favor, así que le pregunté si había algún plato del día, algo fresco y rápido y él dijo que sí y se retiró, como si algo fresco

y rápido fuese una opción del menú y no hubiese nada más que decir. Regresó a la cocina y vimos su cabeza aparecer y desaparecer en las ventanas que daban al mostrador. Miré a Oliver, sonreía; yo tenía demasiada sed para reírme. Pasó un rato, mucho más tiempo del que lleva elegir dos botellas frías de cualquier cosa y traerlas hasta la mesa, y al fin otra vez el hombre apareció. No traía nada, ni un vaso. Me sentí pésimo, pensé que si no tomaba algo ya mismo iba a volverme loco, ¿y qué le pasaba al tipo? ¿Cuál era la duda? Se paró junto a la mesa. Tenía gotas en la frente y aureolas en la remera, bajo las axilas. Hizo un gesto con la mano, confuso, como si fuera a dar alguna explicación, pero se interrumpió. Le pregunté qué pasaba, supongo que en un tono un poco violento. Entonces se volvió hacia la cocina, y después, esquivo, dijo:

–Es que no llego a la heladera.

Miré a Oliver. Oliver no pudo contener la risa y eso me puso de peor humor.

–¿Cómo que no llega a la heladera? ¿Y cómo mierda atiende a la gente?

–Es que... –se limpió la frente con el trapo. El tipo era un desastre– mi mujer es la que agarra las cosas de la heladera –dijo.

–¿Y...? –tuve ganas de pegarle.

–Que está en el piso. Se cayó y está...

–¿Cómo que en el piso? –lo interrumpió Oliver.

–Y, no sé. No sé –repetió levantando los hombros, las palmas de las manos hacia arriba.

–¿Dónde está? –dijo Oliver.

El tipo señaló la cocina. Yo sólo quería algo fresco y ver a Oliver incorporarse acabó con todas mis esperanzas.

–¿Dónde? –volvió a preguntar Oliver.

El tipo señaló otra vez la cocina y Oliver se alejó en esa dirección, volviéndose una que otra vez hacia nosotros, como desconfiando. Fue extraño cuando desapareció detrás de la cortina y me dejó solo, frente a frente con semejante imbécil.

Tuve que esquivarlo para poder pasar cuando Oliver me llamó desde la cocina. Caminé despacio porque preví que algo estaba pasando. Corrí la cortina y me asomé. La cocina era chica y estaba repleta de cacerolas, sartenes, platos y cosas apiladas sobre estanterías o colgadas. Tirada en el suelo, a unos metros de la pared, la mujer parecía una bestia marina dejada por la marea. Aferraba en la mano izquierda un cucharón de plástico. La heladera colgaba más arriba, a la altura de las alacenas. Era una de esas heladeras de quiosco, de puertas transparentes que van sobre el piso y se abren desde arriba, solo que ésta había sido ridículamente amurada a la pared con ménsulas, siguiendo la línea de las alacenas y con las puertas hacia el frente. Oliver me miraba.

—Bueno —le dije— ya viniste hasta acá, ahora hacé algo.

Escuché que la cortina de plástico se movía y el hombre se paró junto a mí. Era mucho más petiso de lo que parecía. Creo que yo casi le llevaba tres cabezas. Oliver se había agachado junto al cuerpo pero no se animaba a tocarlo. Pensé que la gorda podía despertarse en cualquier momento y ponerse a gritar. Le corrió los pelos de la cara. Tenía los ojos cerrados.

—Ayúdenme a darla vuelta —dijo Oliver.

El tipo ni se movió. Me acerqué y me agaché del otro lado, pero apenas pudimos moverla.

—¿No va a ayudar? —le pregunté.

—Me da impresión —dijo el desgraciado—, está muerta.

Soltamos inmediatamente a la gorda y nos quedamos mirándola.

–¿Cómo que muerta? ¿Por qué no dijo que estaba muerta?

–No estoy seguro, me da la impresión.

–Dijo que “le da impresión” –dijo Oliver–, no que “le da la impresión”.

–Me da impresión que me de la impresión.

Oliver me miró, su cara decía algo así como “yo a este lo cago a trompadas”.

Me agaché, y busqué el pulso en la mano del cucharón. Cuando Oliver se cansó de esperarme puso sus dedos frente a la nariz y la boca de la mujer y dijo:

–Esta está muertísima. Vámonos.

Y entonces sí, el tipo se desesperó.

–¿Cómo irse? No, por favor. No puedo solo con ella.

Oliver abrió la heladera, sacó dos gaseosas, me dio una y salió de la cocina puteando. Lo seguí. Abrí mi botella y creí que el pico no iba a llegar nunca a mi boca. Me había olvidado de la sed que tenía.

–¿Y? ¿Qué te parece? –dijo Oliver. Respiré aliviado. De pronto me sentí con diez años menos y de mejor humor–, ¿se cayó o la bajó? –dijo. Todavía estábamos cerca de la cocina y Oliver no bajaba la voz.

–No creo que haya sido él –dije en voz baja–, la necesita para llegar a la heladera, ¿o no?

–Llega solo...

–¿Realmente creés que la mató?

–Puede usar una escalera, subirse a la mesa, tiene cincuenta sillas de bar... –dijo señalando alrededor. Me pareció que hablaba alto a propósito así que bajé más la voz:

—Quizá sí es un pobre tipo. Realmente estúpido, y ahora se queda solo con la gorda muerta en la cocina.

—¿Querés que lo adoptemos? Lo cargamos atrás y lo soltamos cuando llegamos.

Tomé unos tragos más y me quedé mirando la cocina. El infeliz estaba parado frente a la gorda y sostenía en el aire un banco, sin saber muy bien dónde ponerlo. Oliver me hizo una seña para que volviéramos a acercarnos. Lo vimos dejar el banco a un lado, tomar un brazo de la gorda y empezar a tirar. No pudo moverla ni un centímetro. Descansó unos segundos y volvió a intentarlo. Probó apoyar el banco sobre una de las piernas, una de las patas tocando la rodilla. Se subió y se estiró lo más que pudo hacia la heladera. Ahora que le daba la altura, el banco quedaba demasiado lejos. Cuando giró hacia nosotros para bajar, nos escondimos y nos quedamos sentados en el suelo, contra la pared. Me sorprendió que no hubiera nada en la bajomesada del mostrador. Sí arriba en la repisa, y más arriba las coperas y las alacenas también estaban repletas, pero nada a nuestra altura. Lo escuchamos mover el banco. Suspirar. Hubo silencio y esperamos. De pronto se asomó tras la cortina. Sostenía un cuchillo con gesto amenazador, pero cuando nos vio pareció aliviarse, y volvió a suspirar.

—No alcanzo a la heladera —dijo.

Ni siquiera nos paramos.

—No alcanza a ningún lado —dijo Oliver.

El tipo se quedó mirándolo como si el mismísimo Dios se hubiera parado frente a él para hacerle saber la razón por la cual estamos en este mundo. Dejó caer el cuchillo y recorrió con la mirada las bajomesadas vacías. Oliver estaba satisfecho: el tipo parecía traspasar los horizontes de la estupidez.

—A ver, preparémos un omelet —dijo Oliver.

El hombre se volvió hacia la cocina. Su rostro imbécil de estupor reflejaba los utensilios, las cacerolas, casi toda la cocina colgando de las paredes o sobre las estanterías.

–Ok, mejor no –dijo Oliver–, haga unos simples sándwiches, seguro que eso sí puede hacerlo.

–No –dijo el tipo–, no alcanzo a la sandwichera.

–No lo tueste. Solo traiga el jamón, el queso, y un pedazo de pan.

–No –dijo–, no –volvió a repetir negando con la cabeza, parecía avergonzado.

–Ok. Un vaso de agua entonces.

Negó.

–¿Y cómo mierda sirvió a este regimiento? –dijo Oliver señalando las mesas.

–Necesito pensar.

–No necesita pensar, lo que necesita es un metro más de altura.

–No puedo sin ella...

Pensé en bajarle algo fresco, pensé que tomar algo le vendría bien, pero cuando intenté levantarme Oliver me detuvo.

–Tiene que hacerlo solo –dijo–, tiene que aprender.

–Oliver...

–Decime algo que sí puedas hacer, una cosa, algo.

–Llevo y traigo la comida que me dan, limpio las mesas...

–No parece –dijo Oliver.

–...Puedo mezclar las ensaladas y condimentarlas si ella me deja todo listo sobre la mesada. Lavo los platos, limpio el piso, sacudo los...



–Ok, ok. Ya entendí.

Entonces el tipo se queda mirando a Oliver, como sorprendido:

–Usted... –dijo–, usted sí llega a la heladera. Usted podría cocinar, alcanzarme las cosas...

–¿Qué dice? Nadie va a alcanzarle las cosas...

–Pero usted podría trabajar, tiene la altura –dio un paso tímido hacia Oliver, que a mí no me pareció prudente–, yo le pagaría –dijo.

Oliver se volvió hacia mí:

–Este imbécil me está tomando el pelo, me está tomando el pelo.

–Tengo plata. ¿Cuatrocientos la semana? Puedo pagarle. ¿Quinientos?

–¿Paga quinientos la semana? ¿Por qué no tiene un palacio en el fondo? Este imbécil...

Me levanté y me paré detrás de Oliver: iba a pegarle en cualquier momento, creo que lo único que lo detenía era la altura del tipo.

Lo vimos cerrar sus pequeños puños como compactando una masa invisible que poco a poco se reducía entre los dedos, los brazos comenzaron a temblarle, se puso morado.

–Mi plata no le incumbe –dijo.

Oliver volvió a hacer eso de mirarme cada vez que el otro le hablaba, como sin poder creer lo que ve. Parecía disfrutarlo, pero nadie lo conoce mejor que yo: nadie le dice a Oliver lo que debe hacer.

– Y por la camioneta que tiene –dijo el tipo mirando hacia la ruta–, por la camioneta que tiene se diría que manejo la plata mejor que usted.

–Hijo de puta –dijo Oliver y se abalanzó sobre él.

Alcancé a sostenerlo. El tipo dio un paso atrás, sin miedo, con una dignidad que le daba un metro más de altura, y esperó a que Oliver se calmara. Lo solté.

–Ok –dijo Oliver–. Ok.

Se quedó mirándolo, estaba furioso, pero había algo más en su calma contenida, y entonces le dijo:

–¿Dónde está la plata?

Miré a Oliver sin entender.

–¿Va a robarme?

–Voy a hacer lo que se me cante el orto, pedazo de mierda.

–¿Qué hacés? –dije.

Oliver dio un paso, tomó al tipo de la camisa y lo levantó en el aire.

–¿Dónde está tu plata, a ver?

La fuerza con que Oliver lo había levantado lo hacía oscilar un poco hacia los lados. Pero él lo miraba directamente a los ojos, y no abría la boca.

–Ok –dijo Oliver–. O traes la plata, o te rompo la cara.

Levantó el puño bien cerrado y lo dejó a un centímetro de la nariz del tipo.

–Está bien –dijo el otro.

Oliver lo soltó. El tipo cayó, se acomodó la camisa, dio un paso hacia atrás. Despacio, cruzó la barra en sentido contrario al de la cocina, y desapareció por una puerta.

–Pedazo de imbécil –dijo Oliver.

Me acerqué a él para que no nos escuchara:

—¿Qué estás haciendo? Tiene a la mujer muerta en la cocina, vámonos.

—¿Viste lo que dijo de mi camioneta? El imbécil quiere contratarme, ser mi jefe, ¿entendés?

Oliver empezó a revisar las estanterías de la barra.

—Este imbécil debe tener su plata por acá.

—Vámonos —dije—. Ya te desquitaste.

Corrió algunas botellas, papeles sueltos, hasta que encontró una caja de madera. Era una caja vieja, con un grabado a mano que decía “habanos”.

—Esta es la caja —dijo Oliver.

—Ya váyanse —escuchamos.

El tipo estaba parado en el medio de la sala, y sostenía una escopeta de doble caño que apuntaba directamente a la cabeza de Oliver. Oliver escondió tras de sí la caja. El tipo sacó el seguro del arma y dijo:

—Uno.

—Nos vamos —dije, tomé a Oliver del brazo y empecé a caminar—. Lo siento, realmente lo siento. Y siento lo de su mujer también, yo...

Tenía que hacer fuerza para que Oliver me siguiera, como las madres tiran de los chicos caprichosos.

—Dos.

Pasamos cerca de él, la escopeta a un metro de la cabeza de Oliver.

—Lo siento —volví a decir.

Ya estábamos cerca de la puerta. Hice salir primero a Oliver para que el tipo no viera que se llevaba la caja.

–Tres.

Solté a Oliver y corrí. No sé si él tuvo miedo o no, pero no corrió. Subimos a la camioneta. Dejó la caja sobre el asiento, encendió el motor, y salimos en la dirección en la que veníamos. La camioneta dio algunos saltos en la cuneta y al salir a la ruta, pero Oliver no dijo nada. Solo un rato después, sin quitar los ojos del camino, dijo:

–Abrila.

–Deberíamos...

–Abrila, maricón.

Tomé la caja. Era liviana y demasiado chica para contener una fortuna. Tenía una llave de fantasía, como de cofre. La abrí.

–¿Qué hay? ¿Cuánto? ¿Cuánto?

–Vos manejá –dije–, creo que solo son papeles.

Oliver se volvía cada tanto para espiar lo que yo revisaba. Había un nombre grabado en la contratapa de madera, decía “Irman”, y debajo había una foto del tipo muy joven, sentado sobre unas valijas en una terminal, parecía feliz. Me pregunté quién le habría sacado la foto. También había cartas encabezadas con su nombre: “Querido Irman”, “Irman, mi amor”, poesías firmadas por él, un caramelo de menta hecho polvo y una medalla de plástico al mejor poeta del año, con el logo de un club social.

–¿Hay plata sí o no?

–Son cartas –dije.

De un manotazo, Oliver me quitó la caja y la tiró por la ventanilla.

–¿Qué hacés? –me volví un segundo para ver las cosas ya desparramadas sobre el asfalto, los papeles todavía en el aire, la

medalla rebotando una o dos veces más, cada vez más lejos.

—Son cartas —dijo.

Y un rato después:

—Mirá... Tendríamos que haber parado acá. “Parrilla libre”, ¿léiste? ¿Qué costaba? —y se sacudió inquieto en el asiento, como si realmente lo lamentara.

© Samanta Schweblin.

© Grupo Editorial Planeta.



## ★ SAMANTA SCHWEBLIN

Nació en 1978 en Buenos Aires. Obtuvo diversos reconocimientos: el primer premio del Concurso Nacional Haroldo Conti, Premio Casa de las Américas, beca Fonca del gobierno mexicano. Traducidas a diversas lenguas, entre sus obras figuran: *El núcleo del disturbio*, *Pájaros en la boca*.

# YA NO SE ESCRIBEN CARTAS DE AMOR

★ MIGUEL ÁNGEL MOLFINO



**N**o hace mucho, uno de mis hijos varones halló sobre el pupitre y casi escondida entre sus útiles, una cuidadosa hoja de cuaderno doblada en cuatro en la que se leía, en redonda letra femenina: "Te escribo porque te quiero". Por supuesto, el delicioso anónimo dejó en ascuas a mi hijo y hasta el momento no ha sido descubierta la apasionada y secreta correspondencia; aunque se sospecha arduamente de una pecosita dueña de dos arrebatadoras trenzas rubias.

Ya no se escriben cartas de amor, pensé.

El episodio me recordó que hacía demasiado tiempo que no tenía noticias de una carta que narrara exclusivamente esos acuciantes sucesos del corazón. Medio consternado, creí coleccionar que el teléfono, los casetes y el desamor por el hábito de escribir, bien podrían haber extinguido ese género atormentado y volcánico. Que ya nadie o muy pocos, humedecían un sobre y lo cerraban estremecidos, sumergidos en la ansiedad y el de-

seo por recibir una respuesta que los condenara a la dicha o a una definitiva pena.

Sentí un soplo de consuelo al saber que aún quedaba alguien, en la escuela de mi hijo, tan cerca de mí, empeñada en escribir cartas de amor.

Las cartas son la continuación de la caricia y del beso por otros medios –teoricé vagamente como un desencantado Clausewitz del amor– y de no ser escritas, el amor ha perdido la batalla.

Es que aquellas cartas escritas con tinta sangre del corazón –rezumadas por los pringosos susurros de Rosamel Araya– parecen haber sido devoradas por una máquina tragamonedas. Ya ni siquiera quedan academias obstinadas en enseñar a redactar impecables almíbares postales, como Gaeta, notable cincelador de bailarines de tango, foxtrot, folklore, mambo y afiebrados escritores malheridos y convalecientes de novias lejanas. Tampoco quedan rastros en los polvorientos escaparates de las librerías de viejo, aquellos textos abrumados de recetas para lograr la página perfecta o el adjetivo deslumbrante, cartas de amor no aptas para diabéticos.

Muchas de ellas, quién no lo sabe, cobraron el destello y el filo del puñal, para ingresarnos en el pecho hasta la empuñadura. Incluso, llegaron a matar.

En el 71 o 72, la memoria es imprecisa, haciendo la sección policiales de este diario, me tocó cubrir un singular asesinato.

Un automóvil viajaba rumbo a Sáenz Peña. Lo conducía un despreocupado señor acompañado por su esposa. La velocidad era de crucero, la mañana se deslizaba limpia y azul más allá de las ventanillas y sobre los campos, y tal vez, maticaban la rutinaria carretera escuchando radio o charlando de bueyes perdidos.

A unos veinte kilómetros de Resistencia, la silueta creciente de un ómnibus procedente de Sáenz Peña, rompió el plano del horizonte. El hombre llevó a la boca un cigarrillo, lo encendió, aspiró el humo ardiente y regresó al volante.

Sonrió a su mujer sin saber que sería la última vez que la vería con vida.

Al cruzarse con el ómnibus, el hombre fue sacudido por un estruendo mientras el parabrisas del auto estallaba en mil añicos.

El vehículo pareció desbocarse y el hombre, cegado por el estupor, atinó a corregirlo sobre la banquina y detuvo la marcha. Giró su rostro preguntando a la mujer si se encontraba bien.

La respuesta fue el cráneo empapado en sangre de la esposa.

Enloquecido, la llamó, le gritó. No hubo caso: estaba muerta. Tenía hundido el hueso frontal.

El ómnibus, ya lejano, seguía su ruta.

La pesquisa policial, olisqueando entre los asientos del auto, halló un ensangrentado objeto: un bulón de vía de ferrocarril envuelto en un pañuelo. Apiñada en el bulón, se encontró una carta de amor escrita por una mujer.

La investigación, con el tiempo, puso las cosas en claro.

Una mujer casada mantenía relaciones con un hombre residente en el paraje del fatídico cruce. Ella viajaba ese día en el micro y como era habitual, al pasar por la zona arrojaba sus mensajes pasionales por la ventanilla, utilizando siempre un peso para que la clandestina correspondencia no fuera alejada por el viento.

La intersección del ómnibus y el automóvil produjo la casual desgracia. Ese día, la epístola se incrustó en otra mujer, ajena al idilio, y acaso no ajena, alguna vez, a las cartas de amor.

Pero, no todas han matado.

Felices, apremiadas, zozobrantas, angustiosas, cursis, estoicas o desesperadas, las cartas de amor no tienen —al parecer— quien las escriba.

Acaso por aquello que Ernesto Cardenal anotara: "con el número dos empieza la pena".





## ★ MIGUEL ÁNGEL MOLFINO

Nació en 1949 en Saladillo, Provincia de Buenos Aires, pero creció y vivió casi toda su vida en Resistencia. Periodista y publicista, vivió en México entre 1996 y 2005. Entre sus obras figuran: *Versiones y Perversiones*, *El mismo viejo ruido*, *Prosas escogidas*.

# LA SALVACIÓN

★ ADOLFO BIOY CASARES

Esta es una historia de tiempos y de reinos pretéritos. El escultor paseaba con el tirano por los jardines del palacio. Más allá del laberinto para los extranjeros ilustres, en el extremo de la alameda de los filósofos decapitados, el escultor presentó su última obra: una náyade que era una fuente. Mientras abundaba en explicaciones técnicas y disfrutaba de la embriaguez del triunfo, el artista advirtió en el hermoso rostro de su protector una sombra amenazadora. Comprendió la causa. "¿Cómo un ser tan ínfimo—sin duda estaba pensando el tirano— es capaz de lo que yo, pastor de pueblos, soy incapaz? Entonces un pájaro, que bebía en la fuente, huyó alborozado por el aire y el escultor discurrió la idea que lo salvaría. Por humildes que sean—dijo indicando al pájaro— hay que reconocer que vuelan mejor que nosotros".

## ★ ADOLFO BIOY CASARES

Nació en 1914 en Buenos Aires, donde falleció en 1999. Su carrera se inició con la publicación de volúmenes de relatos como *Prólogo, Caos, La estatua casera* y *Luis Greve, muerto*. Una de sus obras más conocidas es la novela *La invención de Morel*. Se casó con Silvina Ocampo, y junto a ella y a Jorge Luis Borges publicó una *Antología de la literatura fantástica*. Bajo el seudónimo común de H. Bustos Domecq, escribió con Borges *Seis problemas para don Isidoro Parodi* y *Crónicas de Bustos Domecq*. Más tarde su literatura pasó a ser un tanto más realista y publicó *El sueño de los héroes, El lado de la sombra* y *Diario de la guerra del cerdo*. En 1990 recibió el Premio Cervantes de Literatura.

# LA PISTA DE LOS DIENTES DE ORO

★ ROBERTO ARLT



**L**auro Spronzini se detiene frente al espejo. Con los dedos de la mano izquierda mantiene levantado el labio superior, dejando al descubierto dos dientes de oro. Entonces ejecuta la acción extraña; introduce en la boca los dedos pulgar e índice de la mano derecha, aprieta la superficie de los dientes metálicos y retira una película de oro. Y su dentadura aparece nuevamente natural. Entre sus dedos ha quedado la auténtica envoltura de los falsos dientes de oro.

Lauro se deja caer en un sillón situado al costado de su cama y prensa maquinalmente entre los dedos la película de oro, que utilizó para hacer que sus dientes aparecieran como de ese metal.

Esto ocurre a las once de la noche.

A las once y cuarto, en otro paraje, el Hotel Planeta, Ernesto, el botones, golpea con los nudillos de los dedos en el

cuarto número 1, ocupado por Doménico Salvato. Ernesto lleva un telegrama para el señor Doménico. Ernesto ha visto entrar al señor Doménico en compañía de un hombre con los dientes de oro. Ernesto abre la puerta y cae desmayado.

A las once y media, un grupo de funcionarios y de curiosos se codean en el pasillo del hotel, donde estallan los fogonazos de magnesio de los repórters policiales. Frente a la puerta del cuarto número 1 está de guardia el agente número 1539. El agente número 1539, con las manos apoyadas en el cinturón de su corregie, abre la puerta respetuosamente cada vez que llega un alto funcionario. En esta circunstancia todos los curiosos estiran el cuello; por la rendija de la puerta se ve una silla suspendida en los aires, y más abajo de los tramos de la silla cuelgan los pies de un hombre.

En el interior del cuarto un fotógrafo policial registra con su máquina esta escena: un hombre sentado en una silla, amarrado a ella por ligaduras blancas, cuelga de los aires sostenido por el cuello de una sábana arrollada. El ahorcado tiene una mordaza en torno de la boca. La cama del muerto está deshecha. El asesino ha recogido de allí las sábanas con que ha sujetado a la víctima.

Hugo Ankerman, camarero de interior; Hermán González, portero, y Ernesto Loggi, botones, coinciden en sus declaraciones. Doménico Salvato ha llegado dos veces al hotel en compañía de un hombre con los dientes de oro y anteojos amarillos.

A las doce y media de la noche, los redactores de guardia en los periódicos escriben titulares así:

EL ENIGMA DEL BÁRBARO CRIMEN DEL DIENTE DE ORO

Son las diez de la mañana.

El asesino Lauro Spronzini, sentado en un sillón de mimbre de un café del boulevard, lee los periódicos frente a su

vaso de cerveza. Pero ni Hugo ni Hermán ni Ernesto, podrían reconocer en este pálido rostro pensativo, sin lentes, ni dientes de oro, al verdugo que ha ejecutado a Doménico Salvato. En el fondo de la atmósfera luminosa que se filtra bajo el toldo de rayas amarillas, Lauro Spronzini tiene la apariencia de un empleado de comercio en vacaciones.

Lauro Spronzini deja de leer los periódicos y sonríe, abstraído, mirando al vacío. Una muchacha que pasa detiene los ojos en él. Nuestro asesino ha sonreído con dulzura. Y es que piensa en los trances dificultosos por los que pasarán numerosos ciudadanos en cuya boca hay engastados dos dientes de oro.

No se equivoca.

A esa misma hora, hombres de diferente condición social pululaban por las intrincadas galerías del Departamento de Policía, en busca de la oficina donde testimoniar su inocencia. Lo hacen por su propia tranquilidad.

Un barbudo de nariz de trompeta y calva brillante, sentado frente a una mesa desteñida, cubierta de papelotes y melladuras de cortaplumas, recibe las declaraciones de estos timoratos, cuyas primeras palabras son:

—Yo he venido a declarar que a pesar de tener dos dientes de oro, no tengo nada que ver con el crimen.

El calvo recibe las declaraciones con indiferencia. Sabe que ninguno de los que se presentan son los posibles autores del retorcido delito. Siguiendo la rutina de las indagaciones elementales, pregunta y anota:

—Entre nueve y once de la noche, ¿dónde se encontraba usted? ¿Quiénes son las personas que le han visto en tal lugar?

Algunos se avergüenzan de tener que declarar que a esas horas hacían acto de presencia en lugares poco recomenda-

bles para personas de aspecto tan distinguido como el que ellas presentaban.

En las declaraciones se descubrían singularidades. Un ciudadano confirmó haber frecuentado a esas horas un garito cuya existencia había escapado al control de la policía. Demetrio Rubati de "profesión" ladrón, con dos dientes de oro en el maxilar izquierdo, después de arduas cavilaciones, se presenta a declarar que aquella noche ha cometido un robo en un establecimiento de telas. Efectivamente tal robo fue registrado. Rubati inteligentemente comprende que es preferible ser apresado como ladrón a caer bajo la acción de la ley por sospechoso de un crimen que no ha cometido. Queda detenido.

También se presenta una señora inmensamente gorda, con dos dientes de oro, para declarar que ella no es autora del crimen. El barbudo interrogador se queda mirándola, sorprendido. Nunca imaginó que la estupidez humana pudiera alcanzar proporciones inusitadas.

Los ciudadanos que tienen dientes de oro se sienten molestos en los lugares públicos. Durante las primeras horas que siguen al día del crimen, todo aquel que en un café, en una oficina, en el tranvía o en la calle, muestre al conversar, dientes de oro, es observado con atenta curiosidad por todas las personas que le rodean. Los hombres que tienen dientes de oro se sienten sospechosos del crimen; les intranquiliza la soterrada de los que los tratan. Son raros en esos días aquellos que por tener dos dientes de oro engarzados en la boca, no se sientan culpables de algo.

En tanto la policía trabaja. Se piden a todos los dentistas de la capital las direcciones de las personas que han asistido por enfermedades de la dentadura que exigían la completa ubicación de dos o más dientes en el orificio superior izquierdo. Los diarios solicitan, también, la presentación a la policía de aquellas personas que pudieran aclarar algo respecto a este crimen de características tan singulares.

Las hipótesis del crimen pueden reducirse en pocas palabras y son semejantes en todos los periódicos.

Doménico Salvato ha entrado en su cuarto en compañía del asesino. Ha conversado con éste, no ha reñido, al menos en tono suficientemente alto como para que no se lo pudiera escuchar. Después el desconocido ha descargado un puñetazo en la mandíbula de Salvato, y éste ha caído desmayado, circunstancia que el asesino aprovechó para sujetarlo a la silla con las cuerdas hechas desgarrando las sábanas. Luego amordaza a su víctima. Cuando recobra el sentido, se ve obligada a escuchar a su agresor, quien después de reprocharle no se sabe qué, ha procedido a ahorcarla. El móvil, no queda ninguna duda, ha sido satisfacer un exacerbado sentimiento de odio y de venganza. El muerto es de nacionalidad italiana.

La primera plana de los diarios reproduce el cuarto del hotel en el espantoso desorden que lo ha encontrado la policía. El respaldar de la silla apoyado sobre la tabla de una puerta; el ahorcado colgado en el aire por el cuello, y la sábana anudada en dos partes, amarrada al picaporte de la puerta. Es el crimen bárbaro que ansía la mentalidad de los lectores de dramones espeluznantes.

La policía tiende sus redes; se aguardan los informes de los dentistas, se confirman los prontuarios recientes de todos los inmigrantes, para descubrir quiénes son los ciudadanos de nacionalidad italiana que tienen dos dientes de oro en el maxilar superior izquierdo. Durante quince días todos los periódicos consignan la marcha de la investigación. Al mes, el recuerdo de este suceso se olvida; al cabo de nueve semanas son raros aquellos que detienen su atención en el recuerdo del crimen; un año después, el asunto pasa a los archivos de la policía... El asesino no es descubierto nunca.

Sin embargo, una persona pudo haber hecho encarcelar a Lauro Spronzini.

Era Diana Lucerna. Pero ella no lo hizo.

A las tres de la tarde del día que todos los diarios comentan su crimen, Lauro Spronzini experimenta una ligera comezón ardorosa en la muela. Una hora después, como si algún demonio accionara el mecanismo nervioso del diente, la comezón ardorosa acrecienta su temperatura. Se transforma en un clavo de fuego que atraviesa la mandíbula del hombre, eyaculando en su tuétano borbotones de fuego. Lauro experimenta la sensación de que le aproximan a la mejilla una plancha de hierro candente. Tiene que morderse los labios para no gritar; lentamente, en su mandíbula el clavo de fuego se enfría, le permite suspirar con alivio, pero súbitamente la sensación quemante se convierte en una espiga de hielo que le solidifica las encías y los nervios injertados en la pulpa del diente, al endurecerse bajo la acción del frío tremendo, aumentan de volumen. Parece como si bajo la presión de su crecimiento, el hueso del maxilar pudiera estallar como un shrapnell. Son dolores fulgurantes, por momentos relámpagos de fosforescencias pasan por sus ojos.

Lauro comprende que ya no puede continuar soportando este martilleo de hielo y fuego que alterna los tremendos mazazos en la mínima superficie de un diente escondido allá en el fondo de su boca. Es necesario visitar a un odontólogo.

Instintivamente, no sabe por qué razón, resuelve consultar a una mujer, a una dentista, en lugar de un profesional del sexo masculino. Busca en la guía del teléfono.

Una hora después Diana Lucerna se inclina sobre la boca abierta del enfermo y observa con el espejuelo la dentadura. Indudablemente, al paciente debe aquejarle una neuralgia, porque no descubre en los molares ninguna picadura. Sin embargo, de pronto, algo en el fondo de la boca le llama la atención. Allí, en la parte interna de la corona de un diente, ve reflejada en el espejuelo una veta de papel de oro, seme-



jante al que usan los doradores. Con la pinza extrae el cuerpo extraño. La veta de oro cubría la grieta de una caries profunda. Diana Lucerna, inclinándose sobre la boca del enfermo, aprieta con la punta de la pinza en la grieta, y Lauro Spronzini se revuelve dolorido en el sillón. Diana Lucerna, mientras examina el diente del enfermo, piensa en qué extraño lugar estaba fijada esa veta de papel de oro.

Diana Lucerna, como otros dentistas, ha recibido ya una circular policial pidiéndole la dirección de aquellos enfermos a quienes hubiera orificado las partes superiores de la dentadura izquierda.

Diana se retira del enfermo con las manos en los bolsillos de su guardapolvo blanco, observa el pálido rostro de Lauro, y le dice:

—Hay un diente picado. Habrá que hacerle una orificación.

Lauro tiembla imperceptiblemente, pero tratando de fingir indiferencia, pregunta:

—¿Cuesta mucho platarlo?

—No; la diferencia es muy poca.

Mientras Diana prepara el torno, habla:

—A causa del crimen del hombre del diente de oro, nadie querrá, durante unos cuantos meses, arreglarse con oro las dentaduras.

Lauro esfuerza una sonrisa. Diana lo espía por el espejo y observa que la frente del hombre está perlada de sudor. La dentista prosigue, mientras escoge unas mechas:

—Yo creo que ese crimen es una venganza... ¿Y usted? ...

—Yo también. ¿Quién sino aquel que tuviera que cumplir con el deber de una venganza, podría amarrar a un hombre

a una silla, amordazarlo, reprocharle, como dicen los diarios, vaya a saber qué tremendos agravios y matarlo?... Un hombre no mata a otro por una bagatela ni mucho menos.

Media hora después Lauro Spronzini abandona el consultorio de la dentista. Ha dejado anotado en el libro de consultas su nombre y dirección, Diana Lucerna le dice:

—Véngase pasado mañana.

Lauro sale, y Diana se queda sola en su consultorio, frío de cristales y níqueles, mirando abstraída por los visillos de una ventana las techumbres de las casas de los alrededores. Luego, bruscamente inspirada, va y busca los diarios de la mañana. Los elementales datos de la filiación externa coinciden con ciertos aspectos físicos de su cliente. Los comentarios del crimen son análogos. Se trata de una venganza. Y el autor de aquella venganza debe ser él. Aquella veta de papel de oro, fijada en la grieta de un diente, revela que el asesino se cubrió los dientes con una película de oro para lanzar a la policía sobre una pista falsa. Si en este mismo momento se revisara la dentadura de todos los habitantes de la ciudad, no se encontraría en los dientes de ninguno de ellos ese sospechosísimo trozo de película. No le queda duda: él es el asesino; él es el asesino y ella debe denunciarlo. Debe...

Una congoja dulce se desenrosca sobre el corazón de Diana, con tal frenesí hambriento de protección y curiosidad, que derrota toda la fuerza estacionada en su voluntad moral.

Debe denunciar al asesino... Pero el asesino es un hombre que le gusta. Le gusta ahora con un deseo tan violentamente dirigido, que su corazón palpita con más violencia que si él tratara de asesinarla. Y se aprieta el pecho con las manos.

Diana se dirige rápidamente al libro de consultas y busca la dirección de Lauro. ¿Es o no falsa esa dirección? ¡Quiera Dios que no!... Diana se quita precipitadamente el guardapolvo, le indica a la criada que si llegan clientes les diga que la

aguarden, y sube a un automóvil. Esto ocurre como a través de la cenicienta neblina de un sueño, y sin embargo, la ciudad está cubierta de sol hasta la altura de las cornisas.

Una impaciencia extraordinaria empuja a Diana a través de la vida diferenciada de los otros seres humanos. Sabe que va al encuentro de lo desconocido monstruoso; el automóvil entra en el sol de las bocacalles, y en la sombra de las fachadas; súbitamente se encuentra detenida frente a la entrada oscura de una casa de departamentos, sube a la garita iluminada de un ascensor de acero, una criada asoma la cabeza por una puerta gris entreabierta, y de pronto se encuentra... Está allí... Allí, de pie, frente al asesino que, en mangas de camisa, se ha puesto de pie tan bruscamente, que no ha tenido tiempo de borrar de la colcha azulenca de la cama la huella que ha dejado su cuerpo tendido. La criada cierra la puerta tras ellos. El hombre, despeinado, mira a la fina muchacha de pie frente a él.

Diana le examina el rostro con dureza, Lauro Spronzini comprende que ha sido descubierto; pero se siente infinitamente tranquilizado. Señala a la joven el mismo sillón en que él, la noche después de ahorcar a Doménico Salvato, se ha dejado caer, y Diana, respirando agitada, obedece.

Lauro la mira, y después, con voz dulce, le pregunta:

—¿Qué le pasa, señorita?

Ella se siente dominada por esta voz; se pone de pie para marcharse; pero no se atreve a decir lo que piensa. Lauro comprende que todo puede perderse: los desencajados ojos de la dentista revelan que al disolverse su excitación sobreviene la repulsión, y entonces dice:

—Yo soy quien mató a Doménico Salvato. Es un acto de justicia, señorita. Era el desalmado más extraordinario de quien he oído hablar. En Brindisi —yo soy italiano—, hace siete años, se llevó de la casa de mis padres a mi hermana mayor. Un año

después la abandonó. Mi hermana vino a morir a casa completamente tuberculosa. Su agonía duró treinta días con sus noches. Y el único culpable de aquel tremendo desastre era él. Hay crímenes que no se deben dejar sin castigo. Yo lo desmayé de un golpe, lo amarré a la silla, lo amordacé para que no pudiera pedir auxilio, y luego le relaté durante una hora la agonía que soportó mi hermana por su culpa. Quise que supiera que era castigado porque la ley no castiga ciertos crímenes.

Diana lo escucha y responde:

—Supe que era usted por las partículas de oro que quedaron adheridas en la hendidura de la caries.

Lauro prosigue:

—Supe que él había huido a la Argentina, y vine a buscarlo.

—¿No lo encontrarán a usted?

—No; si usted no me denuncia.

Diana lo mira:

—Es espantoso lo que usted ha hecho.

Lauro la interrumpió, frío:

—La agonía de él ha durado una hora. La agonía de mi hermana se prolongó las veinticuatro horas de treinta días y treinta noches. La agonía de él ha sido incomparablemente dulce comparada con la que hizo sufrir a una pobre muchacha, cuyo único crimen fue creer en sus promesas.

Diana Lucerna comprende que el hombre tiene razón:

—¿No lo encontrarán a usted?

—Yo creo que no...

—¿Vendrá usted a curarse mañana?

—Sí, señorita; mañana iré.

Y cuando ella sale, Lauro sabe que no lo denunciará.



© Herederos de Roberto Arlt.

© 1998, Editorial Losada S.A.

## ★ ROBERTO ARLT

Nació en abril de 1900 en Buenos Aires, ciudad donde falleció en julio de 1942. Hijo del prusiano Karl Arlt y de la italiana Ekatherine Iostraibitzer, ambos inmigrantes, su infancia transcurrió en el barrio porteño de Flores, donde la relación con su padre estuvo signada por un trato severo. Novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor, su primera novela (1926) *El juguete rabioso*, apareció fragmentada en la revista Proa. Por esa época comenzó a escribir para los diarios *Crítica* y *El Mundo*, donde publicó sus célebres columnas “Aguafuertes porteñas”. En 1935, enviado por *El Mundo*, viajó a España y a África, y desde el exterior compuso la serie de artículos “Aguafuertes españolas”. Entre sus obras figuran novelas: *El juguete rabioso*, *Los siete locos*, *Los lanzallamas*, *El amor br ujo*; cuentos: *El jor obadito*, *El criador de gorilas* ; varias obras de teatro: *Trescientos millones*, *Saverio el cruel*, *El fabricante de fantasmas*, *La isla desierta*, *África*. También se llevaron al cine adaptaciones de sus obras: *Noche terrible*, *El juguete rabioso*, *Pequeños propietarios*, *Los siete locos*.

# LAS FIGURITAS DE FEDERICO

★ GUILLERMO SACCOMANNO



**W**alter, el encargado del edificio, apenas pasa los treinta, pero parece menor porque tiene facciones aniñadas y un cuerpo macizo y fibroso que mueve con el desgarbo de un adolescente, vestido siempre de buzo, vaqueros y zapatillas.

Si alguien le habla, antes de contestar con su voz aflautada y sumisa, Walter frunce las cejas y, al desviar la mirada, se vuelve un chico tímido y asustado que se ve venir un castigo. Como ahora Federico, acorralado contra la pared de la cocina, con las figuritas apretadas en un puño que esconde en la espalda.

—Dame las figuritas —le sonrío Walter—. Dámelas, Federico.

Y Federico se pega a la pared:

—No, pa, —porque cada vez que su padre lo llama Federico y no Fede pone alerta.

La sonrisa de Walter es dócil, la misma sonrisa que logra que el consorcio piense que Walter es un portero macanudo, cumplidor y dispuesto. Pero a Federico no lo confunde.

Walter piensa que ese chico no sale a él. Más bien, sale a la madre; tiene su carácter, sus ínfulas. Y, como ella, es engañador y pretensioso. Morocho, cetrino, con ojos impasibles de gato y, cuando le conviene, con los gestos tan rápidos y veloces como lengüetazos de un sapo, Federico atrapa lo que desea y después vuelve a su quietud imperturbable. Cuando está en el departamento, en especial si está su madre, Federico es un muñeco que acapara todas sus atenciones. Gladys lo mimaba, lo consiente y le habla con diminutivos, infantilizándose. Para ella, Federico es una mascota. Y Walter un actor secundario que entró por equivocación en una escena que no le correspondía.

Al pensar en estas cosas, Walter piensa también que no olvidará esa vez que Federico les dijo a unos chicos que su padre era el dueño del edificio. En eso, piensa, sale a la madre, que hace unos meses se hizo la cirugía estética y se tiñó de rubio. Aunque tiene la edad de su marido, Gladys parece su hermana mayor. La operación y la tintura, en lugar de rejuvenecerla, le agregaron años.

—Prefiero ser una mujer atractiva y no una chica boba —dice Gladys.

El matrimonio vino de Uruguay hace unos años. Vio en este balneario de la costa la oportunidad de ahorrar y progresar. Teniendo la vivienda, se puede, pensaron. Y se gasta menos que en una ciudad como Buenos Aires.

Walter tiene trabajo más fuerte en los meses de verano, con los propietarios y los inquilinos de la temporada. Entonces, además del mantenimiento del edificio, Walter se encarga de proveer las garrafas de gas, los sifones y los diarios, y de cumplir cualquier otro pedido que le hagan, por caprichoso que sea. En enero y febrero Walter duerme cuatro horas al

día, porque de noche se emplea como sereno en un hotelito de la vuelta. Hay que exprimir la temporada, dice. Recién en marzo respira tranquilo. Se permite bajar a la playa, tomar sol y hacer algún asado en la parrilla del consorcio, en el jardín trasero del edificio.

Durante todo el año, Gladys trabaja de secretaria en una escribanía del pueblo. Tiene estudios secundarios y, a diferencia de su marido, dice que le gusta leer y estar informada. Porque, como ella dice, tiene una preparación. Todas las mañanas, para ir a la escribanía, se arregla y se maquilla como si la oficina fuera una fiesta. Al terminar de vestirse y maquillarse, no deja que Walter la toque. Lo esquivo cuando se le acerca para darle un beso.

Desde que empezó a trabajar en la escribanía, Gladys empezó a fumar. Como Walter le tiene prohibido fumar en el departamento, lo hace en el hall del edificio. En las tardes de verano, mientras fuma un cigarrillo tras otro, conversa con las turistas inquilinas, vecinas ocasionales de la temporada.

—Nosotros somos gente de clase media —dice Gladys—. Y esto es de momento.

Esto alude en particular al trabajo de Walter, el departamento de un ambiente con kitchenette que ocupan en el contrafrente del primer piso, un ambiente húmedo y sombrío que Gladys ha dividido con un modular cargado de fascículos encuadernados, jarrones, estatuillas y portarretratos que se exhiben como trofeos. El departamento resulta más estrecho de lo que es por el espacio que ocupan la heladera con freezer cuatro estrellas, el televisor y la videocasetera, la mesa y las sillas de estilo que Gladys compró en un remate de Mar del Plata. En un costado, casi en un rincón, está la cama de Federico. Del otro lado del modular, la cama matrimonial entre dos mesitas de luz. A sus pies, en cada ángulo, hay dos sillones de Algarrobo con almohadones de cuadros verdes y rojos, una oferta que Gladys tampoco dejó pasar. El balcón



está protegido detrás de una cortina de voile crema. En los meses de invierno, como ahora, Walter tiene más tiempo. Y está casi todo el día en el edificio. Uno siempre encuentra qué hacer, dice.

Mientras Gladys está en la escribanía, de nueve a una y de tres a ocho, Walter se dedica a las cosas de la casa y a Federico. Menos planchar, Walter hace de todo: lava, limpia, cocina, y ayuda con los deberes al chico. El sueldo de Gladys es más importante que el suyo. De este modo, si él la reemplaza en las cosas de la casa, pueden guardarlo casi íntegro. A Walter no le molesta lavar, limpiar, cocinar y cuidar a Federico. Hasta le encuentra gusto. Y le sirve para probar que, si quisiera, podría vivir sin Gladys. Si los hombres se ponen, piensa, hacen mejor estas cosas que las mujeres. Por ejemplo, las milanesas. Esta noche Walter va a cocinar milanesas. Las prepara con un aire de ajo y perejil. Le salen menos aceitosas que a su mujer.

Pero lo que hizo Federico casi le arruina las ganas de cocinar.

Esta mañana vinieron en una camioneta los de la cooperativa de electricidad a cortarle el suministro al inquilino del tercero E. Es un polaco sesentón, alto, huesudo, que suele venir algunos días todos los meses fuera de temporada. El polaco es un tipo huraño y solitario, lo que explica que venga a la costa cuando está desierta. Por las mañanas y las tardes sale a caminar horas por la playa y el pinar, sin importarle ni el viento ni el frío. Si la temperatura es muy baja, el polaco sale enfundado en un viejo sobretodo negro. Una tarde, Walter se lo cruzó en el bosque. Fue como una aparición. Alto, el pelo más blanco que amarillo, con las solapas anchas de su sobretodo negro levantadas y las manos en los bolsillos, el polaco venía hacia él avanzando entre los troncos. Walter lo saludó como pidiendo disculpas. El polaco le devolvió el saludo curvando apenas los labios delgados, clavándole sus ojos casi transparentes, acuosos, irritados por el

frío, en una mirada penetrante. Alguna vez el polaco le pidió que le limpiara el departamento. Cuando Walter lo hizo se sorprendió con la austeridad en que vivía el inquilino. El departamento era de un ambiente, como el suyo, pero no tenía más que una cama, una mesa y una silla incómoda. Y sin embargo, parecía una sala enorme. Sobre la mesa había una radio portátil, una pila de cuadernos, libretas y lápices. Walter curioseó. No pudo entender ni la letra ni el idioma. Prendió la radio, sintonizada en Sodre, la de música clásica. La apagó de inmediato, con temor, y enseguida dudó de que la hubiera encendido. Volvió a dejar los cuadernos como los había encontrado y, nervioso, apurado, trató de limpiar el departamento lo más rápido posible.

Todo lo que pudo averiguar Walter sobre el inquilino se lo contó Gladys, que lo supo a través de la dueña del departamento, una tendera del centro, cuyo hijo va al colegio con Federico. Lo que pudo averiguar no fue mucho más de lo que la dueña sabía: el polaco es descendiente de nobles, trabajó en un banco, se retiró y nadie tiene idea de qué vive. Habla lo mínimo indispensable con un marcado acento extranjero y tono imperativo. Walter piensa que por algo el polaco no tiene familia. Todo en él es un misterio. Y así como después de habérselo cruzado aquella tarde en el bosque Walter pensó que había sido una aparición, no una presencia real, después de limpiar su departamento Walter había empezado a creer que allí habitaba un fantasma, un espíritu poderoso y magnético que vigilaba sus acciones y pensamientos aun cuando Walter no pudiera verlo.

Esta mañana, cuando Walter venía de hacer las compras, vio la camioneta de la cooperativa, los peones de overol y el polaco discutiendo. No había recibido la factura, protestaba el polaco. Por eso no había pagado. Walter intercedió: Quizá se la habían enviado a la dueña, dijo. Otras veces lo habían hecho.

Y eso había pasado. La cooperativa le envió la factura a la dueña del departamento. Y ella, un mediodía, a la salida de

clase, se la había dado a Federico para que se la entregara a su padre y él al inquilino. Pero Federico la había perdido.

El polaco volvía de sus caminatas al anochecer. Entonces Walter lo obligó a Federico a tocarle timbre al inquilino y pedirle disculpas. Esperaron juntos que el polaco abriera.

–Dice mi papá que me perdone –le dijo Federico.

–No –dijo Walter–. Yo no digo nada. Usted es el que perdió la factura. Y por usted casi lo dejan sin luz al señor. Así que es usted el que le pide disculpas. No yo.

–Son cosas de chicos –dijo el polaco, con una suavidad de la que Walter no lo hubiera creído capaz, revolviéndole el pelo a Federico. Y después, áspero, como si esa dulzura hubiera sido una ilusión óptica de Walter– : Déjelo en paz.

Y era una orden.

–Federico, a casa –dijo Walter. Se puso colorado al decirlo.

El polaco no le dio tiempo a decir nada más. Cerró con desprecio la puerta.

No es de hombres abusar de la fuerza, piensa Walter. No hay que levantarle la mano ni a las mujeres ni a los chicos. Una sola vez estuvo a punto de pegarle a Gladys, porque sospechó que lo engañaba con el escribano. Después, por unas semanas, ella fue a trabajar sin maquillarse ni pintarse los labios y se reconciliaron. Sin embargo, Walter no quedó conforme.

Ahora, por encima de Walter, está la lámpara de la cocina. Su sombra se proyecta sobre el chico como la sombra de un gigante de dibujo animado.

–Perdoname, pa.

–Dame esas figuritas, Federico.

El chico da un salto, buscando la puerta del departamento. Pero la kitchenette, aunque Gladys la llame cocina, no es

más que un pasillo angosto. Walter ataja al chico. Lo agarra de un brazo y lo aprieta hasta que él abre el puño y las figuritas caen sobre los mosaicos.

–Levantalas –le dice.

Y el chico se agacha para juntarlas.

–Las tirás a la basura.

El chico lo enfrenta con la mirada de odio de Gladys.

–Cuando mi padre me miraba a los ojos yo bajaba la vista –dice Walter–. ¿Entendido?

De mala gana, el chico abre el placard inferior de la mesa-da. Debajo de la pileta está el cubo de plástico anaranjado.

Federico tira las figuritas una a una.

–Todas –dice Walter–. Esa también.

El chico se traga las lágrimas.

–Así me gusta –dice Walter.

–¿Me puedo ir?

–¿Dónde quiere ir?

–A jugar.

–Es de noche.

–¿Puedo ver la tele?

–¿Y los deberes?

–No tengo deberes.

–No me mienta, que se acuesta sin comer.

Después que Federico se sienta a la mesa con el cuaderno, el manual y la cartuchera, Walter se apura a preparar la cena. Ya son casi las nueve. Gladys debería haber llegado.

Walter pica el ajo, el perejil, rompe los huevos y pela las papas, porque las milanesas las va a acompañar con puré. Tira las cáscaras en la basura, sobre las figuritas en el fondo de la bolsa de residuos.

Mañana por la mañana, piensa, cuando despierte a Federico para ir al colegio, le dirá que puede sacar las figuritas de la basura antes de que cambie la bolsa de residuos. Peor hubiera sido que lo mandara a la cama sin comer. Una picardía hubiera sido. Porque las milanesas van a estar buenísimas.



### ★ GUILLERMO SACCOMANNO

Nació en 1948 en Buenos Aires. Reside en Villa Gesell, Provincia de Buenos Aires. Trabajó como guionista de historietas en las revistas *Skorpio*, *Superhumor* y *Fierro*. Obtuvo diversos reconocimientos: Premio Crisis de Narrativa Latinoamericana, Premio Dashiell Hammett de Gijón. Entre sus obras figuran: *Situación de peligro*, *Bajo bandera*, *Animales domésticos* (cuentos); *La lengua del malón*, 77 (novelas).

# LAS RUINAS CIRCULARES

★ J O R G E L U I S B O R G E S

**N**adie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos

pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incesantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espiado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los leñadores también, porque éstos se encargaban de subvenir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia: los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo

real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se abatió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregarse al colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el



viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejercitarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que había malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese período, no reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aun sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba: se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorce rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un

tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animaría al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensarán un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviaría al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Íntimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También rehizo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: *Ahora estaré con mi hijo. O, más raramente: El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy.*

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer y tal vez impaciente. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanqueaban río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego, hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la encía de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refu-

giarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.



“Las ruinas circulares” en *Ficciones*.

© María Kodama.

Agradecemos a la Fundación Internacional  
Jorge Luis Borges

## ★ JORGE LUIS BORGES

Nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899. Falleció en Ginebra, Suiza, en 1986. A los siete años escribió en inglés un resumen de la mitología griega y a los nueve tradujo del inglés “El príncipe feliz” de Oscar Wilde. Luego de vivir con su familia varios años en Europa, al volver redescubrió su ciudad natal y los suburbios del Sur. Escribió *Fervor de Buenos Aires*, y luego publicó algunas revistas literarias y libros como *Luna de enfrente e Inquisiciones*; más tarde *Hombre de la esquina rosada* y *El puñal*. Entre 1930 y 1950 escribió algunas de las más extraordinarias ficciones del siglo XX: *Historia universal de la infamia*; *El Aleph*, *Ficciones*. Multipremiado y admirado en todo el mundo, recibió el Premio Cervantes en 1984.

# YZUR

★ L E O P O L D O L U G O N E S

**C**ompré el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde, que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. "No hablan, decían, para que no los hagan trabajar".

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antropológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro es que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero esto no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un Cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable. Sabía únicamente, con entera seguridad, que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábase que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica a sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea fatalmente el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta

una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que se emplearía para comunicarle la palabra. Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir, que ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez, cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora; la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al marco.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuizaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Ésta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba —quizá por mi expresión— la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales, se halla asociado con el de la palabra en forma tal, que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentado en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una "concatenación dinámica de las ideas", frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras;



pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser sólo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no los que nunca le conocieron?...

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: a con papa; e con leche; i con vino; o con coco; u con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en papa, coco, leche, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como fundamental: vino, azúcar.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. Sólo que a veces, el aire contenido

en sus abazones les daba una rotundidad de trueno. La u fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes me dieron un trabajo endemoniado, y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos y sus abazones, lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces a las cinco vocales, la b, la k, la m, la g, la f y la c, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tarea; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición de pes y emes.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditativas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas. Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra

Yzur. Éste se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono "hablando verdaderas palabras". Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Sólo creía retener dos: cama y pipa. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamele al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las pes y las emes con que me tenía hartos, las guiñadas hipócritas y –Dios me perdone– una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro –toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquel por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; éste por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de su cama. La proximidad de la muerte había lo ennoblecido y humanizado. Sus ojos lle-

nos de gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejelo solo durante horas, espíandolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquellas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el "yo soy tu amo" con que empezaba todas mis lecciones, o el "tú eres mi mono" con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a un espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, hacía redoblar mis preocupaciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquel era caso perdido. Más, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenario mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los anti-

guos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupidas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que ésta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisiaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su extirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que, al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que sólo interrumpía para volver de cuando en cuando

hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última noche, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron –estoy seguro–, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

–AMO, AGUA, AMO, MI AMO...

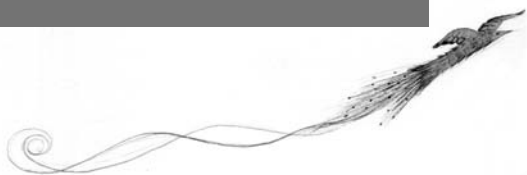


## ★ LEOPOLDO LUGONES

Nació en 1874 en Villa de María del Río Seco, Córdoba. En 1892 recitó su primera composición en el Teatro Indarte, luego dirigió el periódico liberal y anticlerical *El Pensamiento Libre* y se alistó voluntariamente para enfrentar a las fuerzas radicales sublevadas en Rosario. En 1896 se instaló en Buenos Aires y se unió al grupo socialista de escritores integrado entre otros por José Ingenieros y Roberto Payró. Su primer libro fue *Las montañas del oro*, al que le sucedieron *Crepúsculos del jardín*, *Lunario sentimental* y luego cuentos de misterio como *Las fuerzas extrañas* y más tarde *Cuentos fatales*. En 1915 se hizo cargo de la Biblioteca Nacional de Maestros, cargo que ejerció hasta su muerte. Publicó entre otras obras *Poemas solariegos* y los ensayos *La patria fuerte* y *La grande Argentina*. Puso fin voluntariamente a su vida en una isla del Tigre en 1938.

# VERDE Y NEGRO

★ JUAN JOSÉ SAER



**P**alabra de honor, no la había visto en la perra vida. Eran ya como la una y media de la mañana, en pleno enero, y como el Gallego cierra el café a la una en punto, sea invierno o verano, yo me iba para mi casa, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, caminando despacio y silbando bajito bajo los árboles. Era sábado, y al otro día no laboraba. La mina arrimó el Falcon al cordón de la vereda y empezó a andar a la par mía, en segunda. Cómo habré ido de distraído que anduvimos así cosa de treinta metros y ella tuvo que frenar y llamarme en voz alta para que me diera vuelta. Lo primero que se me cruzó por la cabeza era que se había confundido, así que me quedé parado en medio de la vereda y ella tuvo que volverme a llamar. No sé qué cara habré puesto, pero ella se reía.

—¿A mí, señora? —le digo, arrimándome.

—Sí —dice ella. ¿No sabe dónde se puede comprar un paquete de americanos?

Se había inclinado sobre la ventanilla, pero yo no podía verla bien debido a la sombra de los árboles. Los ojos le echaban unas chispas amarillas, como los de un gato; se reía tanto que pensé que había alguno con ella en el auto y estaban tratando de agarrarme para la farra. Me incliné.

—¿Americanos? ¿Cigarrillos americanos?

—Sí —dijo la mina. Por la voz, le di unos treinta años.

El Gallego sabe tener importados de contrabando, una o dos cajas guardadas en el dormitorio. Si uno de nosotros se quiere tirar una cana al aire, se lo dice y el Gallego le contesta en voz baja que vuelva a los quince minutos.

—De aquí a tres cuadras hay un bar —le dije. Sabe tener de vez en cuando. Tiene que ir hasta Crespo y la Avenida. ¿Conoce?

—Más o menos —dijo.

Me preguntó si estaba muy apurado y si quería acompañarla. "Zápate, pensé; una jovata alzada que quiere cargarme en el coche para tirarse conmigo en una zanja cualquiera". El corazón me empezó a golpear fuerte dentro del pecho. Pero después pensé que si por casualidad el Gallego no había cerrado todavía y me veía aparecer con semejante mina en un bote como el que manejaba, bajándome a comprar cigarrillos americanos, todo el barrio iba a decir al otro día que yo estaba dándome a la mala vida y que estaba por dejar de laburar para hacerme cafisio. Para colmo, en verano las viejas son capaces de amanecer sentadas en la vereda.

—Ya debe de estar cerrado —le dije, y no sé en qué otra parte puede haber.

La mina me tuteó de golpe.

—¿Tenés miedo? —dijo, riéndose.

Encendió la luz de adentro del coche.

—¿No ves que estoy sola? —dijo.

Mi viejo era del sur de Italia, y los muchachos me cargan en cuestión minas, porque dicen que yo, aparte de laburar y amarrucar para casarme, no pienso en otra cosa. Dicen que los que venimos de sicilianos tenemos la sangre caliente. No sé si será verdad, y no pude ver mi propia cara, pero por la risa de ella



me di cuenta de que con uno solo de los muchachos que hubiese estado presente, en lo del Gallego me habrían agarrado de punto para toda la vida. Era rubia y tostada y llena por todas partes, que parecía una estrella de cine. "No me lo van a creer", pensé. "No me lo van a creer cuando se los cuente". Sentí calor en los brazos, en las piernas y en el estómago. Tragué saliva y me incliné más y ella me dio lugar para que me apoyara en el marco de la ventanilla. Tenía un vestido verde ajustado y alzado tan arriba de las rodillas, seguro que para manejar más cómoda, que poco más y le veo hasta el apellido. ¡Hay que ver cómo son las minas de ahora! ¡Y pensar que la hermana de uno es capaz de andar en semejante pomada, y uno ni siquiera enterarse!

—No —le dije—, qué voy a tener miedo. ¿Miedo de qué?

—Y, no sé —dijo ella—. Como no querés acompañarme...

A las minas hay que hacerlas desear; cuando uno más se hace el desentendido, a ellas más les gusta la pierna, sobre todo si se avivan de que uno es piola. Ahí no más la traté de vos.

—¿Acompañarte adónde? —le dije.

—No te hagás el gil —me dijo ella, sonriendo. Después se puso seria—. Ando buscando gente para ir a una fiesta.

Cosa curiosa: se reía con la mitad de la cara, con la boca nada más, porque los ojos amarillos no parecían ni verme cuando se topaban conmigo.

—No estoy vestido —le dije.

Ahí sí me miró fijo, a los ojos.

—Subí —me dijo.

Abrí la puerta, despacio, mirándola; ella se corrió al volante, y yo me senté sobre el tapizado rojo protegido con una funda de nailon. Pensé que ver la vida desde un bote así, siempre, es algo que debe reconciliarlo a uno con todo: con la mala sangre del laburo, los gobiernos de porquería y lo trai-

cionera que es la mujer. Le puse la mano sobre la gamba mientras lo pensaba: tenía la carne dura, caliente, musculosa, y yo sentía los músculos contraerse cuando apretaba el acelerador. "No me lo van a creer cuando se los cuente", pensé, y como vi que la mina me daba calce me apreté contra ella y le puse la mano en el hombro.

—¿Dónde es la fiesta? —le pregunté.

—En mi casa —dijo vigilando el camino, sin mirarme.

Doblamos en la primera esquina y empezamos a correr en dirección a la Avenida. Dejamos atrás las calles oscuras y arboladas, y a las dos cuadras nos topamos con la Avenida iluminada con la luz blanca de las lámparas a gas de mercurio. Había bailes por todas partes, se ve, porque los coches corrían en todas direcciones y mucha gente bien vestida andaba en grupos por las veredas, hombres de traje azul o blanco o en mangas de camisa, y mujeres con vestidos floreados. De golpe me acordé que en Gimnasia y Esgrima estaban D'Arienzo y Varela-Varelita, y por un momento me dio bronca que se me hubiese pasado, pero cuando sentí la gamba de la mina moviéndose contra la mía para aplicar el freno, pensé: "Pobres de ellos". El Falcon entró en la Avenida y empezó a correr hacia el norte.

—Separate un poco hasta que pasemos la Avenida —me dijo la mina.

Íbamos a noventa por la Avenida por lo menos. Se ve que a la mina le gustaba correr, cosa que no me gustó ni medio, porque había mucho tráfico a esa hora, y la Avenida no es para levantar tanta velocidad. Cuando la Avenida se acabó, doblamos por una calle oscura, llena de árboles, y la mina aminoró la marcha, para cuidar los elásticos por cuestión del empedrado. Yo volví a juntarme con ella y ella se rió. Se dejó besar el cuello y me pidió un cigarrillo.

—Fumo negros —le dije.

—No importa —dijo ella.

Le puse el Particular con filtro en los labios y se lo encendí con la carucita. La llama le iluminó los ojos amarillos, que miraban fija la calle adelante, como si no la vieran. La luz de los faros hacía brillar las hojas de los paraísos. No se veía un alma por la zona. Cuando le toqué otra vez la pierna me pareció demasiado dura, como si fuera de piedra maciza, y ya no estaba caliente. No voy a decir que estaba fría, la verdad, pero le noté algo raro. A la mitad de la cuadra, en la calle oscura, aplicó los frenos y paró el coche al lado del cordón. La casa era chiquita y el frente bastante parecido al de mi casa, con una ventana a cada lado de la puerta. De una de las ventanas salían unos listones de luz a través de las persianas que apenas se alcanzaban a distinguir. La mina apagó todas las luces del auto y se echó contra el respaldar del asiento, suspirando y dándole dos o tres pitadas al cigarrillo. Después tiró el pucho a la vereda.

—Llegamos —dijo.

A mí me la iba a hacer tragar, de que con semejante bote iba a vivir ahí. Era un bulín, clavado, pero no se lo dije, porque me fui al bofe en seguida, y ella me dejó hacer. Estuvimos como cinco minutos a los manotazos, y me dejó cancha libre; pero no sé, había algo que no funcionaba, me daba la impresión de que con todo, ella seguía mirando la calle por arriba de mi cabeza con sus ojos amarillos. Después me acarició y me dijo despacito:

—Vení, vamos a bajar. No hagás ruido.

Bajamos, y ella cerró la puerta sin hacer ruido. La puerta de calle del bulín estaba sin llave y el umbral estaba negro, no se veía nada. Al fondo nomás se alcanzaba a distinguir una lucecita, reflejo de la luz encendida de alguno de los cuartos, la que se veía desde la calle, seguro. Por un momento tuve miedo de que estuviera esperándome alguno para amasijarme, pero después pensé que una mina que aparecía en un Falcon no podía traer malas intenciones. En seguida se me

borraron los pensamientos, porque la cosa me agarró la mano, se apoyó en la pared y me apretó contra ella, cerrando la puerta de calle. Me empezó a pedir que le dijera cosas, y yo le dije "corazón", o "tesoro", o algo así; pero ella me dijo con una especie de furia, sacudiendo la cabeza, que no era eso lo que quería escuchar, sino algo diferente. Era feo lo que quería, la verdad; para qué vamos a decir una cosa por otra. Y cuando empecé a decírselas —uno pierde la cabeza en esos casos, queda como ciego y hace lo que le piden— me pidió que se las dijera más fuerte. Yo estaba casi gritándoselas cuando ella dejó de escucharme, me agarró de la manga de la camisa y caminando rápido, casi corriendo, me arrastró hasta el dormitorio, que era la pieza que estaba con la luz encendida. No había más que la cama de dos plazas y una silla. Me dio la impresión de que no había un mueble más en toda la casa. Con ese coche, y un bulín tan desprovisto. Pensé que no le interesaba más que la cama y una silla cualquiera para dejar la ropa.

Se desnudó rápido, y yo también. Nos metimos en la cama. Al inclinarme sobre la mina pensé que si no la hubiese encontrado en la vereda de mi barrio, en ese momento estaría durmiendo en mi cama, hecho una piedra, como muerto, porque yo nunca sueño. Quién la había hecho doblar por esa esquina, y quién me había hecho a mí ir al bar del Gallego, y quién me había hecho retirarme a la hora que me retiré para que ella me encontrara caminando despacio bajo los árboles, es algo que siempre pienso y nunca digo, para que no me tomen para la farra. Ahí nomás me le afirmé y empecé a serruchar y ella me fue respondiendo con todo, cada vez más. Las minas se ablandan a medida que el asunto empieza a avanzar; tienen varias marchas, como el Falcon: pasan de la primera a la segunda, y después a la tercera, y hasta a la cuarta, para la marcha de carretera. Uno, en cambio, se larga en primera y atodavelocidad, y a la mitad del camino queda fundido. Algo siguió funcionando dentro de ella después que yo terminé, porque todo el cuerpo se le puso duro y áspero como un tablón de

madera y cerró los ojos, y agarrándome los hombros me apretó tan fuerte que al otro día cuando desperté en mi casa todavía sentía un ardor, y mirándome en el espejo vi que tenía todo colorado. Después la mina se aflojó y se puso a llorar bajito. Lloró sin decir palabra durante un rato y después empezó a hablar. "Siempre lo mismo", pensé. "Primero te hacen hacer cualquier locura, y después que te sacaron el jugo como a una naranja, se ponen a llorar".

—¿Qué me hacés hacer? —dijo la mina, llorando bajito. ¿Hasta cuándo vamos a seguir haciéndolo? ¿Todo esto en nombre del amor? ¿Para no separarnos? Es insoportable.

Lloraba y sacudía la cabeza contra la almohada húmeda.

—Insoportable. Insoportable —decía, mirando siempre fijo por encima de mi cabeza con sus ojos amarillos.

Yo no le dije nada, porque si uno se pone a discutir con una mina en esa situación, seguro que la mina termina cargándole el muerto. "Me he hecho llamar puta para vos en el umbral", dijo la mina. Ahí empezó a pegar un alarido que cortó por la mitad, como si se ahogara, y siguió llorando. No tuve tiempo de pensar nada, y no por falta de voluntad, porque en el momento en que la mina dijo eso y trató de pegar el alarido, ya había empezado a trabajarme el balero y a hacerme sentir que esa mirada amarilla que la mina no parecía fijar en ninguna parte, había estado siempre fija en algo que nadie más que ella veía; tanto me trabajó el balero que estuve a punto de pensar que yo no era más que la sombra de lo que ella veía. Pero el llanto del tipo sonó atrás mío antes de que yo empezara a carburar, y ése fue el momento en que salté de la cama, desnudo como estaba: justo cuando sonó su voz, entorpecida por el llanto.

—Dios mío. Dios mío —dijo.

Estaba parado en la puerta del dormitorio, en pantalón y camisa. Se tapaba la cara con la mano, y no paraba de llorar.

Pensé que era el macho o el marido y que nos había pescado con las manos en la masa, y me vi fiambre. Pero ni se fijó en mí. La mina estaba desnuda sobre la cama y lloraba mirándolo al punto que seguía con la cara tapada con la mano y no paraba de llorar. Si antes yo había sentido que era como una sombra, ahora sentía que ni eso era. "Dios mío. Dios mío", era todo lo que decía el tipo. Y la mina lo miraba fijamente y lloraba sin hablar. Cuando terminé de vestirme me acerqué a la cama.

—Señora —dije.

La mina ni me miró. Tenía los ojos amarillos clavados en el tipo y pareció no escucharme.

—¿Estás satisfecho? —dijo—. ¿Estás satisfecho?

—Amor mío —dijo el tipo, sin sacarse la mano de la cara.

Salí abrochándome el cinto y tuve que ponerme de costado para pasar por la puerta, porque el tipo ni se movió. Tenía una camisa blanca desabrochada hasta más abajo del pecho y se le veía la piel tostada. Se notaba a la legua que estaba quedándole poco pelo en la cabeza, porque eso que la mano dejaba ver encima de las cejas medias levantadas, era más alto que una frente. Parecía recién bañado, por el olor que le sentí. Para mí que había estado todo el día al sol, en el río, tanta fue la sensación de salud que me dio cuando pasé al lado de él.

Atravesé el umbral negro y salí a la calle. El Falcon estaba ahí, con las luces apagadas. Me paré un momento delante de las rayitas de luz que se colaban a la calle, y arrimando el oído a la persiana del dormitorio los oí llorar. Traté de espiar por las rendijas de la ventana, pero no vi una papa. Solamente escuché otra vez la voz de la mina, diciendo esta vez ella "Amor mío" y después cómo lloraban los dos, y después nada más. Me paré recién un par de cuerdas más adelante, porque empezó a fallarme la carucita, y aunque no había viento me tuve que arrimar a la pared para poder encender el Particular con filtro que me temblaba apenas en los labios. Con el primer chorro de

humo seguí caminando bajo los árboles oscuros, pero ni silbé nada, ni me puse las manos en los bolsillos del pantalón. Tenía la espalda pegada a la camisa, que estaba hecha sopa. Cuando tiré el Particular con filtro y encendí el otro, sobre el pucho, la carucita no me falló, y llegué a la Avenida. Pensé en el bar del Gallego y en los muchachos, y en la cara que hubiesen puesto si se me hubiese dado por contárselo. Había menos gente en la Avenida, pero seguro que al terminar todos los bailes las calles iban a llenarse otra vez. Miré y vi que estaba lejos del barrio, y sintiendo en la cara un aire fresco que estaba empezando a correr, me apuré un poco, cosa de no perder el último colectivo.



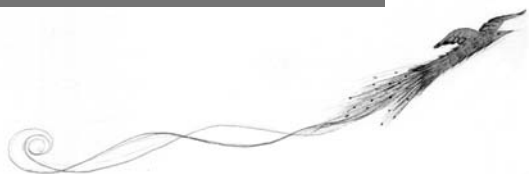
© Herederos de Juan José Saer  
c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,  
Agencia Literaria.  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

## ★ JUAN JOSÉ SAER

Nació en 1937 en Serodino, Provincia de Santa Fe. Falleció en París, Francia, en 2005. Fue docente en la Universidad Nacional del Litoral, hasta que en 1968 se radicó en París, donde su obra alcanzó un enorme reconocimiento a partir de los años 80. Cuentista y novelista notable, también incursionó en la escritura ensayística. Entre sus obras figuran: *La Mayor*, *Palo y hueso*, *Lugar*, *Responso*, *Cicatrices*, *El limonero real*, *Nadie nada nunca*, *El entenado*, *Narraciones*, *Para una literatura sin atributos*, *Glosas*. Destacan sus ensayos: *El río sin orillas*, *El concepto de ficción*, *La narración-objeto*. Su última novela, que dejó inconclusa, y su último libro de artículos sobre literatura, fueron publicados póstumamente.

# LOS OJOS DE CELINA

★ BERNARDO KORDON



**E**n la tarde blanca de calor, los ojos de Celina me parecieron dos pozos de agua fresca. No me retiré de su lado, como si en medio del algodonal quemado por el sol hubiese encontrado la sombra de un sauce. Pero mi madre opinó lo contrario:

—Ella te buscó, la sinvergüenza.

Estas fueron sus palabras. Como siempre no me atreví a contradecirle, pero si mal no recuerdo fui yo quien se quedó al lado de Celina con ganas de mirarla a cada rato. Desde ese día la ayudé en la cosecha, y tampoco esto le pareció bien a mi madre, acostumbrada como estaba a los modos que nos enseñó en la familia. Es decir, trabajar duro y seguido, sin pensar en otra cosa. Y lo que ganábamos era para mamá, sin quedarnos con un solo peso. Siempre fue la vieja quien resolvió todos los gastos de la casa y de nosotros. Mi hermano se casó antes que yo, porque era el mayor y también porque la



Roberta parecía trabajadora y callada como una mula. No se metió en las cosas de la familia y todo siguió como antes. Al poco tiempo ni nos acordábamos que había una extraña en la casa. En cambio con Celina fue diferente. Parecía delicada y no resultó muy buena para el trabajo. Por eso mi mamá le mandaba hacer los trabajos más pesados del campo, para ver si aprendía de una vez. Para peor a Celina se le ocurrió que como ya estábamos casados, podíamos hacer rancho aparte y quedarme con mi plata. Yo le dije que por nada del mundo le haría eso a mamá. Quiso la mala suerte que la vieja supiera la idea de Celina. La trató de loca y nunca la perdonó. A mí me dio mucha vergüenza que mi mujer pensara en forma distinta que todos nosotros. Y me dolió ver quejosa a mi madre. Me reprochó que yo mismo ya no trabajaba como antes, y era la pura verdad. Lo cierto es que pasaba mucho tiempo al lado de Celina. La pobre adelgazaba día a día, pero en cambio se le agrandaban los ojos. Y eso justamente me gustaba: sus ojos grandes. Nunca me cansé de mirárselos. Pasó otro año y eso empeoró. La Roberta trabajaba en el campo como una burra y tuvo su segundo hijo. Mamá parecía contenta, porque igual que ella, la Roberta paría machitos para el trabajo. En cambio con Celina no tuvimos hijos, ni siquiera una nena. No me hacían falta, pero mi madre nos criticaba. Nunca me atreví a contradecirle, y menos cuando estaba enojada, como ocurrió esa vez que nos reunió a los dos hijos para decirnos que Celina debía dejar de joder en la casa y que de eso se encargaría ella. Después se quedó hablando con mi hermano y esto me dio mucha pena, porque ya no era como antes, cuando todo lo resolvíamos juntos. Ahora solamente se entendían mi madre y mi hermano. Al atardecer los vi partir en el sulky con una olla y una arpillera. Pensé que iban a buscar un yuyo o un gualicho en el monte para arreglar a Celina. No me atreví a preguntarle nada. Siempre me dio miedo ver enojada a mamá. Al día siguiente mi madre nos avisó que el domingo saldríamos de paseo al río. Jamás se mostró amiga de pasear los domingos o cualquier otro día, porque nunca

faltó trabajo en casa o en el campo. Pero lo que más me extranó fue que ordenó a Celina que viniese con nosotros, mientras Roberta debía quedarse a cuidar la casa y los chicos. Ese domingo me acordé de los tiempos viejos, cuando éramos muchachitos. Mi madre parecía alegre y más joven. Preparó la comida para el paseo y enganchó el caballo al sulky. Después nos llevó hasta el recodo del río. Era mediodía y hacía un calor de horno. Mi madre le dijo a Celina que fuese a enterrar la damajuana de vino en la arena húmeda. Le dio también la olla envuelta en arpillera:

—Esto lo abris en el río. Lavá bien los tomates que hay adentro para la ensalada.

Quedamos solos y como siempre sin saber qué decirnos. De repente sentí un grito de Celina que me puso los pelos de punta. Después me llamó con un grito largo de animal perdido. Quise correr hacia allí, pero pensé en brujerías y me entró un gran miedo. Además mi madre me dijo que no me moviera de allí. Celina llegó tambaleándose como si ella sola hubiese chupado todo el vino que llevó a refrescar al río. No hizo otra cosa que mirarme muy adentro con esos ojos que tenía y cayó al suelo. Mi madre se agachó y miró cuidadosamente el cuerpo de Celina. Señaló:

—Ahí abajo del codo.

—Mismito allí picó la yará —dijo mi hermano.

Observaban con ojos de entendidos. Celina abrió los ojos y volvió a mirarme.

—Una víbora —tartamudeó—. Había una víbora en la olla.

Miré a mi madre y entonces ella se puso un dedo en la frente para dar a entender que Celina estaba loca. Lo cierto es que no parecía en su sano juicio: le temblaba la voz y no terminaba las palabras, como un borracho de lengua de trapo. Quise apretarle el brazo para que no corriese el veneno, pero mi madre dijo que ya era demasiado tarde y no me

atreví a contradecirle. Entonces dije que debíamos llevarla al pueblo en el sulky. Mi madre no me contestó. Apretaba los labios y comprendí que se estaba enojando. Celina volvió a abrir los ojos y buscó mi mirada. Trató de incorporarse. A todos se nos ocurrió que el veneno no era suficientemente fuerte. Entonces mi madre me agarró del brazo.

—Eso se arregla de un solo modo —me dijo—. Vamos a hacerla correr.

Mi hermano me ayudó a levantarla del suelo. Le dijimos que debía correr para sanarse. En verdad es difícil que alguien se cure en esta forma: al correr, el veneno resulta peor y más rápido. Pero no me atreví a discutirle a mamá y Celina no parecía comprender gran cosa. Solamente tenía ojos —¡qué ojos!— para mirarme, y me hacía sí con la cabeza porque ya no podía mover la lengua. Entonces subimos al sulky y comenzamos a andar de vuelta a casa. Celina apenas si podía mover las piernas, no sé si por el veneno o el miedo de morir. Se le agrandaban más los ojos y no me quitaba la mirada, como si fuera de mí no existiese otra cosa en el mundo. Yo iba en el sulky y le abría los brazos como cuando se enseña a andar a una criatura, y ella también me abría los brazos, tambaleándose como un borracho. De repente el veneno le llegó al corazón y cayó en la tierra como un pajarito. La velamos en casa y al día siguiente la enterramos en el campo. Mi madre fue al pueblo para informar sobre el accidente. La vida continuó parecida a siempre, hasta que una tarde llegó el comisario de Chañaral con dos milicos y nos llevaron al pueblo, y después a la cárcel de Resistencia. Dicen que fue la Roberta quien contó en el pueblo la historia de la víbora en la olla. ¡Y la creíamos tan callada como una mula! Siempre se hizo la mosquita muerta y al final se quedó con la casa, el sulky y lo demás. Lo que sentimos de veras con mi hermano fue separarnos de la vieja, cuando la llevaron para siempre a la cárcel de mujeres. Pero la verdad es que no me siento tan mal. En la penitenciaría se trabaja menos y se

come mejor que en el campo. Solamente que quisiera olvidar alguna noche los ojos de Celina cuando corría detrás del sulky.



### ★ BERNARDO KORDON

Nació en 1915 en Buenos Aires y falleció en 2002 en Santiago de Chile. Periodista, narrador y ensayista, recorrió gran parte de América, Europa y Asia, viajes de los que dejó testimonios en sus obras. Obtuvo varios premios y entre sus libros figuran: *El teatro chino tradicional*, *Seiscientos millones y uno* —referidos a sus recorridos por la China pos-revolucionaria en tiempos de Mao Zedong—, *Historias de sobrevivientes*, *Vuelta de Rocha*, *Un horizonte de cemento* y *Alias Gardelito*.

# TÍO FACUNDO

★ ISIDORO BLAISTEN

**P**ara que se den cuenta de cómo era mi familia antes de que matásemos al tío Facundo, mejor dicho, antes de que llegase el tío Facundo, les voy a contar lo que decía cada uno de nosotros.

Mamá decía:

Los perros presienten cuando se está por morir el dueño, no hay cosa peor que operar con fiebre, la penicilina consume los glóbulos rojos, decía los chicos se deshidratan en verano, decía los varones tiran más para el lado de la madre y las nenas para el padre, decía los chicos de matrimonios separados siempre están tristes, decía los médicos israelitas son los mejores, decía siempre el peor hijo es el que la madre más quiere, decía los que más tienen son los que menos gastan y a lo mejor un pobre, decía pensar que ya tenía el cáncer adentro, decía el empapelado junta bichos, decía antes la gente se moría de gripe.

Papá decía:

La natación es el deporte más completo, los alemanes perdieron la guerra en Rusia por el frío, los militares y los marinos son todos cornudos, los viajantes también, la verdad que lo mejor para afeitarse es la navaja, no hay como un buen vaso

de vino tinto en invierno, y una cervecita en verano, las flacas suelen ser tremendas, el vino tinto no se toma frío, fumar negros es mucho más sano que fumar rubios, ningún médico opera a su propia señora, si al final todo lo que quiere el obrero es su churrasquito y su vaso de vino, piden limosna y tienen una cuenta en el banco, a los ladrones habría que cortarles las manos y colgarlos en Plaza de Mayo, el mejor abono es la bosta de caballo, la plata está en el campo, al asado hay que comerlo de parado, los del campo no tienen problemas: unos choclos, un par de huevos, matan un pollo y listo.

Mi hermana decía:

No hay cosa más linda que ir al cine cuando llueve. Un pájaro solo se muere de tristeza. A los que son blancos el sol los pone colorados enseguida, a los morochos no, van rodando de hombre en hombre y después. Odio las películas que hacen llorar. Me encanta aprender, y aprender. No como algunas que se casan de blanco. No sé la directora para qué insiste con el método global.

Yo decía:

La verdad que a la industria alemana hay que sacarle el sombrero. Los japoneses son muy traicioneros. La natación saca músculos flojos. A los tipos chinchudos la bronca se les pasa enseguida. Hasta que no me reciba, nada de novias. Yo lo que quiero es estudiar, la política fuera de la facultad.

Así era mi familia hasta que llegó el tío Facundo.

Papá trabajaba en el ferrocarril, Sección Tráfico de la estación Retiro. Se levantaba a las cinco de la mañana, tomaba mate mientras se leía el Clarín de punta a punta y después caminaba las siete cuadras hasta la estación Saavedra. Mamá cuidaba la casa, regaba las plantas y miraba televisión. Mi hermana hacía pirograbado, era maestra y estudiaba de asistente social.

Yo estudiaba Ciencias Económicas y era empleado de Contaduría en Casimires Bonplart.

De chicos, recuerdo que mamá y papá hablaban en voz baja del tío Facundo. Cuando mi hermana o yo nos acercábamos, ellos interrumpían la conversación.

En verano, después de cenar, papá sacaba a la puerta el sillón de mimbre para mamá, la sillita baja para él, la silla vienesa (que yo daba vuelta) para mí, y el sillón plegadizo para mi hermana.

En esas noches, sucedía que cada vez que papá, después de comentar cómo iba la medianera, volvía a contar otra vez de cuando le publicaron su carta de los lectores en Clarín, no sé por qué, mamá siempre hablaba del tío Facundo.

El tío Facundo era el hermano de mamá y de la tía Fermina. Papá no lo conocía ni nosotros tampoco. Cuando mamá se puso de novia con papá, el tío Facundo ya había desaparecido. Cuando tuvimos edad para comprenderlo, mamá nos contó que el tío Facundo se había casado en Casilda y que su mujer había muerto misteriosamente, y que las malas lenguas y la tía Fermina decían que el tío Facundo la había matado.

El tío Facundo era la oveja negra de la familia de mamá. La tía Fermina decía que para ella no existía como hermano, y que por su culpa había muerto de disgusto la abuela.

Un día recibimos un telegrama del tío Facundo:

“Queridos hermanos y sobrinos: Llego viernes 10. Tren internacional Posadas”.

Papá no quería recibirlo, pero mamá dijo que a pesar de todo era el hermano, y que el pobre muchacho debía sentirse muy solo, y que si no quería ir a la casa de la tía Fermina y elegía nuestra casa, por algo sería.

De manera que el viernes 10 a las 23.45 estábamos todos en la estación Chacarita. El tren venía como con dos horas de atraso y mientras esperábamos en la confitería se armó una discusión.

Papá decía que el tío Facundo era un vago y que si era por unos días podía estar en casa, pero que no se fuera a creer que él lo iba a mantener toda la vida. Mamá y mi hermana decían que basta que uno esté al borde de un precipicio, para que en vez de ayudarlo le pisen los dedos. Yo no decía nada. En eso vino el tren.

Nos costó trabajo encontrar al tío Facundo. La única que lo conocía era mamá y nosotros le mirábamos la cara a ella. Por fin lo divisó.

Estaba parado contra una columna, aferrando un paquete como una caja de zapatos entre las manos.

Y entonces, cuando lo vi me pareció que lo conocía desde siempre, desde toda la vida. Es que el tío Facundo daba esa impresión. Y cuando estuvo junto a nosotros, alzó en el aire a mamá, la besó, a papá le dio un abrazo que lo hizo toser, a Angelita la levantó como a una novia, y a mí me apoyó una mano en el hombro sin decirme nada, mirándome como si fuera un cómplice.

—¡Vengan, vamos a tomar algo! —exclamó—. Quiero mostrarles unas cosas.

Papá dijo que primero había que retirar el equipaje. Pero el tío Facundo no traía equipaje; solamente la caja de zapatos.

En la confitería pidió vino blanco para todos. Mamá y papá se miraron. Salvo papá (un poquito con mucha soda), en casa nadie tomaba vino. Pero mi hermana, que estaba como en las nubes, quería ver a toda costa lo que el tío Facundo había traído y la verdad que todos estábamos intrigados y nos tomarnos todo el vino y hasta dos vueltas. Mamá estaba desconocida y se reía a



carcajadas, sobre todo cuando el tío Facundo levantó la tapa de la caja y le entregó el mantón paraguayo tejido en encaje de ñandutí por las indias, era de unos colores impresionantes, hermoso. Era algo que mamá había ambicionado toda la vida.

Y esa noche, el tío Facundo nos conquistó a todos. A todos nos regaló las cosas que ambicionamos toda la vida. A papá una caja de habanos. Habanos de La Habana. Los mejores, los más caros, no los apestosos charutos que Michellini le traía de Brasil. Habanos.

A mi hermana le regaló un anillo y un collar haciendo juego. Los eslabones entraban unos adentro de otro y se achicaban y se alargaban y cuando se cerraban quedaba un aguamarina colgando entre los eslabones de oro y plata. Mi hermana pegó un salto y le dio un beso.

Cuando me entregó el cuchillo creo que me sentí mal. Era una daga de hoja Solingen Arbolito, cabo y vaina de plata con incrustaciones de oro, cincelado con un trabajo como jamás volví a ver otro igual.

Nos tomarnos otra vuelta de vino. Papá pagó y nos fuimos a casa en taxi. Y esa noche, salvo el tío Facundo, nadie en casa pudo dormir.

Esa fue la primera batalla que nos ganó el tío Facundo. A veces pienso de qué le sirvió. Pero también pienso de qué nos sirvió a nosotros haberlo matado. De qué le sirvió a mamá el haberlo ahogado con la almohada, de qué le sirvió a papá el haberlo estrangulado y a mí clavarle el cuchillo que me regaló, entre el esternón y los grandes vasos, mientras mi hermana le cortaba las venas con una yilé.

De qué nos sirvió todo eso, pienso, si el tío Facundo sigue estando ahí, incrustado en la pared del patio, de costado, como un nadador, reducido quizás, o quizás quede el hueco de la carne, mientras la argamasa sigue calcinándose al sol, y el tío Facundo sigue metido adentro de la pared... Pero eso

fue después, mucho después, cuando no nos quedó otro remedio que matarlo.

Al día siguiente de aquella noche memorable, el tío Facundo fue el primero en levantarse. Y esto fue también memorable, porque en todo el tiempo transcurrido hasta su muerte (y ahí precisamente) siempre fue necesario despertarlo durante largo rato.

Era sábado y el tío Facundo fue al patio y junto a la pared medianera que después iba a ser su tumba, encontró las latas vacías de brea y encontró las herramientas y con eso le construyó a mamá una especie de estantería para el socucho, y después fue a despertarla con un mate.

Al mediodía, cuando todos nos levantamos y vimos lo que el tío Facundo había hecho, nos quedamos maravillados de su habilidad manual y entonces recuerdo que él nos dijo que el verdadero trabajo es el que se hace con las manos, y que lo demás, los números y los papeles, son un simulacro y una cobardía.

Ese almuerzo fue una fiesta. El tío Facundo se la pasó contándonos cómo había recolectado el arroz en Entre Ríos y las anécdotas de las estancias de Corrientes donde había trabajado. Pero lo más gracioso fue cuando nos contó las cosas que había hecho cuando fue sepulturero en Casilda, y mandó a mi hermana a comprar dos botellas más de vino. Después mamá, con los ojos brillantes, propuso jugar a la lotería, pero el tío Facundo dijo que mucho mejor era el poker y todos nos miramos porque nadie sabía y después estaba el problema del mazo.

Entonces mamá preguntó cómo eran las barajas y el tío Facundo le explicó y mamá fue a buscar al ropero y vino con toda una caja intacta que tenía un dominó, una perinola, dos mazos y las fichas, que había comprado en la liquidación de Gath y Chaves.

—¿Son éstas? —preguntó, mientras les sacaba el papel de celofán.

Por suerte eran, y el tío Facundo nos enseñó a jugar y el poker nos resultó el juego más maravilloso y apasionante que habíamos conocido en nuestra vida, y primero las fichas no tenían valor y después les pusimos diez pesos, y después cincuenta y después cien y papá mandó a mi hermana a traer dos botellas más de vino, pero el tío Facundo dijo que mejor era traer dos de cubana, y cuando Angelita estaba por salir cayó la tía Fermina.

Cuando la tía Fermina vio lo que había sobre la mesa, casi se muere. Ni siquiera saludó al tío después de tantos años. Lo insultó, le dijo de todo. Mamá, que parecía medio borracha, salió en su defensa. Papá movía la cabeza como ausente y decía: – Haya paz. Haya paz.

Pero de pronto papá se levantó y le tiró un bofetón a mi hermana por encima de la mesa, y desparramó todo, las fichas y la plata, y gritaba como un desaforado:

–¡Pero qué esperarás, estúpida, traé la cubana de una vez!

Era la primera vez en mi vida que veía a papá levantarle la mano a mi hermana.

Angelita salió corriendo para el almacén, y el tío Facundo se levantó y se fue al patio y se quedó fumando junto a la medianera, mirando las estrellas que ya empezaban a aparecer.

Ahora que lo pienso, parecía que el tío Facundo sintiera predilección por esa pared donde ahora está empotrado, de perfil y rodeado de ladrillos con la boca y los ojos llenos de cemento, aunque a lo mejor ahora no quede más que el aire rodeando al esqueleto... En fin, habría que golpear esa pared.

Bueno, al final la tía Fermina se fue, y al principio nadie tenía apetito, pero después, el tío Facundo empezó a contar chistes y mandó a mi hermana a buscar dos botellas más de vino y le enseñó a mamá a preparar los saltimboquis a la romana y cenamos como reyes y continuamos con el poker,

nos tomamos también las dos botellas de cubana y seguimos jugando al poker hasta las seis de la mañana.

Al día siguiente los vecinos se quejaron y papá, que por primera vez en su vida había faltado al trabajo, le quiso pegar a Michelini.

Y así empezó todo. Papá y el tío Facundo iban todos los sábados y domingos a las carreras. Mamá les daba sus ahorros para que jugasen.

Angelita trajo a todas sus maestras amigas y el tío Facundo les enseñaba a bailar el tango y después se acostaba con ellas. Mamá era feliz como una descosida y salía todas las noches con el joven poeta, y el tío Facundo decía que eso era bueno, que era salud y era la vida, que en la vida las cosas había que matarlas viviendo, que la belleza y la pornografía debían ir juntas y que el gran problema de la gente, cuando no había guerras, era que se aburría. Por eso, decía, los vecinos se pasaban la vida en la puerta viviendo de la vida de los demás, que los chismes eran una forma del romanticismo frustrado y que la gente consumía revistas de crimen y pornografía porque lo necesitaban, porque le suplían la vida, porque la verdadera vida era un vendaval.

Yo traje a los muchachos de la facultad para que lo escuchasen.

Hasta ahí todo podría haber seguido muy bien. Papá, que siempre fue un tipo incapaz de matar una mosca, le había roto el alma a casi todos los vecinos, y primero entraron por la variante de respetarlo y después se hicieron habitués y lo seguían a papá admirando sus cuadros.

Papá había descubierto su “vocación dormida”, como decía el tío Facundo, y sus cuadros estaban por toda la casa, y Michelini venía a casa y se quedaba mirándolos largas horas. A veces los ojos se le nublaban, lo palmeaba en la espalda a papá y se iba en silencio.

Yo habla cambiado, sentía que emitía un magnetismo personal. Las chicas de la facultad me adoraban y venían a casa.

Todos vivíamos. No había un minuto, ni un resquicio donde tuviéramos que pensar lo que podríamos hacer.

Todo estaba como aceitado de vida. Por las noches se bailaba, se jugaba al poker, se escuchaba al tío Facundo, mamá leía las últimas cosas del joven poeta, papá pintaba, leía la fija, se peleaba. Todos vivíamos.

Pero a mi hermana se le dio por hacerse la intelectual de izquierda y ahí empezó la toma de conciencia. Primero empezó con el sensualismo embrutecedor de la burguesía, y después siguió con el diálogo entre católicos y marxistas. Papá a toda costa quería pegarle. Entonces Angelita se alió con la tía Fermina.

La tía Fermina vivía masticándose el odio. Desde que apareció el tío Facundo, quiso venir a casa con su prédica, dos o tres veces, pero le tenía miedo a papá, que cada vez que la veía le quería pegar. Y esta fue su gran oportunidad.

Lo primero que hizo la tía Fermina, ayudada por mi hermana, fue introducirse un domingo en casa, mientras todos dormíamos, y con la espátula destrozó todos los cuadros de papá.

Pobre papá. Parecía el retrato de Dorian Gray. Yo recuerdo su semblante cuando vio los lienzos cortajeados, los pomos vacíos, los bastidores pisoteados. No dijo nada, ni una palabra. Pero el lunes volvió a ser el mismo de antes. Se levantaba a las cinco, tomaba mate, se leía el Clarín de punta a punta y a la noche se iba a la puerta con la sillita baja, mientras adentro todos bailábamos, o jugábamos al poker, o escuchábamos las poesías del joven poeta.

Y entonces, papá también tomó conciencia, y se alió con mi hermana y la tía Fermina. De cualquier forma, aun antes de que la tía Fermina diera el próximo paso, antes de que me

convenciera a mí (porque mamá fue la última en rendirse, aun cuando fue la que demostró más saña cuando ahogó al tío Facundo con la almohada), aun antes de que papá fuera ganado por la tía Fermina, digo, algo había comenzado a romperse, algo que le facilitó las cosas a la tía Fermina. Era el verlo a papá como un marciano, distinto, caminando entre nosotros, explicando cómo los alemanes perdieron la guerra en Rusia por el frío, mientras los que quedábamos junto al tío Facundo vivíamos.

Y a la tía Fermina no le fue difícil conquistarme.

Y ya la vida comenzó a declinar. Pero mamá era irreductible. Era la amante del joven poeta (que según el tío Facundo veía en ella a la madre y a la mujer). El muchacho estaba enloquecido por mamá y le escribía unos poemas maravillosos. Pero mamá estaba sola. Y entonces la tía Fermina triunfó. La agarró a mamá y le planteó el dilema:

—Sos la única que queda. O matamos a Facundo o matamos al poeta.

Venció el amor. Esa noche decidimos matar al tío Facundo. Lo encontramos dormido, con una sonrisa inolvidable. Papá lo estranguló y yo le di la primera puñalada entre el esternón y los grandes vasos. Mi hermana le abrió las venas con la yilé. La tía Fermina organizaba todo.

Nos costó trabajo desprender a mamá, que quería seguir ahogándolo con la almohada.

Después lo pusimos de costado y levantamos la medianera alrededor de él. Y eso es todo.

Y ahora que el tío Facundo está ahí, muerto, metido en esa pared para siempre, calcinándose al sol, no puedo dejar de mirarla con cierta melancolía, sobre todo en las noches de verano, cuando papá saca a la puerta el sillón de mimbre para mamá, la sillita baja para él, la silla vienesa (que yo doy vuelta)

para mí, y el sillón plegadizo para mi hermana, y mamá dice que los perros presienten cuando está por morir el dueño, y papá dice: la plata está en el campo, y mi hermana dice: no sé la directora para qué insiste con el método global, y yo digo: los japoneses son muy traicioneros.



© Herederos de Isidoro Blaisten.  
c/o Guillermo Schavelzon & Asociados,  
Agencia Literaria.  
[www.schavelzon.com](http://www.schavelzon.com)

## ★ ISIDORO BLAISTEN

Nació en 1933 en Concordia, Entre Ríos. Murió en Buenos Aires en 2004. Fue fotógrafo, redactor publicitario, librero, poeta y autodefinido como "humilde cuentista". Comenzó a escribir en la mítica revista literaria *El escarabajo de oro* y a partir de allí se destacó como narrador. Obtuvo numerosos reconocimientos: Premio Konex de Platino, Gran Premio de la Crítica "Fundación Feria del Libro", Premio Trayectoria Artística del Fondo Nacional de las Artes, y otros. Entre sus obras figuran cuentos: *La felicidad*, *Antología personal*, *Dublín al sur*. Novelas: *Voces en la noche*, *Al acecho*. Ensayos: *Anticonferencias*, *Cuando éramos felices*. Poesía: *Sucedió en la lluvia*. Y el guión cinematográfico *Espérame mucho*.

# TANGO

★ LUISA VALENZUELA

**M**e dijeron:  
En este salón te tenés que sentar cerca del mostrador, a la izquierda, no lejos de la caja registradora; tomate un vinito, no pidás algo más fuerte porque no se estila en las mujeres, no tomés cerveza porque la cerveza da ganas de hacer pis y el pis no es cosa de damas, se sabe del muchacho de este barrio que abandonó a su novia al verla salir del baño: yo creí que ella era puro espíritu, un hada, parece que alegó el muchacho. La novia quedó para vestir santos, frase que en este barrio todavía tiene connotaciones de soledad y soltería, algo muy mal visto. En la mujer, se entiende. Me dijeron.

Yo ando sola y el resto de la semana no me importa pero los sábados me gusta estar acompañada y que me aprieten fuerte. Por eso bailo el tango.

Aprendí con gran dedicación y esfuerzo, con zapatos de taco alto y pollera ajustada, de tajo. Ahora hasta ando con los clásicos elásticos en la cartera, el equivalente a llevar siempre conmigo la raqueta si fuera tenista, pero menos molesto.



Llevo los elásticos en la cartera y a veces en la cola de un banco o frente a la ventanilla cuando me hacen esperar por algún trámite los acaricio, al descuido, sin pensarlo, y quizá, no sé, me consuelo con la idea de que en ese mismo momento podría estar bailando el tango en vez de esperar que un empleaducho desconsiderado se digne atenderme.

Sé que en algún lugar de la ciudad, cualquiera sea la hora, habrá un salón donde se esté bailando en la penumbra. Allí no puede saberse si es de noche o de día, a nadie le importa si es de noche o de día, y los elásticos sirven para sostener alrededor del empeine los zapatos de calle, estirados como están de tanto trajinar en busca de trabajo.

El sábado por la noche una busca cualquier cosa menos trabajo. Y sentada a una mesa cerca del mostrador, como me recomendaron, espero. En este salón el sitio clave es el mostrador, me insistieron, así pueden ficharte los hombres que pasan hacia el baño. Ellos sí pueden permitirse el lujo. Empujan la puerta vaivén con toda la carga a cuestras, una ráfaga amoniacal nos golpea, y vuelven a salir aligerados dispuestos a retomar la danza.

Ahora sé cuándo me toca a mí bailar con uno de ellos. Y con cuál. Detecto ese muy leve movimiento de cabeza que me indica que soy la elegida, reconozco la invitación y cuando quiero aceptarla sonrío muy quietamente. Es decir que acepto y no me muevo; él vendrá hacia mí, me tenderá la mano, nos pararemos enfrentados al borde de la pista y dejaremos que se tense el hilo, que el bandoneón crezca hasta que ya estemos a punto de estallar y entonces, en algún insospechado acorde, él me pondrá el brazo alrededor de la cintura y zarparemos.

Con las velas infladas bogamos a pleno viento si es milonga, al tango lo escoramos. Y los pies no se nos enredan porque él es sabio en señalarme las maniobras tecleteando mi espalda. Hay algún corte nuevo, figuras que desconozco e improviso y a veces hasta salgo airosa. Dejo volar un pie, me

escoro a estribor, no separo las piernas más de lo estrictamente necesario, él pone los pies con elegancia y yo lo sigo. A veces me detengo, cuando con el dedo medio él me hace una leve presión en la columna. Pongo la mujer en punto muerto, me decía el maestro y una debía quedar congelada en medio del paso para que él pudiera hacer sus firuletes.

Lo aprendí de veras, lo mamé a fondo como quien dice. Todo un ponerse, por parte de los hombres, que alude a otra cosa. Eso es el tango. Y es tan bello que se acaba aceptando.

Me llamo Sandra pero en estos lugares me gusta que me digan Sonia, como para perdurar más allá de la vigilia. Pocos son sin embargo los que acá preguntan o dan nombres, pocos hablan. Algunos eso sí se sonríen para sus adentros, escuchando esa música interior a la que están bailando y que no siempre está hecha de nostalgia. Nosotras también reímos, sonreímos. Yo río cuando me sacan a bailar seguido (y permanecemos callados y a veces sonrientes en medio de la pista esperando la próxima entrega), río porque esta música de tango rezuma del piso y se nos cuele por la planta de los pies y nos vibra y nos arrastra.

Lo amo. Al tango. Y por ende a quien, transmitiéndome con los dedos las claves del movimiento, me baila.

No me importa caminar las treintipico de cuadras de vuelta hasta mi casa. Algunos sábados hasta me gasto en la milonga la plata del colectivo y no me importa. Algunos sábados un sonido de trompetas digamos celestiales traspasa los bandoneones y yo me elevo. Vuelo. Algunos sábados estoy en mis zapatos sin necesidad de elásticos, por puro derecho propio. Vale la pena. El resto de la semana transcurre banalmente y escucho los idiotas piropos callejeros, esas frases directas tan mezquinas si se las compara con la lateralidad del tango.

Entonces yo, en el aquí y ahora, casi pegada al mostrador para dominar la escena, me fijo un poco detenidamente en algún galán maduro y le sonrío. Son los que mejor bailan. A

ver cuál se decide. El cabeceo me llega de aquel que está a la izquierda, un poco escondido detrás de la columna. Un tan delicado cabeceo que es como si estuviera apenas, levemente, poniéndole la oreja al propio hombro, escuchándolo. Me gusta. El hombre me gusta. Le sonrío con franqueza y sólo entonces él se pone de pie y se acerca. No se puede pedir un exceso de arrojo. Ninguno aquí presente arriesgaría el rechazo cara a cara, ninguno está dispuesto a volver a su asiento despechado, bajo la mirada burlona de los otros. Este sabe que me tiene y se me va arrimando, al tranco, y ya no me gusta tanto de cerca, con sus años y con esa displicencia.

La ética imperante no me permite hacerme la desentendida. Me pongo de pie, él me conduce a un ángulo de la pista un poco retirado y ahí ¡me habla! Y no como aquel, tiempo atrás, que sólo habló para disculparse de no volver a dirigirme la palabra, porque yo acá vengo a bailar y no a dar charla, me dijo, y fue la última vez que abrió la boca. No. Este me hace un comentario general, es conmovedor. Me dice vio doña, cómo está la crisis, y yo digo que sí, que vi, la pucha que vi aunque no lo digo con estas palabras, me hago la fina, la Sonia: Sí señor, qué espanto, digo, pero él no me deja elaborar la idea porque ya me está agarrando fuerte para salir a bailar al siguiente compás. Este no me va a dejar ahogar, me consuelo, entregada, enmudecida.

Resulta un tango de la pura concentración, del entendimiento cósmico. Puedo hacer los ganchos como le vi hacer a la del vestido de crochet, la gordita que disfruta tanto, la que revolea tan bien sus bien torneadas pantorrillas que una olvida todo el resto de su opulenta anatomía. Bailo pensando en la gorda, en su vestido de crochet verde color esperanza, dicen, en su satisfacción al bailar, réplica o quizá reflejo de la satisfacción que habrá sentido al tejer; un vestido vasto para su vasto cuerpo y la felicidad de soñar con el momento en que ha de lucirlo, bailando. Yo no tejo, ni bailo tan bien como la gorda, aunque en este momento sí porque se dio el milagro.

Y cuando la pieza acaba y mi compañero me vuelve a comentar cómo está la crisis, yo lo escucho con unción, no contesto, le dejo espacio para añadir: ¿Y vio el precio al que se fue el telo? Yo soy viudo y vivo con mis dos hijos. Antes podía pagarle a una dama el restaurante, y llevarla después al hotel. Ahora sólo puedo preguntarle a la dama si posee departamento, y en zona céntrica. Porque a mí para un pollito y una botella de vino me alcanza.

Me acuerdo de esos pies que volaron los míos, de esas filigranas. Pienso en la gorda tan feliz con su hombre feliz, hasta se me despierta una sincera vocación por el tejido.

Departamento no tengo explico pero tengo pieza en una pensión muy bien ubicada, limpia. Y tengo platos, cubiertos, y dos copas verdes de cristal, de esas bien altas.

¿Verdes? Son para vino blanco. Blanco, sí. Lo siento, pero yo al vino blanco no se lo toco.

Y sin hacer ni una vuelta más, nos separamos.



© 1998, Luisa Valenzuela.

© 2007, Alfaguara.

## ★ LUISA VALENZUELA

Nació en 1938 en Buenos Aires, ciudad donde reside. Trabajó como periodista en el diario *La Nación* y en la revista *Crisis*. Vivió en México, París, Barcelona y Nueva York. Obtuvo la beca Fullbright y años después la beca Guggenheim. Entre sus libros figuran: *Cola de lagartija*, *Realidad nacional desde la cama*, *Novela negra con argentinos*, *Aquí pasan cosas raras*, *Libro que no muerde*, *Cambio de armas*, entre otros. Su obra ha sido traducida a más de una decena de lenguas.

# PATRÓN

★ ABELARDO CASTILLO

## I

**L**a vieja Tomasina, la partera se lo dijo, tas preñada, le dijo, y ella sintió un miedo oscuro y pegajoso: llevar una criatura adentro como un bicho enrollado, un hijo, que a lo mejor un día iba a tener los mismos ojos duros, la misma piel áspera del viejo. Estás segura, Tomasina, preguntó, pero no preguntó: asintió. Porque ya lo sabía; siempre supo que el viejo iba a salirse con la suya. Pero m'hija, había dicho la mujer, llevo anunciando más partos que potros tiene tu marido. La miraba. Va a estar contento Anteno, agregó. Y Paula dijo sí, claro. Y aunque ya no se acordaba, una tarde, hacía cuatro años, también había dicho:

—Sí, claro.

Esa tarde quería decir que aceptaba ser la mujer de don Antenor Domínguez, el dueño de La Cabriada: el amo.

—Mire que no es obligación—. La abuela de Paula tenía los ojos bajos y se veía de lejos que sí, que era obligación—. Ahora que usted sabe cómo ha sido siempre don Anteno con una, lo bien que se portó desde que nos falta su padre. Eso no quita que haga su voluntad.

Sin querer, las palabras fueron ambiguas; pero nadie dudaba de que, en toda La Cabriada, su voluntad quería decir siempre lo mismo. Y ahora quería decir que Paula, la hija de un puestero de la estancia vieja —muerto, achicharrado en los corrales por salvar la novillada cuando el incendio aquel del 30— podía ser la mujer del hombre más rico del partido, porque, un rato antes, él había entrado al rancho y había dicho:

—Quiero casarme con su nieta —Paula estaba afuera, dándoles de comer a las gallinas; el viejo había pasado sin mirarla—. Se me ha dado por tener un hijo, sabés—. Señaló afuera, el campo, y su ademán pasó por encima de Paula que estaba en el patio, como si el ademán la incluyera, de hecho, en las palabras que iba a pronunciar después—. Mucho para que se lo quede el gobierno, y muy mío. ¿Cuántos años tiene la muchacha?

—Diecisiete, o dieciséis —la abuela no sabía muy bien; tampoco sabía muy bien cómo hacer para disimular el asombro, la alegría, las ganas de regalar, de vender a la nieta. Se secó las manos en el delantal.

Él dijo:

—Qué me mirás. ¿Te parece chica? En los bailes se arquea para adelante, bien pegada a los peones. No es chica. Y en la casa grande va a estar mejor que acá. Qué me contestás.

—Y yo no sé, don Anteno. Por mí no hay... —y no alcanzó a decir que no había inconveniente porque no le salió la palabra. Y entonces todo estaba decidido. Cinco minutos después él salió del rancho, pasó junto a Paula y dijo “vaya, que la vieja quiere hablarla”. Ella entró y dijo:

–Sí, claro.

Y unos meses después el cura los casó. Hubo malicia en los ojos esa noche, en el patio de la estancia vieja. Vino y asado y malicia. Paula no quería escuchar las palabras que anticipaban el miedo y el dolor.

–Un alambre parece el viejo.

Duro, retorcido como un alambre, bailando esa noche, demostrando que de viejo sólo tenía la edad, zapateando un malambo hasta que el peón dijo está bueno, patrón, y él se rió, sudado, brillándole la piel curtida. Oliendo a padrillo.

Solos los dos, en sulky la llevó a la casa. Casi tres leguas, solos, con todo el cielo arriba y sus estrellas y el silencio. De golpe, al subir una loma, como un aparecido se les vino encima, torva, la silueta del Cerro Negro. Dijo Antenor:

–Cerro Patrón.

Y fue todo lo que dijo.

Después, al pasar el último puesto, Tomás, el cuidador, lo saludó con el farol desde lejos. Cuando llegaron a la casa, Paula no vio más que a una mujer y los perros. Los perros que se abalanzaban y se frenaron en seco sobre los cuartos, porque Antenor los enmudeció, los paró de un grito. Paula adivinó que esa mujer, nadie más, vivía ahí dentro. Por una oscura asociación supo también que era ella quien cocinaba para el viejo: el viejo le había preguntado “comieron”, y señaló los perros.

Ahora, desde la ventana alta del caserón se ven los pinos, y los perros duermen. Largos los pinos, lejos.

–Todo lo que quiero es mujer en la casa, y un hijo, un macho en el campo –Antenor señaló afuera, a lo hondo de la noche agujereada de grillos; en algún sitio se oyó un relincho–. Vení, arrimate.

Ella se acercó.

—Mande —le dijo.

—Todo va a ser para él, entendés. Y también para vos. Pero andá sabiendo que acá se hace lo que yo digo, que por algo me he ganao el derecho a disponer—. Y señalaba el campo, afuera, hasta mucho más allá del monte de eucaliptos, detrás de los pinos, hasta pasar el cerro, abarcando aguadas y caballos y vacas. Le tocó la cintura, y ella se puso rígida debajo del vestido—. Veintiocho años tenía cuando me lo gané —la miró, como quien se mete dentro de los ojos—, ya hace arriba de treinta.

Paula aguantó la mirada. Lejos, volvió a escucharse el relincho. Él dijo:

—Vení a la cama.

## II

No la consultó. La tomó, del mismo modo que se corta una fruta del árbol crecido en el patio. Estaba ahí, dentro de los límites de sus tierras, a este lado de los postes y el alambrado de púas. Una noche —se decía— muchos años antes, Antenor Domínguez subió a caballo y galopó hasta el amanecer. Ni un minuto más. Porque el trato era “hasta que amanezca”, y él estaba acostumbrado a estas cláusulas viriles, arbitrarias, que se rubricaban con un apretón de manos o a veces ni siquiera con eso.

—De acá hasta donde llegues —y el caudillo, mirando al hombre joven estiró la mano, y la mano, que era grande y dadivosa, quedó como perdida entre los dedos del otro—. Clavás la estaca y te volvés. Lo alambrás y es tuyo.

Nadie sabía muy bien qué clase de favor se estaba cobrando Antenor Domínguez aquella noche; algunos, los más sus-



picaces, aseguraban que el hombre caído junto al mostrador del Rozas tenía algo que ver con ese trato: toda la tierra que se abarca en una noche de a caballo. Y él salió, sin apuro, sin ser tan zonzo como para reventar el animal a las diez cuerdas. Y cuando clavó la estaca empezó a ser don Antenor. Y a los quince años era él quien podía, si cuadraba, regalarle a un hombre todo el campo que se animara a cabalgar en una noche. Claro que nunca lo hizo. Y ahora habían pasado treinta años y estaba acostumbrado a entender suyo todo lo que había de este lado de los postes y el alambre. Por eso no la consultó. La cortó.

Ella lo estaba mirando. Pareció que iba a decir algo, pero no habló. Nadie, viéndola, hubiera comprendido bien este silencio: la muchacha era una mujer grande, ancha y poderosa como un animal, una bestia bella y chúcara a la que se le adivinaba la violencia debajo de la piel. El viejo, en cambio, flaco, áspero como una rama.

—Contestá, che. ¡Contestá, te digo! —se le acercó. Paula sentía ahora su aliento junto a la cara, su olor a venir del campo. Ella dijo:

—No, don Anteno.

—¿Y entonces? ¿Me querés decir, entonces...?

Obedecer es fácil, pero un hijo no viene por más obediente que sea una, por más que aguante el olor del hombre corriéndole por el cuerpo, su aliento, como si entrase también, por más que se quede quieta boca arriba. Un año y medio boca arriba, viejo macho de sementera. Un año y medio sintiéndose la sangre tumultuosa galopándole el cuerpo, queriendo salirse del cuerpo, saliendo y encontrando sólo la dureza despiadada del viejo. Sólo una vez lo vio distinto; le pareció distinto. Ella cruzaba los potreros, buscándolo, y un peón asomó detrás de una parva; Paula había sentido la mirada caliente recorriéndole la curva de la espalda, como en los bailes, antes.

Entonces oyó un crujido, un golpe seco, y se dio vuelta. Antenor estaba ahí, con el talero en la mano, y el peón abría la boca como en una arcada, abajo, junto a los pies del viejo. Fue esa sola vez. Se sintió mujer disputada, mujer nomás. Y no le importó que el viejo dijera yo te voy a dar mirarme la mujer, piñón roto, ni que dijera:

—Y vos, qué buscás. Ya te dije dónde quiero que estés.

En la casa, claro. Y lo decía mientras un hombre, todavía en el suelo, abría y cerraba la boca en silencio, mientras otros hombres empezaron a rodear al viejo ambiguamente, lo empezaron a rodear con una expresión menos parecida al respeto que a la amenaza. El viejo no los miraba:

—Qué buscás.

—La abuela —dijo ella—. Me avisan que está mala —y repentinamente se sintió sola, únicamente protegida por el hombre del talero; el hombre rodeado de peones agresivos, ambiguos, que ahora, al escuchar a la muchacha, se quedaron quietos. Y ella comprendió que, sin proponérselo, estaba defendiendo al viejo.

—Qué miran ustedes —la voz de Antenor, súbita. El viejo sabía siempre cuál era el momento de clavar una estaca. Los miró y ellos agacharon la cabeza. El capataz venía del lado de las cabañas, gritando alguna cosa. El viejo miró a Paula, y de nuevo al peón que ahora se levantaba, encogido como un perro apaleado—. Si andás alzado, en cuanto me dé un hijo te la regalo.

### III

A los dos años empezó a mirarla con rencor. Mirada de estafado, eso era. Antes había sido impaciencia, apuro de viejo por tener un hijo y asombro de no tenerlo: los ojos inquisidores del viejo y ella que bajaba la cabeza con un poco de vergüenza. Después fue la ironía. O algo más bárbaro, pero

que se emparentaba de algún modo con la ironía y hacía que la muchacha se quedara con la vista fija en el plato, durante la cena o el almuerzo. Después, aquel insulto en los potreros, como un golpe a mano abierta, prefigurando la mano pesada y ancha y real que alguna vez va a estallarle en la cara, porque Paula siempre supo que el viejo iba a terminar golpeando. Lo supo la misma noche que murió la abuela.

—O cuarenta y tantos, es lo mismo.

Alguien lo había dicho en el velorio: cuarenta y tantos. Los años de diferencia, querían decir. Paula miró de reojo a Antenor, y él, más allá, hablando de unos cueros, adivinó la mirada y entendió lo que todos pensaban: que la diferencia era grande. Y quién sabe entonces si la culpa no era de él, del viejo.

—Volvemos a la casa —dijo de golpe.

Esa fue la primera noche que Paula le sintió olor a caña. Después —hasta la tarde aquella, cuando un toro se vino resolplando por el andarivel y hubo gritos y sangre por el aire y el viejo se quedó quieto como un trapo— pasó un año, y Antenor tenía siempre olor a caña. Un olor penetrante, que parecía querer meterse en las venas de Paula, entrar junto con el viejo. Al final del tercer año, quedó encinta. Debió de haber sido durante una de esas noches furibundas en que el viejo, brutalmente, la tumbaba sobre la cama, como a un animal manea-do, poseyéndola con rencor, con desesperación. Ella supo que estaba encinta y tuvo miedo. De pronto sintió ganas de llorar; no sabía por qué, si porque el viejo se había salido con la suya o por la mano brutal, pesada, que se abría ahora: ancha mano de castrar y marcar, estallándole, por fin, en la cara.

—¡Contestá! Contestame, yegua.

El bofetón la sentó en la cama; pero no lloró. Se quedó ahí, odiando al hombre con los ojos muy abiertos. La cara le ardía.

–No –dijo mirándolo–. Ha de ser un retraso, nomás. Como siempre.

–Yo te voy a dar retraso –Antenor repetía las palabras, las mordía–. Yo te voy a dar retraso. Mañana mismo le digo al Fabio que te lleve al pueblo, a casa de la Tomasina. Te voy a dar retraso.

La había espiado seguramente. Había llevado cuenta de los días; quizá desde la primera noche, mes a mes, durante los tres años que llevó cuenta de los días.

–Mañana te levantás cuando aclare. Acostate ahora.

Una ternera boca arriba, al día siguiente, en el campo. Paula la vio desde el sulky, cuando pasaba hacia el pueblo con el viejo Fabio. Olor a carne quemada y una gran “A”, incandescente, chamuscándole el flanco: Paula se reconoció en los ojos de la ternera.

Al volver del pueblo, Antenor todavía estaba ahí, entre los peones. Un torito mugía, tumbado a los pies del hombre; nadie como el viejo para voltear un animal y descornarlo o caparlo de un tajo. Antenor la llamó, y ella hubiera querido que no la llamase: hubiera querido seguir hasta la casa, encerrarse allá. Pero el viejo la llamó y ella ahora estaba parada junto a él.

–Cebá mate–. Algo como una tijera enorme, o como una tenaza, se ajustó en el nacimiento de los cuernos del torito. Paula frunció la cara. Se oyeron un crujido y un mugido largo, y del hueso brotó, repentino, un chorro colorado y caliente–. Qué fruncís la jeta, vos.

Ella le alcanzó el mate. Preñada, había dicho la Tomasina. Él pareció adivinarlo. Paula estaba agarrando el mate que él le devolvía, quiso evitar sus ojos, darse vuelta.

–Che –dijo el viejo.

—Mande —dijo Paula.

Estaba mirándolo otra vez, mirándole las manos anchas, llenas de sangre pegajosa: recordó el bofetón de la noche anterior. Por el andarivel traían un toro grande, un pinto, que bufaba y hacía retemblar las maderas. La voz de Antenor, mientras sus manos desanudaban unas correas, hizo la pregunta que Paula estaba temiendo. La hizo en el mismo momento que Paula gritó, que todos gritaron.

—¿Qué te dijo la Tomasina? —preguntó.

Y todos, repentinamente, gritaron. Los ojos de Antenor se habían achicado al mirarla, pero de inmediato volvieron a abrirse, enormes, y mientras todos gritaban, el cuerpo del viejo dio una vuelta en el aire, atropellado de atrás por el toro. Hubo un revuelo de hombres y animales y el resbalón de las pezuñas sobre la tierra. En mitad de los gritos, Paula seguía parada con el mate en la mano, mirando absurdamente el cuerpo como un trapo, del viejo. Había quedado sobre el alambrado de púas, como un trapo puesto a secar.

Y todo fue tan rápido que, por encima del tumulto, los sobresaltó la voz autoritaria de don Antenor Domínguez.

—¡Ayúdenme, carajo!

#### IV

Esta orden y aquella pregunta fueron las dos últimas cosas que articuló. Después estaba ahí, de espaldas sobre la cama, sudando, abriendo y cerrando la boca sin pronunciar palabra. Quebrado, partido como si le hubiesen descargado un hachazo en la columna, no perdió el sentido hasta mucho más tarde. Sólo entonces el médico aconsejó llevarlo al pueblo, a la clínica. Dijo que el viejo no volvería a moverse; tampoco, a hablar. Cuando Antenor estuvo en condiciones de comprender alguna cosa, Paula le anunció lo del chico.

—Va a tener el chico —le anunció—. La Tomasina me lo ha dicho.

Un brillo como de triunfo alumbró ferozmente la mirada del viejo; se le achisparon los ojos y, de haber podido hablar, acaso hubiera dicho gracias por primera vez en su vida. Un tiempo después garabateó en un papel que quería volver a la casa grande. Esa misma tarde lo llevaron.

Nadie vino a verlo. El médico y el capataz de La Cabriada, el viejo Fabio, eran las dos únicas personas que Antenor veía. Salvo la mujer que ayudaba a Paula en la cocina —pero que jamás entró en el cuarto de Antenor, por orden de Paula—, nadie más andaba por la casa. El viejo Fabio llegaba al caer el sol. Llegaba y se quedaba quieto, sentado lejos de la cama sin saber qué hacer o qué decir. Paula, en silencio, cebaba mate entonces.

Y súbitamente, ella, Paula, se transfiguró. Se transfiguró cuando Antenor pidió que lo llevaran al cuarto alto; pero ya desde antes, su cara, hermosa y brutal, se había ido transformando. Hablaba poco, cada día menos. Su expresión se fue haciendo cada vez más dura —más sombría—, como la de quienes, en secreto, se han propuesto obstinadamente algo. Una noche, Antenor pareció ahogarse; Paula sospechó que el viejo podía morir así, de golpe, y tuvo miedo. Sin embargo, ahí, entre las sábanas y a la luz de la lámpara, el rostro de Antenor Domínguez tenía algo desesperado, emperradamente vivo. No iba a morir hasta que naciera el chico; los dos querían esto. Ella le vació una cucharada de remedio en los labios temblorosos. Antenor echó la cabeza hacia atrás. Los ojos, por un momento, se le habían quedado en blanco. La voz de Paula fue un grito:

—¡Va a tener el chico, me oye! —Antenor levantó la cara; el remedio se volcaba sobre las mantas, desde las comisuras de una sonrisa. Dijo que sí con la cabeza.

Esa misma noche empezó todo. Entre ella y Fabio lo subieron al cuarto alto. Allí, don Antenor Domínguez, semi-colgado de las correas atadas a un travesaño de fierro, que el doctor había hecho colocar sobre la cama, erguido a medias podía contemplar el campo. Su campo. Alguna vez volvió a garrapatear con lentitud unas letras torcidas, grandes, y Paula mandó llamar a unos hombres que, abriendo un boquete en la pared, extendieron la ventana hacia abajo y a lo ancho. El viejo volvió a sonreír entonces. Se pasaba horas con la mirada perdida, solo, en silencio, abriendo y cerrando la boca como si rezara —o como si repitiera empecinadamente un nombre, el suyo, gestándose otra vez en el vientre de Paula—, mirando su tierra, lejos hasta los altos pinos, más allá del Cerro Negro. Contra el cielo.

Una noche volvió a sacudirse en un ahogo. Paula dijo:

—Va a tener el chico. Él asintió otra vez con la cabeza.

Con el tiempo, este diálogo se hizo costumbre. Cada noche lo repetían.

## V

El campo y el vientre hinchado de la mujer: las dos únicas cosas que veía. El médico, ahora, sólo lo visitaba si Paula —de tanto en tanto, y finalmente nunca— lo mandaba llamar, y el mismo Fabio, que una vez por semana ataba el sulky e iba a comprar al pueblo los encargos de la muchacha, acabó por olvidarse de subir al piso alto al caer la tarde. Salvo ella, nadie subía.

Cuando el vientre de Paula era una comba enorme, tirante bajo sus ropas, la mujer que ayudaba en la cocina no volvió más. Los ojos de Antenor, interrogantes, estaban mirando a Paula.

—La eché —dijo Paula.

Después, al salir, cerró la puerta con llave (una llave grande, que Paula llevará siempre consigo, colgada a la cintura), y el viejo tuvo que acostumbrarse también a esto. El sonido de la llave girando en la antigua cerradura anunciaba la entrada de Paula —sus pasos, cada día más lerdos, más livianos, a medida que la fecha del parto se acercaba—, y por fin la mano que dejaba el plato, mano que Antenor no se atrevía a tocar. Hasta que la mirada del viejo también cambió. Tal vez, alguna noche, sus ojos se cruzaron con los de Paula, o tal vez, simplemente, miró su rostro. El silencio se le pobló entonces con una presencia extraña y amenazadora, que acaso se parecía un poco a la locura, sí, alguna noche, cuando ella venía con la lámpara, el viejo miró bien su cara: eso como un gesto estático, interminable, que parecía haberse ido fraguando en su cara o quizá sólo en su boca, como si la costumbre de andar callada, apretando los dientes, mordiendo algún quejido que le subía en puntadas desde la cintura, le hubiera petrificado la piel. O ni necesitó mirarla. Cuando oyó girar la llave y vio proyectarse larga la sombra de Paula sobre el piso, antes de que ella dijera lo que siempre decía, el viejo intuyó algo tremendo. Súbitamente, una sensación que nunca había experimentado antes. De pronto le perforó el cerebro, como una gota de ácido: el miedo. Un miedo solitario y poderoso, incomunicable. Quiso no escuchar, no ver la cara de ella, pero adivinó el gesto, la mirada, el rictus aquel de apretar los dientes. Ella dijo:

—Va a tener el chico.

Antenor volvió la cara hacia la pared. Después, cada noche la volvía.

## VI

Nació en invierno; era varón. Paula lo tuvo ahí mismo. No mandó llamar a la Tomasina: el día anterior le había dicho a Fabio que no iba a necesitar nada, ningún encargo del pueblo.



—Ni hace falta que venga en la semana —y como Fabio se había quedado mirándole el vientre, dijo—: Mañana a más tardar ha de venir la Tomasina.

Después pareció reflexionar en algo que acababa de decir Fabio; él había preguntado por la mujer que ayudaba en la casa. No la he visto hoy, había dicho Fabio.

—Ha de estar en el pueblo —dijo Paula. Y cuando Fabio ya montaba, agregó: —Si lo ve al Tomás, mándemelo. Luego vino Tomás y Paula dijo:

—Podes irte nomás a ver tu chica. Fabio va a cuidar la casa esta semana.

Desde la ventana, arriba, Antenor pudo ver cómo Paula se quedaba sola junto al aljibe. Después ella se metió en la casa y el viejo no volvió a verla hasta el día siguiente, cuando le trajo el chico.

Antes, de cara contra la pared, quizá pudo escuchar algún quejido ahogado y, al acercarse la noche, un grito largo retumbando entre los cuartos vacíos; por fin, nítido, el llanto triunfante de una criatura. Entonces el viejo comenzó a reírse como un loco. De un súbito manotón se aferró a las correas de la cama y quedó sentado, riéndose. No se movió hasta mucho más tarde.

Cuando Paula entró en el cuarto, el viejo permanecía en la misma actitud, rígido y sentado. Ella lo traía vivo: Antenor pudo escuchar la respiración de su hijo. Paula se acercó. Desde lejos, con los brazos muy extendidos y el cuerpo echado hacia atrás, apartando la cara, ella dejó al chico sobre las sábanas, junto al viejo, que ahora ya no se reía. Los ojos del hombre y de la mujer se encontraron luego. Fue un segundo: Paula se quedó allí, inmóvil, detenida ante los ojos imperativos de Antenor. Como si hubiera estado esperando aquello, el viejo soltó las correas y tendió el brazo libre hacia la mujer; con el otro se apoyó en la cama, por no aplastar al

chico. Sus dedos alcanzaron a rozar la pollera de Paula, pero ella, como si también hubiese estado esperando el ademán, se echó hacia atrás con violencia. Retrocedió unos pasos; arrinconada en un ángulo del cuarto, al principio lo miró con miedo. Después, no. Antenor había quedado grotescamente caído hacia un costado: por no aplastar al chico estuvo a punto de rodar fuera de la cama. El chico comenzó a llorar. El viejo abrió la boca, buscó sentarse y no dio con la correa. Durante un segundo se quedó así, con la boca abierta en un grito inarticulado y feroz, una especie de estertor mudo e impotente, tan salvaje, sin embargo, que de haber podido gritarse habría conmovido la casa hasta los cimientos. Cuando salía del cuarto, Paula volvió la cabeza. Antenor estaba sentado nuevamente: con una mano se aferraba a la correa; con la otra, sostenía a la criatura. Delante de ellos se veía el campo, lejos, hasta el Cerro Patrón.

Al salir, Paula cerró la puerta con llave; después, antes de atar el sulky, la tiró al aljibe.



© 2005, Abelardo Castillo.

© *Cuentos completos*, 2005, Alfaguara.

## ★ ABELARDO CASTILLO

Nació en 1935 en San Pedro, Provincia de Buenos Aires. Fundó las revistas literarias *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro* (1959-1974) y *El Or nitorrinco*. Además de un enorme reconocimiento, recibió numerosos galardones como el Premio Casa de las Américas, varios premios municipales; y como escritor dramático el Primer Premio Festival de Teatro de Nancy, por su obra *El otro judas*; y por *Israfel*, el Primer Premio Internacional de la Unesco. Entre sus libros figuran: *Las otras puertas*, *Cuentos crueles*, *La casa de ceniza*.

# MI TÍO DE LIMA

★ H E B E U H A R T

¿Con quién vives tú?  
–Con mi mamá, mi papá y mi abuelita –dije.  
–Ve a llamar a tu mamá, ¿quieres? Dile que vino José Mazzini de Lima.

Observé que la fórmula peruana para pedir una cosa era diferente: él no quería decir si yo quería ir a llamar a mi mamá, era como si dijera: “Quiero que llames a tu mamá con tu consentimiento”, pero disentir era imposible.

La voz era rica, plena, suave. No era una voz de argentino. Era como si brotara de algún lugar profundo dentro de él y como si vibrara un poquito en su cuerpo.

–¡Vino José Mazzini de Lima!

–Abrí la puerta del comedor –dijo mi mamá.

Ella se acomodó el pelo y acomodó una silla. Estaba nerviosa: hacía 40 años había llegado el tío Pipotto de Lima justo el día en que se escaparon los chanchos. Ahora este tío y el comedor estaba desordenado.

—¡Sacá esos trapos! ¡No servís para nada!

Habitualmente esa observación me irritaba, pero esa vez no me afectó; venía un pariente de Lima y por eso mismo iba a esconder los trapos en un lugar insólito: detrás de un jarrón de porcelana; ojalá que se asomaran un poco.

Finalmente mi mamá salió, ya con cara de recibir visita. La cara de visita era para todos igual: afable, cortés, casi siempre desenvuelta, como si de antemano descontara que iba a recibir un gran placer. Con esa misma cara recibía a una amiga íntima y también a la señora de Bastión, que tenía un hijo mogólico de 40 años y explicaba minuciosamente cómo le cortaba la carne en pedacitos para que no se atragantara. Salió a la calle y dijo:

—¿Qué tal? —como si lo hubiera visto hace un año. Mi tío de Lima, con la voz un poco emocionada, con un leve matiz de duda para que la emoción fuera después más plena y el encuentro más histórico, le dijo:

—Tú eres Emilia, ¿ya?

—Y tú José —dijo mi mamá hablando de tú seguramente por contagio. Nunca la había oído hablar de tú y pensé que a lo mejor lo haría en otras oportunidades que yo desconocía.

Se abrazaron y José tenía los ojos brillosos. Entonces mi mamá dijo:

—A ver... Vos sos hijo de Cayetano.

—No —dijo—, de Juanito. Cayetano tuvo dos hijos: uno volvió a Italia y el segundo, Marcos...

—Pero es cierto —dijo mi mamá un poco fastidiada porque se había equivocado—. ¡Qué tonta! Si sos hermano de...

Cuando se estableció bien la filiación, lo invitó al comedor a sentarse en unas sillas duras, altas e incómodas. Mi tío de Lima se sentó sin reparar en ellas como si una silla fuera un

obstáculo útil para sentarse, y siguió muy emocionado.

—¿Y la tía Teresa? —dijo.

No dijo “la tía”, dijo algo así como “la zia”. Claro, resulta que era sobrino de mi abuela. Pero mi abuela estaba en su pieza, sentada en su cama rezando, acomodando todas las estampitas como para un solitario y no sabía que había venido un sobrino. Ella acomodaba todas las estampitas sobre la cama, les rezaba y las cambiaba de lugar de acuerdo con algún orden.

Ella rezaba para todos, pero quién sabe si se acordaba de ese sobrino.

Mi mamá dijo:

—Un momentito, le voy a avisar. Quedate con el tío José.

El tío José me sonrió y me contó cómo había venido.

Mi mamá no fue alborozada a decirle a mi abuela que había venido José; fue para ver si la abuela tenía las estampitas en orden sobre la frazada y para peinarla. Con el apuro, el peinado y esa precipitación, mi abuela no entendía de qué se trataba. Sólo que era alguien de Lima. Mi abuela hizo un gesto como diciendo: “Justo ahora”. Estaba por la oración de San Francisco. Estaba atrasada en el rezo y ya venía atrasada del día anterior. Además quería estar con cierta majestad en la cama y sentía en ese momento que no tenía ninguna majestad, se sentía un poco débil. Mi mamá le puso colonia y mi abuela revivió. Le pidió a mi mamá que saliera y la dejara sola un minuto para prepararse para la visita. Mi abuela era imperiosa; tenía la nariz larga y afilada y la mandíbula sobresaliente; llevaba la boca siempre apretada y era flaca. Ella decía siempre:

—Pónelo cua. Pónelo la. Torna cuesto. Porta vía. Mete cuesto in la. Guarda cua. Tapa il sole. Ve in casa. Prego, levanta la stampa. Sta in calma.

Después entró mi tío de Lima a la pieza de mi abuela, y otra vez la filiación. Con mi abuela fue más largo el asunto; dijo que sí, que comprendía, pero me parece que dijo que entendía porque ya iba para largo. La verdad es que mi abuela, por tratarse de ella, hizo mucha alharaca. Ella también tenía una voz para las visitas y una amabilidad distinta, pero siempre como si el centro fuera ella. Ella sabía que era una anciana venerable que había vivido y trabajado duramente: no esperaba más que laureles y siempre cosechaba laureles y rosas de las visitas. Pero esta vez era diferente: le pidió a mi mamá estar a solas con su sobrino de Lima y mi mamá vio la parte práctica del asunto, que era hacer la comida, mandarme al almacén, etcétera. Todo esto era normal. Lo que no era normal era lo que se oía desde la pieza de mi abuela. Mi abuela lloraba con la voz quebrada, como si le hubiera salido una voz finita, de viejita femenina, con agudos estridentes que nunca le había escuchado.

Se estaba confidenciando. Era una voz de víctima y de prima dona, a veces de pajarito. José le decía “tía” como si la hubiera visto toda la vida y le preguntaba cosas en italiano con esa voz rica y peruana. Mi abuela se había olvidado del italiano en la Argentina y siempre dijo que a ella Italia no le iba ni le venía. El italiano que ella hablaba era un idioma propio, una mezcla, y cuando tenía que hablar con unas amigas italianas, decía todo que sí para abreviar, pero la mirada no entendía. Pero ahora con el sobrino ella quería hacerse entender y él le hablaba un italiano perfecto y ella lo entendía. No se oían órdenes ni aseveraciones como de costumbre. A veces parecían lamentos, recuerdos. La voz de él era serena, un poco grave. Oí que mi abuela le preguntó:

—¿Il tuo padre vive ancora?

Preguntó con una voz humilde y temerosa, pero ya más en confianza, no con voz amable de visita, sino como si fuera un sobrino que ella viera cada tanto.

–No –dijo él–, papá falleció en el 50. ¿A ver? Espera. Sí, digo bien, en el 50 porque...

Lo dijo en tono neutro, objetivo, como si recordara la fecha de la muerte de un presidente.

–Ah –dijo medio desconcertada mi abuela–. ¿Y Caetán?

–Caetán falleció de joven, cuando la fiebre amarilla, espera, a ver si me equivoco... pero no, fue en el 18 –sorprendido–. ¿No lo supiste, pues?

–¡Emilia, Emilia! –dijo mi abuela llamando a grandes voces a mi mamá–. ¡Ha morto Caetán!

Se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Yo nunca la había visto llorar a mi abuela. Mi mamá estaba haciendo tallerines y la salsa se estaba por quemar.

–Y claro, mamá –dijo mi mamá–. ¿No te acordás de que ya avisaron? Yo tengo la idea de que avisaron.

Y le hablé por lo bajo a José, diciéndole que a mi abuela le fallaba un poco la memoria. Mi abuela agarró la estampa de San Cayetano; como no veía casi nada hizo un esfuerzo para mirarlo bien a ver si era, y mientras, lloraba, pero no ya con esos sollozos impactantes, sino que se le lloraba.

Después vino otra vez mi tío de Lima a comer a mi casa. Ese día habían puesto un mantel de supergala que yo no había visto nunca puesto y la mejor vajilla. Yo jamás había visto todo el despliegue junto. Mi abuela se mostró amable, lo suficiente, y correctamente cariñosa.

Después que mi tío se fue, mi abuela, más imperiosa que de costumbre empezó a decir:

–Mételo cua. Guarda cuesto la. Súbito el trapo, ve.



## ★ HEBE UHART

Nació en 1936 en Moreno, Provincia de Buenos Aires. Se desempeñó como docente de Filosofía en la UBA y en la Universidad de Lomas de Zamora. Recibió el Premio Konex al Mérito en 2004. Es autora de los libros de cuentos *Dios, San Pedro y las almas*, *El budín esponjoso*, *La luz de un nuevo día* y *Del cielo a casa*, entre otros. Publicó también las novelas *Camilo asciende* y *Señorita*. Entre sus obras también figuran: *Memorias de un pigmeo*, *Mudanzas*.



# EL TERRÓN DISOLVENTE

★ EL V I O G A N D O L F O

**Y**o casi me había olvidado de Fiambretta. Pobre tipo, con un apellido así. Pero Rodríguez estaba hablando de los viajes que hace por el interior, cuando en medio de los datos sobre restaurantes de la ruta, sobre aventuras totalmente inverosímiles con mujeres “casadas” (como solía agregar, con un dejo reverencial inútil a esta altura del partido), de los pueblos y pequeñas ciudades que recorría, a lo largo de la ruta 9, mencionó a Fiambretta. Lo corté en seco:

—¿Fiambretta, dijiste?

—Sí, él. ¿Te acordás? Ahora vive en las afueras de Cañada de Gómez.

Cómo no me iba a acordar. Siempre consideré que cargar con el apellido había impedido que él, Fiambretta, llegara a la fama, a la consagración que tanto se merecía. Habíamos hecho Biología juntos, y aun después de que yo abandoné para dedicarme al curro de los rulemanes, nos seguíamos viendo. Uno de nuestros entretenimientos favoritos era ir a ver una película a un cine de Corrientes (detestábamos Lava-

lle) y después quedarnos charlando hasta la madrugada en un boliche de Callao, lleno de mesas de billar, hasta que salían los diarios.

De lo que más hablábamos era del cosmos, de la vida aquí y en otros mundos, de los misterios de la célula. O sea que el que hablaba era Fiambretta, no yo. Para darles una idea del talento del hombre: una noche (y recuerdo como si fuera hoy que era en 1952), Fiambretta, en medio de un delirio sobre el efecto de las enzimas, me dice, como al pasar:

—... porque en el código está todo, ¿entendés?, todo, en una doble hélice. Fijate —y me la dibujó en una servilleta.

Años después dos giles (o tres, nunca recuerdo bien) iban a sacarse el Nobel con lo que él había descubierto de taquito, desinteresado, con el pucho colgando de la boca como cortada a cuchillo, y las manos caídas entre las piernas, en el pequeño laboratorio que había instalado en el altillo de la casa de la tía, en Caballito. Eso para que tengan una idea de lo que valía Fiambretta. Un crack, realmente un crack.

Así que cuando el gordo Rodríguez lo nombró, lo corté en seco. Me contó que el flaco estaba muy gastado, viviendo en una especie de casa solariega abandonada, en la que había ocupado dos piezas.

—Después de todo creo que el flaco está mejor que nosotros —dijo Rodríguez, quejumbroso—. Se asoma a las ventanas ¿y qué ve? Un maizal (o un trival, no me acuerdo bien) que se pierde en el horizonte. ¿Te das cuenta, viejo? ¿Acá qué ves si te asomás a la ventana? Caños de escape, pibes que te manguanean, y una que otra mina bastante bien, no te lo voy a negar.

En medio del aburrimiento de la mesa, donde temas como las mujeres, la política, el último aumento de transporte o de las tarifas se sucedían con la regularidad de las fases lunares, oír hablar de Fiambretta me hizo recordar con nostalgia las interminables charlas de Callao, donde palabras como “big-bang”,

“esteroides” o “remolino cuántico” nos mantenían con los ojos abiertos como platos hasta que salía el sol. Le dije a Rodríguez que cuando fuera por Cañada de Gómez (que para mí era como decir Venus) le mandara un abrazo a Fiambretta.

Tres semanas después Rodríguez entra en el boliche, mete la mano en el portafolios lustradito que siempre lleva, y me da un sobre.

—De parte de Fiambretta —me dice—. Le dio un alegrón al flaco que te acordaras de él. Antes de Cañada de Gómez, pasé por Roldán: voy a ver un cliente y en vez de él, me abre la mujer. Estaba sola...

Mientras Rodríguez me acunaba con los cuentos eternos, abrí el sobre, usando la parte de atrás de la cucharita del café. La carta del flaco era breve:

“Querido Pancho:

Tenés que venir. Sos el único que puede entenderlo. A mí no me dan las ganas ni la plata para ir a Baires. Vení. Estoy siempre. Un abrazo.

Fiambretta”

Me conmovió, les juro, me conmovió. “Sos el único que puede entenderlo”, decía. Tenía razón el flaco. ¿Quién iba a entender, en un lugar como Cañada de Gómez, viejo? ¿Alguien podía haber oído hablar alguna vez de aceleradores taquiónicos? A lo más que llegarían era a leer La Chacra, los que tuvieran guita.

Pensé en largarme a Cañada de Gómez esa misma noche. Total, era viernes. Pero preferí demorar un poco, saboreando el recuerdo de Fiambretta. El sábado de noche me fui a ver una película solo, después me metí en el bar de Callao. Antes de entrar me compré la última *Muy Interesante*. La hojeé pensando qué habría dicho Fiambretta sobre cada uno de los artículos. Cuando llegaron los diarios, compré *Clarín* y me fui a casa. Al salir el sol me dormí como un bendito.

Durante la semana se me dieron bien las ventas. Así que el viernes me tomé un ómnibus en Retiro y me fui para Cañada de Gómez, contento realmente. Por las dudas le llevaba el *Muy Interesante* a Fiambretta. El viaje me puso eufórico. Cada cosa que veía me dejaba sin respiración. Cuando ya estábamos llegando a Cañada, ¿qué veo por la ventanilla? Un chancho, un chancho enorme, negro, vivo, lo juro. En mi puta vida había visto un chancho fuera de las ilustraciones de *Billiken*. Cuando me bajé en Cañada, me sentía al borde del éxtasis.

No me costó casi nada encontrar la casa de Fiambretta. Todos sabían dónde vivía “el flaco raro”. Cuando llegué estaba regando las lechugas de un canterito. Soltó la regadera por el aire (no sé si aluciné, pero el chorro al saltar hizo un pequeño arcoiris), caminó hacia mí, y me abrazó, un poco parco, un poco reticente. Era el mismo Fiambretta de siempre, un poco más calvo, y con el pelo que le quedaba blanco del todo, pero con el mismo pucho colgando de los labios, con el humo haciéndole cerrar un ojo.

Cuando entramos le di la revista. Como si yo no existiera, la hojeó página por página, por arriba, mientras murmuraba:

–Superconductores...Biochips...Boludos...No aprenden más.

Después me agradeció. A su modo, me agasajó: trajo queso picante y un salame grueso de la cocina, y una botella de vino suelto. Comimos, bebimos, charlamos. Hacia la noche, mientras me limpiaba las muelas con un piolín, empecé a sentirme cansado. No sabía bien si irme o quedarme, Fiambretta no había hablado del asunto. A esa altura tenía los ojos como platos, como en el bar de Callao, pero en la noche silenciosa de Cañada de Gómez, o más bien de los suburbios de Cañada de Gómez, con apenas un par de grillos haciendo barullo afuera, el flaco me daba un poco de miedo.

Entró a la cocina a hacer un poco de café. Cuando volvió, me animé:

—Oíme, Fiambretta —le dije—. ¿De qué hablabas en la carta?

—¿Qué carta?

—La que le diste a...

—Ya sé, a Rodríguez, a Rodríguez. Sí... —se quedó petrificado, con un ojo cerrado y el otro dirigido al techo—. ¡Ah, ya sé! Lo que sólo vos podés entender... je-je, je-je, ya vas a ver, mañana.

Después del café me dijo que tenía un catre (“limpito, nuevo, no lo usó nadie”, aclaró delicadamente) y me invitó a dormir en su casa. Acepté: total podía irme el sábado al mediodía a estar de regreso antes de la última vuelta de los cines.

—Mañana te despierto bien temprano —dijo Fiambretta mientras me tendía un par de sábanas y una frazada gruesa—. Es la mejor hora.

Confieso que dormí poco. El catre era estrecho, los dos grillos seguían compitiendo afuera y yo me preguntaba qué me esperaba al amanecer.

¡Cantaron gallos, al amanecer cantaron gallos, como en las películas! Casi lloro, viejo, eso me mató. Y al ratito nomás entró Fiambretta. Traía unos panes con grasa recién hechos y un mate listo. Desayunamos, mientras el sol despuntaba. Después Fiambretta limpió las migas, guardó el mate en la cocina y me miró, serio:

—Pancho, ahora vamos a ir al laboratorio —me dijo, como si hablara de ir a la iglesia. Hizo una pausa, después movió la mano—. Seguime —dijo.

La casa era amplia, chata, llena de cuartos. La mayoría estaban abandonados, pero hacia el fondo de un largo y ancho corredor se veía una puerta pintada al aceite, destacándose en la luz lechosa que dejaba entrar el techo de vidrio. Fiambretta

sacó una llave, empujó, y me hizo espacio para que entrara. No era nada del otro mundo. Más grande que el altillo de la tía, pero con muchos objetos idénticos: el microscopio y el telescopio, los tubos de ensayo, los diales indicadores de tres o cuatro aparatos. Todo estaba limpio y ordenado.

Fiambretta no tocó nada. Se dirigió a un escritorio de madera en el que se veían libretas de notas y varios tipos de marcadores y bolígrafos. Se sentó, y me indicó una silla.

—Pancho, lo que te voy a decir te va a sonar a locura, pero no me cortes hasta que termine —dijo—. Y después te hago una prueba para demostrarte lo que te digo.

Lo que me dijo Fiambretta era totalmente demencial. Que nosotros, Cañada de Gómez, Buenos Aires, el bar de Callao y hasta las películas, no existían. Que vivíamos engañados, drogados. —Mirá, Pancho —dijo Fiambretta—. No sé si estará en el agua o en el aire, pero todos aquí nacemos con una especie de LSD que se nos asienta en los receptores de serotonina en el momento mismo de nacer, ¿entendés?.

Yo no entendía un carajo. Por suerte Fiambretta hablaba tranquilo, sin alterarse, así que prestarle atención no me costaba nada. Me dijo que no se atrevía a afirmar que ocurriera lo mismo en Estados Unidos, o en Java. —Eso es asunto de ellos y yo no te puedo afirmar lo que no investigué.

Y siguió enumerando todo lo que era falso, inexistente según él: la Bombonera y el Monumental, radichetas y peronistas, Gardel y Monzón. A esta altura yo pensaba: “éste parece Borges”, y medio me estaba durmiendo.

Pero Fiambretta hizo un gesto dramático, terminando la enumeración:

—¿La central atómica de Atucha? Tampoco existe, viejo.

Al parecer, para él eso era definitivo. Dio dos pasos, corrió una cortina, y la luz del sol, ahora bastante fuerte, inundó el

laboratorio. Parpadeé. Era como había dicho Rodríguez: un maizal maduro que se extendía hasta el horizonte. Me quedé con la boca abierta: era hermoso, en mi vida había visto tantos choclos juntos. Pero Fiambretta seguía con su rollo. Me di cuenta de que sostenía un frasquito en la mano, y terminaba una frase:

—... inhibe la acción del LSD genético, o lo que sea. Ves la realidad como es, y no como te la pintan tus sentidos, Pancho.

En la otra mano tenía un terrón de azúcar. Dejó caer dos gotas sobre él, me lo tendió.

—El efecto dura apenas treinta segundos, hasta ahora no pude lograr más —se avivó de que yo tenía miedo de que me envenenara—. Tomá, tomá, no seas cagón.

Apoyé el terrón sobre la lengua, sentí cómo se disolvía: al mismo tiempo, afuera, se fue disolviendo el maizal. Lo que se perdía hasta el horizonte, un instante después, era un mar de pequeños tallos metálicos, articulados, que cliqueteaban, cliqueteaban como una fábrica de rulemanes. El cielo era bajo, como un techo, y creaba una perspectiva extraña, sofocante. Con el rabillo del ojo capté el marco de la ventana, y era de algo vivo, pardo, que latía. “La puta que lo parió”, pensé, aterrado. Hubo algo que no quise hacer: mirarme las manos, o mirar a Fiambretta. Seguí con los ojos fijos en el ex-maizal: por lo menos el cliqueteo me sonaba familiar. Siempre he tenido una conciencia muy nítida del tiempo: “nueve... ocho...”. Cuando se terminó de disolver el terrón, en un pase que no podría describir, reapareció el maizal, sentí el sol calentándome la mano, el cielo sin fondo. Solté el aire. Fiambretta se reía:

—Te cagaste, Pancho, ¿eh? Je-je, je-je. Viste la realidad, Pancho, qué le vas a hacer.

No tenía ganas de ponerme a discutir con Fiambretta. Le aguanté la charla un rato más. No le planteé que el líquido

podría ser el LSD, que a lo mejor lo que vi en los treinta segundos era una alucinación segunda. Tenía ganas de borrar-me, cuanto antes. Lo que más me jorobaba era que le creía al flaco. Seguimos charlando hasta el mediodía, Fiambretta siempre con el pucho colgando, sin darle importancia a nada, contándome los otros experimentos en que estaba metido. “El de la alucinación quería que lo vieras vos nomás, porque los demás pueden rayarse fiero, ¿entendés?, y no quería terminar en cana. Pero lo viste, ¿eh?, lo viste. Je-je”. Le dije que sí con un movimiento de cabeza.

Me acompañó hasta la ruta, a parar el ómnibus que me llevaba a Rosario. Ahí podía hacer combinación. Ya cuando lo veíamos a lo lejos, sobre la plateada cinta del camino, como en las películas de Chaplin, le hice a Fiambretta una pregunta que me seguía jodiendo desde la mañana:

–Oíme, Fiambretta –le dije–. Suponete que es como vos decís, que lo que vimos es la realidad, que ahí somos distintos, y todo es distinto.

–Sí, te sigo –dijo Fiambretta.

–Ahí, el maizal, el sol, lo que se mueve, ¿sigue siendo Argentina? ¿Ahí seguimos siendo argentinos, Fiambretta?

Fiambretta me miró como sin entender. Apartó el ojo abierto hacia la ruta, calculando la distancia a la que había llegado el ómnibus.

–Yo que sé, Pancho –me dijo, con voz neutra.

Y alzó la mano para parar el ómnibus, mientras me daba una palmada en la espalda.

Cuando estuve acomodado en el asiento, viendo desfilar los árboles y los campos, después las casas y el puente de Cañada de Gómez, me dije que ese era el problema de esta época: el desinterés, el desánimo, la falta de emociones, viejo.





## ★ **ELVIO EDUARDO GANDOLFO**

Nació en San Rafael, Mendoza, en 1947. Vivió su infancia y juventud en Rosario, y reside entre Montevideo y Buenos Aires. En Rosario co-dirigió con su padre la revista *El lagrimal trifurca*. Colaboró en las revistas *El péndulo*, *Opinar*, *Jaque*, *Punto y aparte*, *Diario de Poesía*, *V de Vian*, *Noticias* y *La mujer de mi vida*. Entre sus libros se destacan *La reina de las nieves*, *Ferrocarriles Argentinos*, *Cuando Lidia vivía se quería morir*, la novela *Boomerang*, y los ensayos y críticas de *El libro de los géneros*.

# JIRAFAS

★ G R I S E L D A G A M B A R O



**S**i algo me molestaba era sentirme objeto de una observación constante. No porque pensara que querían meterse en mi vida o creyera que me espían con intenciones aviesas. Resultaba... no sé cómo decirlo, incómodo para mí que cada vez que saliera al patio las encontrara con la cabeza por encima del tapial. Era una familia rara. Yo saludaba: –Buen día– y jamás devolvían el saludo. Me costaba además enfrentar esas miradas tristes, de una melancolía infinita, que me lanzaban a través de las gruesas pestañas. Intuía que habían sufrido infortunios, pero todo el mundo padece los propios y no era el caso de compartirlos. Tampoco lo deseaban en apariencia. De ser así, me hubieran devuelto el saludo, iniciado una conversación. Estaban mudas. Yo me acercaba a la tapia, generalmente de noche, para tratar de retener unas palabras sueltas, el barullo de una

discusión, algún jolgorio, el ruido del televisor encendido. Nada, no ponían ni siquiera la radio. En muchos aspectos eran vecinas ideales. No reñían, jamás me despertó un escándalo, jamás tuve que golpearles la pared requiriéndoles decoro.

Sin embargo hubiera preferido otras vecinas. Temprano, en la mañana, cuando yo quería disfrutar del fresco en la soledad del patio que corría a lo largo de la casa, ya estaban ellas sometíendome a su observación constante. Oteaban hacia el patio como lo habían hecho en la inmensidad de la sabana o de la estepa, con la misma atención.

Me incordiaban, y también me producían desasosiego; esos ojos de extrema dulzura me contagiaban su melancolía. No sabía por qué miraban así, a un desconocido, a un extraño. Inexplicablemente, yo quería reparar esa melancolía, me sentía en deuda, responsable, como si la hubiera provocado en cierta forma, o encerrara un secreto que me concernía y yo fuera incapaz de comprender. Pero se limitaban a quedarse mudas, ni siquiera las oía hablar entre ellas cuando resultaba evidente que, como a cualquier mortal, les sobran temas de conversación, empezando por lo más cercano e inmediato: la salud, la comida, la crianza. Y si despreciaban estos temas por menudos había otros disponibles en la inmensidad del universo. Ese mutismo, que se volvía más patente cuando se asomaban con las cabezas aladas por encima del tapial, contribuía a mi malhumor, sobre todo a mi tristeza.

En invierno desaparecieron por unos días. Hacía frío, había helado en la madrugada. Cayó después una lluvia entre relámpagos, tan copiosa que esfumó la luz en un instante. Empapándome hasta los huesos, tomé una escalera y la apoyé en el muro de ladrillos. Necesité un

momento para acostumbrarme a la falta de luz. El terreno que lindaba con el mío estaba desierto. Lo contemplé a través de una cortina de agua, ni un pajarito ni una jirafa.

Al mediodía la lluvia había cesado. Insistí para una corroboración total, quizás habían emigrado o se habían ido de viaje. Mi ánimo se aligeró. Montado en la escalera, atisbé a la altura de mis ojos.

Bajo el cielo plomizo, las jirafas adultas, con delicadeza increíble, rumiaban las hojas altas de una acacia espinosa y las crías, abriendo mucho las patas, aprovechaban unas plantas rastreras. Con una lengua que medía metros, las jirafas adultas torcían las ramas acercándolas a la boca. Entonces, una de ellas me vio. Levantó todavía más el cuello, golpeó nerviosamente el anca con el penacho de la cola, y enseguida, estremeciéndose, las crías enderezaron las patas, se alzaron, y como si hubieran recibido un aviso, corrieron en tropel hacia la casa. Las otras las siguieron, desparramando agua de los charcos. Me sentí despechado, ellas podían mirarme a su antojo y yo no. ¿Qué significaba yo? ¿Un estorbo? ¿Una amenaza, un intruso indeseable?

Me fui al campo, no demasiado lejos, apenas a unos kilómetros de distancia. Recogí montones de hojas de los árboles, arranqué tallos y plantas rastreras, llené una bolsa y la traje en el auto. Cuando regresé, la tarde se había tornado diáfana, el sol borraba los rastros del frío. Las cabezas aparecieron sobre el tapial. Corrí a buscar la bolsa, exhibí con un gesto de ofrecimiento las hojas y los tallos. Creí que se mostrarían reconocidas. No obtuve un estremecimiento de las narices, tampoco una mirada codiciosa. Menos una palabra. Desaparecieron sin ruido.

No me permití sentirme afectado por una actitud que a primera vista hubiera podido entenderse como una manifestación de desprecio. Monté en la escalera cargando la bolsa. Había ido al campo, había regresado con generosas intenciones, y no me resignaba a la frustración.

Esparcí hojas, tallos y plantas rastreras a lo largo del tapial, en la parte alta. Al día siguiente, se las habían comido. Ningún vestigio de verde, salvo un poco de musgo. Lo festejé: si habían aceptado la comida, no rechazarían mi presencia. La lógica me decía que este cambio de actitud iniciaría una nueva relación entre nosotros, una relación de estima mutua, de pequeños favores. Guardé la esperanza de que no me desairaran cuando yo asomara la cabeza y, del mismo modo, cuando ellas lo hicieran accedieran a conversar, como con un buen vecino. Entraríamos en confianza, una palabra llevaría a la otra, y entonces, yo podría formular aquella pregunta acuciante sobre la melancolía y la dulzura.

En un momento de la mañana, aparecieron todas oteando como siempre por encima del tapial. Yo había tomado una decisión: las interpelaría directamente y deberían ser muy groseras para no contestarme. Me dirigí a la jirafa alta quien en apariencia tenía la voz cantante, era la que transmitía mensajes en código con el penacho de la cola, su cuello se destacaba claramente por encima de la pared mostrando su entramado de blancas líneas sobre la piel oscura. Inquirí por su estado de salud. Si me oyó, no lo supe. No le saqué una palabra. Su boca parecía sonreír pero ya había observado que era su expresión habitual y no significaba nada.

Esta situación me ensombrecía. Ellas me contagiaban su tristeza y yo quería saber por lo menos qué infortunios

la habían provocado y cómo podían seguir mirando no obstante con semejante dulzura. Nunca había conocido seres a quienes el dolor no agraviara. Después de tantas hojas y tallos, de tantos intentos de charla, era justo que conociera el secreto de esa dulzura, si se debía a la conjunción de la pena y el consuelo, del dolor y la mansa aceptación del dolor. En el fondo, ya que esa tristeza me había caído de regalo, quería apropiarme de esa sabiduría que me faltaba, por qué en mí la melancolía era amarga y en ellas dulce como la miel.

Fui al campo y de nuevo hice acopio de hojas, de tallos, de plantas rastreras. En las primeras horas de la noche las esparcí sobre el tapial y al día siguiente habían dado cuenta hasta de la menor hojita.

Esto se transformó en una costumbre. Les procuraba alimento y ellas se lo comían. El mío no era un trabajo menor. Esperé pacientemente para que les pudiera nacer la gratitud, hasta que una mañana, cuando se asomaron, pregunté: —Las hojas, ¿estaban buenas?

Debían de estar más que buenas, había observado que comían hojas con espinas, tallos duros, cuando yo les aportaba tiernos vegetales, primicias tempraneras impregnadas de savia. Como cualquiera que emplea su tiempo en la atención de un semejante, esperaba una respuesta mínima.

Las otras siguieron oteando, sin concederme ninguna, pero la más alta inclinó la cabeza con los cuernitos dorados de pelambre, y lo tomé como una afirmación.

Ese día no obtuve más. Los sábados y domingos iba al campo, traía bolsas y bolsas de comida. Montado en la escalera, la disponía en cantidades generosas sobre la

superficie del tapial. Cuando yo saludaba: –Buen día– y agregaba –¿Les alcanzó? ¿Comieron bien?– la más alta inclinaba la cabeza. Dirigiéndose a mí indudablemente, me miraba con esos ojos grandes y separados, pesarosos.

Un día pensé que era el momento justo para la pregunta crucial. Nada se interponía en el camino. Les había dado pruebas de afección, había tenido paciencia durante largos meses. Al cabo había conseguido un fruto no desdeñable: esas inclinaciones de cabeza de la jirafa alta, esas miradas de reconocimiento. Pero ahora, con seguridad, intuyendo mi inquietud, ella ya estaría esperando que fuera al meollo del asunto para explayarse como una cotorra.

Entonces me atreví. –¿Por qué tanta melancolía?– pregunté. Y esa dulzura.

De pronto hubiera querido volver atrás. Ante una interpelación demasiado tajante temí que huyera, que golpeará el anca con la cola empenachada y todas desaparecieran de golpe. Sin embargo, ella no varió de posición y debo decir que tampoco las demás que siguieron con sus rígidos y graciosos movimientos de cuello, cada una hacia diferentes lugares.

Mi pregunta había quedado sin respuesta. Con prudencia, bajando el tono, insistí en dirección a la jirafa alta. Sus orejas horizontales se movieron ligeramente. Oí una especie de bufido y después la voz amable, un poco ronca.

Me asaltó un pasmo tal al oírla que tras tantos esfuerzos por establecer un diálogo, estuve a punto de quedarme mudo. Aunque me aclaró aquel misterio sobre la melancolía y la dulzura, tampoco el diálogo se desarrolló como había imaginado. En cierta forma, había tenido

todas las respuestas delante de los ojos incluso antes de que aparecieran las jirafas por encima del tapial. Pero es así. Negándonos al sufrimiento, somos ciegos al color de lo evidente.

—¿Dulzura?— repitió, y guardó un largo silencio. No supe si se había distraído o rehusaba contestarme. Su boca sonreía—. Se tiene o no se tiene —terminó por decir.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y la melancolía?— pregunté decepcionado.

—No sé. Dicen que se debe a las pestañas, tan gruesas que nos velan los ojos.

—¿Las pestañas?

—Nos dan esa expresión. Parece.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso.

Fatigada, se le escapó un sonido ronco.

—Además...—dijo, y dejó la frase inconclusa. Dirigió una mirada de preocupación a las crías. Las espantó con un golpe de cola en el anca, como si quisiera proteger su inocencia, librarlas de un conocimiento fatal.

—¿Además?— la alenté, el corazón apretado.

No me contestó hasta que las crías desaparecieron en la casa. Suspiró y volvió los ojos hacia mí.

—Además... el mundo es triste— y con esa boca cuya sonrisa no significaba nada, dulce y melancólicamente agregó—: ¿No lo sabías?



© “Jirafas”, incluido en *Los animales salvajes*,  
de Griselda Gambaro, Grupo editorial Norma,  
Buenos Aires, 2006.



## ★ GRISELDA GAMBARO

Nació en 1928 en Buenos Aires. Novelista y dramaturga, sus obras dramáticas fueron estrenadas en distintos países de América Latina y Europa, y traducidas a numerosos idiomas. Entre sus libros figuran: *El desatino*, *Una felicidad con menos pena*, *Escritos inocentes*, *El mar que nos trajo*. En teatro estrenó, en 1965, *El desatino*; y le siguieron entre otras *Viaje de invierno*, *Las paredes*, *Los siameses*, *El campo*, *La Malasangre*, *Del sol naciente*.

# CINEGÉTICA

★ HAROLD O CONTI

**A**partó la chapa con cuidado y metió la cabeza a través de la abertura.

Al principio vio solamente la claridad mugrienta de la ventana que flotaba en una distancia imprecisa, pero después de un rato comenzaron a brillar los agujeritos de las chapas. Había un millón por lo menos y parecían llenos de vida. No tenía por qué compararlo con nada, pero en todo caso sentía la misma impresión que si metiera la cabeza en medio de la noche. Cuando era chico se paraba a veces en el baldío lleno de sombras, de espaldas a la casilla, y miraba todo el montón de estrellas que tenía por encima hasta que empezaba a saltar de un lado a otro del cielo y le entraba miedo.

Los agujeritos temblaban o cambiaban de posición a cada movimiento de su cabeza. Entretanto, el olor a humedad y a orina se le iba metiendo hasta los sesos.

Sacó la cabeza y tragó aire.

El auto había quedado detrás de la última joroba de tierra. Era una tierra de color de cartón, dura y pelada. Entre el auto y el galpón, es decir, entre el galpón y la calle había una punta de aquellas jorobas que brotaban en medio de las latas vacías, las cubiertas podridas y los recortes de hojalata de la fábrica de menaje que emergía a la izquierda. A la derecha estaba el pozo que habían abierto durante la guerra para sacar la greda con la que hacían los caños de desagüe en lugar de cemento. Tenía las paredes cubiertas de yuyos y

el fondo de agua y en verano se llenaba de pibes que corrían de un lado a otro con el culito al aire.

A veces se sentaba en una de las jorobas y mientras fumaba un cigarrillo echaba un vistazo a todo aquello. En otra forma, se entiende, como si estuviera al principio de las cosas. Entonces el tiempo se volvía lento y perezoso y le parecía oír a la vieja que lo llamaba a los gritos mientras él estaba echado en el fondo del pozo con el barro seco sobre la piel chupando un pucho, tres pitadas por vez, con el Beto y el Gordo y el Andresito, al que lo reventó un 403 cuando cruzaba la calle precisamente por hacerle caso a la vieja.

Maldonado le hizo una seña desde el coche y él movió la cabeza con fastidio. Después la volvió a meter por el boquete y llamó por lo bajo, apuntando la voz hacia el rincón de la izquierda.

—¡Pichón!

La voz se alargó con el galón y se perdió por encima de su cabeza.

—¡Pichón!, ¿estás ahí? Soy yo, Rivera.

Esperó un rato y aunque sólo alcanzaba a oír los crujidos y reventones de las chapas sintió que el tipo estaba ahí.

Entonces apartó la chapa del todo y pasó el resto del cuerpo.

Avanzó a tientas hasta el medio del galpón con los agujeritos que subían y bajaban a cada paso suyo. La luz de la ventana, en cambio, seguía inmóvil y si uno la miraba con demasiada fijeza parecía nada más que un brillo en el aire.

Dio una vuelta sobre sí mismo en la oscuridad y los agujeritos giraron todos a un mismo tiempo. El olor lo cubría de pies a cabeza y el rumor de las chapas semejaba el de un fuego invisible o el de un gran mecanismo que rodaba lenta y delicadamente.

El tipo estaba en algún rincón de aquella oscuridad. Podía sentirlo. Sentía la forma agazapada de su cuerpo y el olor ácido de su miedo. Tenía un olfato especial para esas cosas.

—Pichón... soy yo, Rivera. No tengas miedo.

Maldonado no servía para eso. Todos los malditos ascensos no servían para nada. Se ponía nervioso y echaba a perder las cosas. Maldonado también tenía un olor especial en estos casos. Le comenzaba a temblar la nariz, se ponía duro y entonces olía de esa forma.

Dejó de pensar en Maldonado porque su cara de negro colgada del aire le hacía perder la noción de las cosas. Dio otra vuelta sobre sí mismo y en mitad de la vuelta supo exactamente dónde estaba el tipo.

Se acercó unos pasos sin forzar la vista, dejándose llevar nada más que por la piel.

Ahora lo tenía justo delante.

Sacó la cajita de fósforos y la sacudió. Entonces oyó la voz de Pichón que venía desde abajo.

—¡No prendás, por favor!

—No tengas miedo. No hay nadie.

Encendió un fósforo. Los agujeritos desaparecieron de golpe.

Cuando reventó el chispazo alcanzó a ver las chapas de la pared. Después el círculo amarillento se redujo.

El tipo estaba recostado contra un cajón de embalar con el pelo revuelto y la cara desencajada. Apuntaba al fósforo con la Browning 9 mm con cachas de nogal francés segrñadas. Maldonado le iba a poner los ojos encima. Era un negro codicioso y en eso justamente mostraba su alma de grasa.

El fósforo boqueó, pero antes de tirarlo levantó un pedazo de vela y alcanzó a encenderlo.

—¿Cómo estás?

—¿Qué te parece?

Sacó de debajo de la campera un pañuelo empapado en sangre. El sudor le brotaba a chorros como si tuviera fiebre. Bajó la Browning, cerró los ojos y pareció a punto de desmayarse.

—No van a tardar —dijo casi en un sollozo.

—No te apurés.

Pichón abrió los ojos y trató de mirarlo a través del resplandor de la vela. Las pupilas se le hincharon silenciosamente y un vórtice de estrías amarillas apuntaron hacia él. Tenía la cabeza

metida en el miedo de manera que necesitaba hacer un verdadero esfuerzo para ver otra cosa. Apretó la frente y se quedó pensando en algo.

Él conocía todo eso. Había tenido oportunidad de observarlos una punta de veces, sin pasión y con calma, que es como se aprende. Primero el miedo que les hincha las venas y les corta el aire. Después la desesperación. Por último un frío abandono. Entonces no hay más que tomarlos de los pelos y descargar el golpe.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó al fin, sin cambiar de expresión.

—Salté del camión y corrí todo lo que pude.

El rostro se le animó un poco.

—¿Se salvó algún otro?

—Vera. Escapó, por lo menos.

Efectivamente, Vera había saltado detrás de él, pero corrió unos pasos y lo reventaron.

Cerró los ojos y volvió a desinflarse.

—¿Te das cuenta de que estamos listos? —gimoteó por lo bajo.

—No te apurés. ¿Te duele?

—Claro que sí.

—Déjame ver.

—¿De qué sirve?

Sacó el pañuelo y lo miró estúpidamente, sin comprender.

—Parecía otra cosa... ¿Qué fue lo que pasó?

—Algún tira —dijo él con naturalidad.

—¿Quién se te ocurre?

—No sé, pero hay que contar con eso.

Al tipo no le entraba. Quería pensar pero no le entraba.

Crujió una chapa y se encogió entero.

Él no dijo nada, adrede. Se lo quedó mirando.

Casi daba lástima. Casi le había tomado aprecio o por lo menos se había acostumbrado a él en todos esos meses que estuvieron preparando el golpe. Maldonado o cualquiera de los otros negros no tenía nada que hacer al lado del tipo. Pero ése era el peligro, encariñarse con los tipos. Por dentro eran

distintos. No era la apariencia lo que contaba sino las ideas podridas que tenían. En ningún momento había que perder de vista la figura interior, por así decir, esa especie de forma oscura y escamosa que ocultaban debajo de la piel. Maldonado con todo lo hijo de puta que resultaba cuando se lo proponía, y a veces aunque no se lo propusiera, era de su misma madera. Tenía esa forma aceitosa de hablar y todos esos prolijos ademanes de negro encumbrado, pero en el fondo funcionaba igual que él. Sucedió lo mismo que con el Gordo o el Andresito que cuando pensaban demasiado fuerte en una cosa se les torcían los ojos. Pero eran de la misma madera.

—Son las chapas —alargó la mano y lo palmeó—. Las chapas, no te asustés.

El contacto de la mano pareció devolverle la vida.

—Rivera... ¿te parece que podemos salir de ésta?

—Claro que sí.

—¿Estás seguro?

Iba a desmayarse otra vez pero volvió a tocarlo con la mano.

—¿Quieres fumar?

Le pasó un cigarrillo que agarró con avidez y casi rompió entre los dedos.

—Vamos a salir, por supuesto —dijo arrimándole la vela, nada más que por decir.

—No se puede con ellos.

—Es grupo.

—Una vez que te marcan no se puede.

Había un boquetito más grande que los otros, justo sobre su cabeza. Se movió apenas dos dedos y desapareció.

—Termino el cigarrillo y me voy.

Pichón volvió a encogerse. Abrió muy grandes los ojos y tragó saliva.

—¿No es mejor que te quedés?

El cigarrillo colgaba delante de su cara sostenido por una mano blanca y afilada que temblaba ligeramente.

—Tengo que moverme si quiero sacarte de aquí.

Se corrió y reapareció el boquetito.

—No te pongás nervioso, no se gana nada.

Maldonado se estaría preguntando qué pasaba ahí adentro. Era un grasa, no hay caso. No tenía estilo.

—Apago la vela.

Alargó la mano y antes de apagarla lo miró fijamente. Estaba a punto.

Apagó.

Terminó el cigarrillo en la oscuridad.

—¿Estás mejor?

—Sí...

Era curioso ver cómo la brasa se hinchaba a cada chupada y después empalidecía suavemente. Igual que las pupilas de Pichón.

Aplastó el cigarrillo contra la tierra y se alejó unos pasos.

—Pichón...

—No tardés.

Caminó hacia la abertura entre el bailoteo de los agujeritos. Antes de salir se volvió y miró hacia la oscuridad. Allí debía estar con los ojos bien abiertos y la Browning apretada a la altura del pecho.

Se agachó y salió.

La luz lo encegueció por un momento. Luego aparecieron las jorobas de tierra, las latas y las cubiertas.

Los negros esperaban al lado del coche revolviéndose dentro de los uniformes. El sudor les brotaba a chorros por debajo de la gorra. Maldonado agitó un brazo con impaciencia.

Pasó junto al pozo y volvió a acordarse del Gordo y del Andresito y hasta le pareció que los veía echados en el fondo con la panza al sol.

La porra de Maldonado brillaba como si fuera de lata. Después de todo resultaba un tipo gracioso.

—¿Por qué tardaste?

Le temblaba la nariz y había comenzado a echar aquel olor.

—¿Qué apuro hay?

Maldonado estiró el pescuezo y se acomodó la corbata, cosa bien de grasa.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Está ahí adentro.

Maldonado hizo sonar los dedos y los negros echaron a andar hacia el galpón. Luego con un movimiento rápido calzó la primera bala en la recámara y los siguió a los saltitos.



© Herederos de Haroldo Conti.

© 2010, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

## ★ HAROLDO CONTI

Nació en 1925 en Chacabuco, Provincia de Buenos Aires. Fue secuestrado en 1976 por grupos de tareas de la dictadura militar y hasta el día de hoy permanece en la lista de desaparecidos. Fue maestro rural, actor, director teatral, seminarista, empresario de transportes, piloto civil y profesor de filosofía. Estuvo también vinculado a la actividad cinematográfica como guionista. Su novela *Alrededor de la jaula* recibió en 1966 el Premio de la Universidad de Veracruz, México, y fue más tarde llevada al cine por Sergio Renán con el título de *Crecer de golpe*. Recibió también el Premio de la Casa de las Américas por *Mascaró, el cazador americano*, y muchos otros premios. Entre sus obras figuran: *Sudeste, La causa, Todos los veranos, Con otra gente, En vida, La balada del álamo Carolina*.



FRAGMENTO

# PUERTO APACHE

★ JUAN MARTINI

## Televisión

**E**l Chueco dice que a él en la vida le fue bien y le fue mal, que no se queja, y que ahora tiene su casa en un lugar como la gente.

–Todo el mundo necesita un lugar para vivir –dice.

–Escuché que usted es un hombre de ideas progresistas –dice la mina de la televisión.

El Chueco asiente en silencio.

–Un hombre de izquierda –insiste la mina.

El Chueco niega primero con la cabeza:

–No somos zurdos acá –dice después–. A mí me gusta Fidel Castro, por ejemplo. A Maradona también le gusta. Y nadie dice que el Diego sea comunista. ¿O me equivoco?

–No, nadie dice –dice la periodista.

El Chueco mueve la cabeza, lo mira a Garmendia, lo mira a mi viejo, Garmendia se frota las manos. Siempre lo hace. Tiene manos de piel seca y áspera, como si trabajara en la cosecha de algo. Ahora, con la enfermedad, Garmendia no trabaja en nada. Manda en Puerto Apache y nada más.

Mi viejo prende otro cigarrillo. Una vez dijo una frase que me quedó grabada. No sé quién hablaba en la tv sobre el faso, el cáncer y esas cosas. Terminó el programa y mi vieja, que todavía estaba con nosotros, le preguntó cuándo pensaba dejar de fumar. Y mi viejo dijo:

—A mí no me va a matar el cigarrillo.— Quedó flotando, la frase, me acuerdo, como una promesa o como un presagio. En este momento una de las cámaras se le acerca y en la pantallita que tienen del lado del cameraman yo alcanzo a ver, de lejos, la cara en primer plano de mi viejo, los labios sosteniendo el filtro, el faso: veo los ojos grises del viejo mientras escucha las palabras del Chueco y mira a lo lejos, como si él tuviera los pensamientos allá, a lo lejos, no tan enchastados con las enfermedades, los trapos sucios o la política.

Por eso el Chueco dice que se dice de nosotros cualquier cosa, se dice que esto es una cueva de delincuentes, un nido de malandras, borrachos y drogados, se dice que somos zurdos, vagos y pendencieros. Y no es así, repite. Puede ser que acá haya cirujas, volqueteros, mendigos húngaros... No sabe, puede ser, aunque a él no le consta, dice el Chueco y encoge los hombros, pero la verdad es que Puerto Apache también está lleno de peones, albañiles, obreros del riel, empleados municipales, tacheros, mozos, vendedores...

—Somos —dice—, no sé, mil, dos mil, no sé cuántos somos. Crecimos bastante, pero no estamos amontonados. Somos legales. En el edificio que levantamos cerca de la Laguna de las Gaviotas hay lugar y comida por un tiempo para los que se quedan sin laburo, o para los que llegan de afuera porque perdieron la casa y los dejaron en la calle... No hay cosa más rara, mire, ni más injusta que la realidad.

Queda un silencio en el aire.

Por ahí se escuchan gritos de pibes, ladridos, el ruido de un motor.

¿Quién dijo que habla mal el Chueco?

—¿De dónde eran, ustedes? —pregunta la mina que conduce el programa. Las Betacam van y vienen. Los tipos cargan el cuerpo de la cámara en un hombro, se mueven mirando por visores o cosas por el estilo y graban. Graban de todo. Casas, ventanitas, bicicletas viejas, caras de pibes, de mujeres. Canillas públicas, charcos, un Peugeot 403 blanco, descascarado, con una rueda pinchada frente al barcito de López. En una de las dos mesas que hay en la puerta del barcito de López están sentados Anchorena y tres viejos más. Juegan al truco. Se enjuagan la boca con tragos de vino aislados. Es muy temprano para empezar a chupar. Los viejos miran el alboroto que hay alrededor de la televisión, para el lado de acá, y siguen jugando con cartas sobadas, cartas con el lomo punteado de color negro y rojo y blanco.

—No somos villeros, señorita, insisto. A nosotros nos interesa que quede bien claro que no somos villeros. Este es un asentamiento organizado. Tenemos normas de convivencia y vecindad —dice el Chueco—. Aunque usted no lo crea acá hay una manera de hacer y de organizar las cosas, y hay responsables de que las cosas se organicen y se hagan bien. Nosotros somos los responsables —dice, y señala a mi viejo, a Garmendía, y se señala él mismo—. No nos gusta decir que acá se gobiernan los asuntos que son de interés de todos. Pero acá se gobierna. Y venimos de todos lados. No mentimos nosotros. Hay gente que llegó de algunas villas. Es verdad. Son buena gente. Un pibe, Cúper, que era repartidor de fruta en la Zona Oeste y que ahora está por empezar en una distribuidora de verduras para restaurantes, vivía en uno de los monoblocks que tiraron abajo en Fuerte Apache. Susana, una chica que trabaja en la intendencia del Borda, vivía en Ciudad Oculta. Se casó hace tres meses con un chico que vive acá y se vino. Garmendía —dice el Chueco, y vuelve a señalarlo—, que es el que escribe los reglamentos, vivía con su familia en Castelar. Se quedaron en la vía y se fueron a San Petersburgo, en el

suroeste, ¿vivo? Después se vinieron a la Capital. Pasaron un tiempo en la calle, a la intemperie. Un día aterrizaron en la U31. Fue un tiempito. Después llegaron acá.

En este momento el Chueco no se queda en silencio: hace una pausa. Mira fijo a la mina de la tv, y enseguida repite:

—Somos legales, nosotros, señorita.

Dos semanas después, más o menos, dan el programa y entonces más de uno entiende un poco más sobre la televisión: nadie habla corrido más de dos o tres minutos, cosas que pasan o se dicen antes aparecen después, las escenas se mezclan, se ve la cara de un pibe rubio que mira la cámara enseguida que Garmendia cuenta que él hacía changas en Castelar, o se oye la voz del Chueco y en la pantalla sale un caballo tomando agua en la Laguna de las Gaviotas...

—¿Cómo hacen esto? —pregunta alguien en el barcito de López mirando el programa.

Y alguien dice:

—No sé. Pero se llama editar. Esto que vemos es una edición.

—¿Y vos cómo sabés?

—Lo escuché una vez en Fútbol de Primera, chabón. ¿Viste cómo arman los partidos? Es algo así como cortar y pegar.

—Ah —dice el que preguntó primero, le pide otra cervecita a López, y sigue mirando el televisor—. Así que somos una edición.

© Juan Martini, 2002.

## ★ JUAN MARTINI

Nació en 1944 en Rosario, Santa Fe. Reside en Buenos Aires. Director de revistas literarias, editor, narrador, ha recibido numerosos reconocimientos: Premio Municipal de Literatura, Premio Boris Vian, Beca Guggenheim. Entre sus obras figuran novelas y cuentos: *El agua en los pulmones*, *Los asesinos las prefieren rubias*, *Barrio Chino*, *El cerco*, *La vida entera*, *Composición de lugar*, *El fantasma imperfecto*, *La construcción del héroe*, *El enigma de la realidad*, *La máquina de escribir*, *El autor intelectual*, *Puerto Apache*, *Cine*.

# OTRO VERANO

★ AMALIA JAMILIS

A veces nos sucede en medio de un solo de guitarra de Grapelly, aunque también me acuerdo de una vez que pusieron "Cotton tail", con Ermelín, y debió tratarse sin duda de una asociación de ideas, porque en el "Cheyenne" nunca hubo nada de Ermelín, pero igual Bayón y yo nos miramos un rato en silencio, y era que yo me acordaba del snipe, de la mujer que vigilaba la máquina tragamonedas, de la casita de San Clemente, y antes que nada, de la línea horizontal de la playa, que Belén, enfundada en su malla verde, tan ceñida, no interrumpe como antes, no puede ahora interrumpir .

Yo me acuerdo, Bayón, de tu casa de San Clemente, con aquel olor persistente a laurel, que tal vez venía de la ligustrina, y que combinado con las ráfagas saladas, inundaba las habitaciones. Me acuerdo del snipe –medio arruinado– que por aquel entonces tenías y que después tu viejo, que para eso es el dueño de la Herboquímica del Sud y puede –te lo cambió por un lightning, con el cual hicimos regatas y también, algo después, para olvidarnos un poco– un viaje al Uruguay con Funes y Mazzini.

Me acuerdo sobre todo de tu prima Belén, que vino a Pinar, ya bastante quemada queriendo que le enseñásemos el manejo del snipe, insistiendo en que debíamos mostrarle el

sitio donde tomábamos sol: un foso detrás de unos pinos, junto a un sendero de despojos, que olía fuertemente a resina.

Fuimos nosotros quienes le enseñamos a armar sus primeros cigarrillos y a amar las grandes formaciones de nubes y las masas de eucaliptus que se funden con el cielo.

Fuiste vos, Bayón, el que un día empezó a mirarla como a un juguete, como algo más que un juguete. Yo, al principio, también me creía que era un juguete, con esa mata de pelo rojo, como licor derramándose sobre sus hombros. Con su cara redonda e infantil, con un vago sabor a malicia y a juegos de chicos. Después el asunto se puso serio.

Navegábamos los tres en el snipe, manejando por turno, sintiendo a nuestras espaldas las luchas fraguadas, cortadas por risas, por bruscos silencios, viendo de soslayo el humo de tus eternos cigarrillos negros, Bayón, la malla verde cubriendo un cuerpo apenas ondulado.

Por las noches nos íbamos a vagabundear por ahí, sintiendo una ligera nostalgia por el snipe, amarrado junto al muelle, viendo emerger en las esquinas la sombra azul de prusia de un pino. Entonces nos metíamos en el primer café con máquina tragamonedas, preferíamos ostensiblemente el "Cheyenne". Había allí discos de la primera época de Coltrane, de Grapelly, de Chet Beker. La patrona, una mujer de ojos eternamente hipnotizados, seguía con pasión de entendida los ritmos, y nosotros la mirábamos con un ligero pudor.

Era como un juego, pero a esa altura ya sabíamos que no era un juego, y la quisimos a Belén. La quise sin habilidad, con torpeza de muchacho que tiene miedo. Vos también Bayón, extendido con nosotros en el foso, junto a los pinos, mientras el sol nos tostaba vuelta y vuelta, la quisiste, soñando con un estanque con hojas de ceibo y achiras, y ella y vos juntos. Sé que la quisiste y que soñabas con eso, sé que yo soñaba.

El foso era profundo. Un foso amarillo y profundo, de arenas doradas, que relucían con un extraño color ocre, cerca 181 \*\*

del mediodía. Entonces Belén se adormecía, cansada de navegar y de jugar con el perro del bañero.

Era preciso despertarla y sacudirla fuertemente y ver otra vez sus ojos selváticos, olvidados de la vida.

Decidimos que se lo dirías, que le hablarías de ese sentimiento doloroso de quererla. Para que ella, sin pensarlo, contestara luego lo único que no debió contestar, aquello que finalmente nos impulsaría a la acción.

Fue un día nublado, con corvinas que parecían talladas debajo del agua. Los pescadores nos saludaban desde lejos, desde las lanchas con grandes gritos, agitando las gorras.

Mucho después supe —me lo dijiste abruptamente Bayón, sabiendo que esos instantes algún día habrían de dolerme muy hondo— que ella se te rió en la cara. Que le hablaste de tu amor que era el mío y que se rió con largas carcajadas. Que dijo que no, que muchas gracias; que para eso todavía había mucho tiempo, muchos años. Y esa risa se te clavaba, se me clavó como un gran alfiler rojo. Entonces fue que nos decidimos. Porque no tuvimos durante ese largo verano otra cosa que el doble dolor de amarla, y sabíamos que de alguna manera misteriosa ese sentimiento iba a marcarnos para toda la vida.

Aquella mañana fuimos como otras mañanas a ver subir las aguavivas, esos húmedos cuerpos sin forma.

—Mejor vayamos a tomar sol —insistía Belén—.

Vos, Bayón, me acuerdo, me miraste.

—Todavía no —le contesté—. Vale la pena mirar las aguavivas. Parecen cuarzo.

—Es por el sol —dijiste vos.

—Eso, sol —dijo Belén—.

Quiero tostarme, tomar sol. Entonces fuimos al foso. A lo lejos se oían voces. Las de los pescadores que regresaban a la

playa. La del bañero llamando al perro. Vos, fríamente, encendiste un cigarrillo. Belén estiró las piernas, esas piernas largas que nos hacían pensar en una bailarina o en una gimnasta. Yo miré hacia la playa, soñando con su quietud amodorrada, con nuestra espera.

Nos observamos, Bayón, y sé que pensaste como yo que éramos cobardes, que estábamos desesperados, que estábamos locos. Que después, para el otoño, cuando volviésemos a Buenos Aires, no podríamos recordar esa franja de playa sin un escalofrío. Igual agarramos las palas, que la noche anterior habíamos ocultado bajo los despojos del camino. Igual arrojamos sobre el cuerpo quieto, estirado perezosamente, los primeros grandes puñados de arena, y vimos cómo se agitaba primero, quería luego erguirse y caía abatido después. Cómo la arena seguía cubriendo la malla, las largas piernas, el pelo color caoba, hasta tapan el foso por completo.

No te miré Bayón. No pude mirarte. Estaba cansado y tenía los ojos cerrados; un silencio implacable empezaba a crecer dentro de mí.

El mismo silencio que, a veces, en medio de un solo de guitarra de Grapelly o de Reinhardt, nos reúne de nuevo con la línea horizontal de la playa, con el cuerpo adolescente, enfundado en una malla verde, unas largas piernas, un pelo rojo, como licor derramado sobre sus hombros. Otro verano.



© Amalia Jamilis.

© Ana y Andrea Crespo.

## ★ AMALIA JAMILIS

Nació en 1936 en La Plata y falleció en 1999 en Bahía Blanca, donde vivió casi toda su vida. Inicialmente se dedicó a la plástica, área donde logró reconocimientos diversos; algunas de sus obras se encuentran en la colección de la comuna de Bahía Blanca. Como escritora también recibió varios galardones. Entre sus obras figuran: *Detrás de las columnas*, *Los días de suerte*, *Los trabajos nocturnos*, *Madán*, *Ciudad sobre el Támesis*, *Parque de animales*.



# EL LLEVADOR DE ALMAS

★ JUAN JOSÉ MANAUTA



**J**acobino Almarza, cuarenta años, argentino, soltero, llevador de almas, primo carnal del Guacho Farellero y primo también (aunque no tanto) de Miguelito Asencio, debía cabalgar dos días seguidos hacia el levante con tendencia al Sur. Con eso está dicho que no iría a reverenciar alambrados en su camino. Tenía que atravesar el Gualeguay a nado, porque puentes ni balsas se le habían ocurrido a nadie (ni eran necesarios) a menos de cinco leguas del punto; cinco leguas como si el río fuese una línea recta; distancia que tendría que multiplicar al menos por tres si le diera por seguir la costa, cediendo a los recovecos de ese curso tan endiabulado y caprichoso como el de cualquier río de llanura. Después debía continuar; atravesar sin miramiento para sí mismo toda una llanura boscosa y salir al Gualeyán; bajar decididamente hacia el sur, sin tocar Las Mercedes.

Como había horas que llovía fuerte, haría segunda noche en el almacén de su primo (primo hasta por allí nomás), Miguelito Asencio, que podría alojarlo bajo techo, en la tras-tienda, y ofrecerle de cama la mesa de billar.

“Mi oficio no será para incrédulos –se dijo Jacobino, no bien tomó la decisión –como no lo es tampoco el hecho de que Miguelito –su primo lento, como decía un paraguayo medio guitarrón– sea capaz de clavar la taba nueve veces seguidas. Yo lo he sufrido. Es claro que Miguelito ensaya muchas horas al día. El de la taba se convierte en un ejercicio, a más de solitario, excluyente, como si se lo ejecutara con ayuda del más allá, de una fuerza ajena a uno, o de una certeza que no proviene ni del entendimiento ni de la baquía. El hueso le obedece, y el juego ya no es de azar. Habiendo plata de por medio, los que lo conocen no le permiten a Miguelito ni siquiera tocarlo”.

–No sé, de fijo, adónde voy –le dijo Jacobino–, busco al Guacho Farello.

Miguelito Asencio creyó que su medio pariente se había vuelto loco, y por eso enmudeció.

Con la llovizna sureña, otoñal, en que se habían convertido los chaparrones, ya quedaba poco que hacer allí, como no fuera comer un guiso de capón y fideos (un guiso carrero) que Miguelito se había obstinado en preparar en honor al huésped. De no haber sido por él, Miguelito esa noche, solo, para descansar del ejercicio de la taba y el naipe, hubiese abierto a cuchillo una lata de sardinas españolas (las únicas que se veían entonces) y se las habría comido con galleta, cebolla y vino blanco.

–El Guacho ha muerto, Jacobino –le contestó Miguelito.

–Eso lo sabe todo el mundo. También la viuda y yo.

Mientras Miguelito cundía su guiso, Jacobino probó con la taba durante una hora. Antes de comer, Jacobino no sólo

pudo echar suerte dos veces seguidas y tres más, discontinuas. Miguelito, de tanto en tanto, lo miraba con pena.

“Al monte Miguelito puede sacar la carta que haga falta en el momento que guste... Sólo hay que impedir que abaraje o que corte”.

—Busco su tumba, si es que la tiene —pronunció Jacobino.

De nuevo Miguelito demoró cinco minutos la respuesta. Por fin se decidió, no sin una media luz de duda con su añico de espanto.

“¿Para qué despertar almar dormidas?” —dijo sin voz, y enseguida:

—El Guacho Farello fue sepultado a una media legua de Las Mercedes, en dirección a Larroque, al costado de un camino vecinal que no sé si todavía conduce a alguna parte. Sé que por él trajinaron los mismos asesinos que le dieron el viático a sablazo limpio —hombres de Quintín Paredes— y allí lo dejaron para el carancho. Un alma bondadosa —tal vez una mujer, por el modo de inhumarlo— lo puso bajo tierra y armó una cruz con dos postes de algarrobo. ¿Y para qué lo quieres al Guacho ahora que está en el otro mundo?

Miguelito era español, pero de eso ni él mismo quería acordarse, salvo cuando lo alentaba una buena curiosidad. Usaba aceptablemente facón en vez de sevillana y conservaba las manos finas, los dedos ágiles y parte del acento farruco de cuando era joven. Huyendo del servicio militar en Marruecos, que garantido le hubiese tocado (porque ellos eran muy pobres allá) —decía— y de la guardia civil, emigró a la Argentina y se refugió “como un primo” en el hogar de los Almarza, también asturianos contumaces y en deudas con la ley. “La guerra civil nos cogió en América, ¡por Santa Illana!”.

—¿Y el camino ése, por dónde decías que sabía estar?

–Te lo he dicho: a una media legua antes de Las Mercedes.

–No es fácil calcular de ese modo, a menos que vaya hasta Las Mercedes y pegue la vuelta.

–No es para tanto, Jacobino. Corría parejo un buen trecho con el arroyo de Las Flores. Todavía debe de vérselo el rastro. Pero no me has contestado. ¿Piensas echarle un salmo al Guacho? Mal no le vendría.

Dos días después Jacobino halló la cruz de algarrobo, que ya no era cruz. El vertical se conservaba enhiesto, con la “F” tallada. Ni señas del horizontal.

Después de un silencio, le dijo al poste de algarrobo:

–Guacho, he venido a buscarte...

Colgó la bolsa de ensacar maíz en el propio vertical de la media cruz, dejándola todo lo abierta que pudo. Desensilló y ató a soga y bozal su caballo moro. Hizo fuego y puso a calentar la pava (llevaba agua fresca en una vieja caramayola de soldado oriental). Preparó el mate. Todo eso porque ya no llovía. Se sentó sobre los bastos y siguió mirando fijo la tumba de Farello. Podía mirar y cebar al mismo tiempo. Podía hacer cualquier cosa (menos pelear, tal vez) sin apartar la vista del ajado sepulcro.

De hecho no había dejado de mirarlo desde cincuenta metros antes de llegar, cuando lo descubrió, semioculto y avasallado por cardos azules y jóvenes espinillos. No había otro modo de invocar hombres como Farello.

– ... No me vayas a porfiar, Guacho.

No quería hablar demasiado. No era con palabras que podría entrar por siete pies de tierra y hacerse entender. La mirada en sus trece, algo encendida, la calma y el silencio del anochecer le parecieron a Jacobino lo más adecuado. Algo tendría que decirle. El mate no podría ser una nada que lo

distrajera, pero debía velar toda la noche que se avecinaba y no dejarse tentar por sueño o fatiga.

—Lo pide tu viuda y he venido a llevarte.

Mover un difunto es nada al lado de cambiar algo intangible de una tumba como esa, perdida entre los montes del Gualeyán, tumba que de no haber llegado a tiempo iría a borrarse para la eternidad. Hasta un muerto se daría cuenta de que sólo así la memoria del Guacho quedaría más allá de los sumarios policiales que tanto habían apartado de sí mismo.

—Debés una muerte allá, Farello, pero en tu estado ya nadie se atreverá a pedir cuenta alguna. Todos saben que tu intención no fue matar, sino machacarle las liendres de un rebencazo a don Quintín Paredes. También saben que era muy tuyo eso de pretender el respeto de los grandes y que no le hacías asco a envalentonarte en su presencia. Con don Quintín se te fue la mano... Murió, tal vez no por el golpe, sino de miedo, porque también se cagó antes de expirar, y a vos no te quedó otra senda que la juida, y va que después de casi diez años descubren tu paradero. Don Quintín se cobró la deuda desde el mismísimo infierno. Y nada más. En el distrito pretenden hacerte un velorio como Dios manda, Farello, con música, asado, lloranderas y vino.

La noche fue tan larga como debe serlo en circunstancias como ésa.

Dentro de la bolsa de ensacar maíz, Jacobino puso de cebo —regalo de la viuda— un ramito de nomeolvides. Por su cuenta, el llevador de almas agregó unas pocas flores de cardo azul.

Nadie ha podido saber, ni se sabrá jamás, en qué momento de la noche un alma cede y se allana al tránsito.

Eso no lo han podido averiguar ni los más ilustres llevadores de almas, Jacobino. Que no es de los peores, sólo pudo maliciar que el alma del guacho se debió de haber movido

cerca de las primerísimas luces del amanecer, alba tardía por las nubes que cubrían todo el espacio visible de un firmamento parejo y sin brechas. De modo que tampoco el dato de la aurora es muy preciso.

Jacobino reavivó el fuego y caminó muy despacio hacia la tumba. Audazmente acogió la bolsa con rapidez, como a un gallo suelto, y la ató con alambre fino, de quinchar.

La bolsa pesaba, y no por las flores de cardo y el nomeolvides...

Ya nada le impediría a Jacobino Almarza regresar con ella en la mochila al distrito de Jacinta, departamento de Gualeguay, donde aguardaban su vuelta.



*El llevador de almas* de Juan José Manauta  
© Juan José Manauta

## ★ JUAN JOSÉ MANAUTA

Nació en 1919 en Gualeguay, Entre Ríos. Reside en Buenos Aires. Narrador de enorme reconocimiento, algunas de sus obras fueron llevadas al cine: *Las tierras blancas* (dirigida por Hugo del Carril); *Río abajo*, (dirigida por Enrique Dawi) y basada en un libro de Lobodón Garra, con guión de Manauta; también el cortometraje *Tren Gaucho*, basado en uno de sus cuentos. Entre sus libros figuran: *Papá José*, *Cuentos para la Dueña dolorida*, *Las tierras blancas*.

# ÍNDICE

- 13** **ANTIEROS**  
★ TUNUNA MERCADO
- 20** **CABECITA NEGRA**  
★ GERMÁN ROZENMACHER
- 29** **CIEGO EN LA RESOLANA**  
★ HÉCTOR TIZÓN
- 32** **FALTA PALMIERI**  
★ JUAN SASTURAIN
- 41** **VIEJO CON ÁRBOL**  
★ ROBERTO FONTANARROSA
- 47** **HOTEL ALMAGRO**  
★ RICARDO PIGLIA
- 50** **IRMAN**  
★ SAMANTA SCHWEBLIN
- 61** **YA NO SE ESCRIBEN CARTAS DE AMOR**  
★ MIGUEL ÁNGEL MOLFINO
- 65** **LA SALVACIÓN**  
★ ADOLFO BIOY CASARES
- 66** **LA PISTA DE LOS DIENTES DE ORO**  
★ ROBERTO ARLT
- 77** **LAS FIGURITAS DE FEDERICO**  
★ GUILLERMO SACCOMANNO
- 85** **LAS RUINAS CIRCULARES**  
★ JORGE LUIS BORGES

- 92** YZUR  
★ LEOPOLDO LUGONES
- 102** VERDE Y NEGRO  
★ JUAN JOSÉ SAER
- 111** LOS OJOS DE CELINA  
★ BERNARDO KORDON
- 116** TÍO FACUNDO  
★ ISIDORO BLAISTEN
- 127** TANGO  
★ LUISA VALENZUELA
- 132** PATRÓN  
★ ABELARDO CASTILLO
- 146** MI TÍO DE LIMA  
★ HEBE UHART
- 152** EL TERRÓN DISOLVENTE  
★ ELVIO GANDOLFO
- 161** JIRAFAS  
★ GRISELDA GAMBARO
- 169** CINEGÉTICA  
★ HAROLDO CONTI
- 176** PUERTO APACHE  
★ JUAN MARTINI
- 180** OTRO VERANO  
★ AMALIA JAMILIS
- 184** EL LLEVADOR DE ALMAS  
★ JUAN JOSÉ MANAUTA





NACIÓN 1810 PARTICIPACIÓN  
COLABORACIÓN COMPROMISO  
REVOLUCIÓN COMPARTIR  
CULTURA OÍD MORTALES  
LIBERTAD  
ILUSIÓN RESPETO DERECHOS HUMANOS  
ESCUELA PÚBLICA SUJETOS LIBROS  
MEMORIA SUEÑOS IGUALDAD  
NOS, LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO  
PUEBLO BICENTENARIO  
DEMOCRACIA INDEPENDENCIA SALUD  
PLURALIDAD TOLERANCIA  
EDUCACIÓN UNIÓN JUSTICIA  
LECTURA SOBERANÍA IDENTIDAD UTOPIA  
NACIONAL  
CONSTRUCCIÓN ALFABETIZACIÓN DIVERSIDAD  
SOLIDARIDAD ACCIÓN CONVIVENCIA  
2010 REPÚBLICA



Presidencia de la Nación



Ministerio de  
**Educación**

Presidencia de la Nación



200 AÑOS  
BICENTENARIO  
ARGENTINO

PLAN NACIONAL  
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL  
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

FMG

Fundación Mempo Giardinelli